

**YOLANDA REVUELTA**

**El silencio antes  
del invierno**



YRC



# **EL SILENCIO ANTES DEL INVIERNO**

**YOLANDA REVUELTA**

## **El silencio antes del invierno**

Copyright © 2021 Yolanda Revuelta

Diseño de portada: Migarumo

Corrección: Violeta Triviño

violetamtcorreccion@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

**All Rights reserved**

Septiembre 2021

*Independently published*

*“No existe peor muerte que el fin de la esperanza”.*

**El rey Arturo**

A mi amiga Patricia.  
Por tantas y tantas conversaciones y confianzas.  
Por recordarme cual es mi lugar en el mundo  
y el sentido de todo esto.  
Gracias por tantos años de amistad.

**INDICE**

**CAPÍTULO 1**

**CAPÍTULO 2**

**CAPÍTULO 3**

**CAPÍTULO 4**

**CAPÍTULO 5**

**CAPÍTULO 6**

**CAPÍTULO 7**

**CAPÍTULO 8**

**CAPÍTULO 9**

**CAPÍTULO 10**

**CAPÍTULO 11**

**CAPÍTULO 12**

**CAPÍTULO 13**

**EPÍLOGO**

**Nota de la autora**

**Yolanda Revuelta**

**Otros títulos de la autora**

# CAPÍTULO 1

Tessa caminó por la ya solitaria y vacía casa con la mirada baja y las manos en las caderas. Ya no quedaba nada de su antigua vida, solo blancas paredes desnudas y suelos relucientes de caoba. El camión de la mudanza se había llevado los últimos muebles y sus pertenencias, todo ello bien distribuido en enormes cajas de cartón que aguardarían en un garaje hasta que ella encontrase algún lugar donde vivir. Ni siquiera los recuerdos se habían quedado; se habían esfumado de un plumazo, como sus últimos diez años de matrimonio.

Habían comprado esa casa pocas semanas antes de casarse. Aquello fue amor a primera vista. Su porche flanqueado por dos enormes columnas griegas causaba un efecto clásico y tradicional que les había enamorado. La casa estaba situada en uno de los distritos más encantadores de Georgetown y se habían divertido decorándola y creando espacios nuevos donde creían que envejecerían juntos; nada más lejos de la realidad. A su manera habían sido felices, a pesar de sus muchas noches vacías a causa de sus compromisos laborales y sociales que les privaban de la compañía del otro. Su matrimonio, como el de muchos, iba a buen ritmo. Tenía sus desaceleraciones, pero se compenetraban bien y nada hacía presagiar aquel fatídico día en el que Tom se sirvió su segunda taza de café. Debería haberle extrañado, él tenía mucho cuidado con la cafeína y no solía abusar de ella a causa de un amago de infarto que había padecido dos años antes y le había mantenido postrado en una cama de hospital toda una semana.

No estaba preparada para ver cómo todo lo que habían creado juntos estaba a punto de precipitarse por el desagüe. Una fatídica mañana de sábado de septiembre, Tom le había pedido el divorcio.

—No soy feliz, Tessa —le dijo, sin más.

Aquella frase la dejó impactada y tuvo que tomar aire para poder continuar con esa extraña conversación que cambiaría su vida tal y cómo la conocía hasta el momento.

Escuchó las razones y ella, más sorprendida que dolida, decidió no luchar; quizás porque ya sabía que su matrimonio estaba herido de muerte antes de que su marido le dijese que llevaba dos años teniendo una aventura con su secretario. ¡Qué típico y soez al mismo tiempo!

¡Su secretario!

Debía confesarlo, le había pillado desprevenida. Se había amoldado de tal forma a la rutina diaria, que no había notado esos cambios sutiles que algunas mujeres, más avisgadas que ella, solían cazar al vuelo. Jamás pensó que Robert, el hombre con el que su ya exmarido trabajaba codo con codo más de doce horas diarias, compartiese algo más que despacho y almuerzos.

Estaba claro que tres eran multitud.

Tom no se había andado por las ramas. Una semana más tarde había exigido a su abogado varias cláusulas, entre ellas, una destacable y confidencial: si la incumplía, él la llevaría ante los tribunales, le haría pagar una alta cifra por daños morales y además le haría la vida

imposible, tanto que ella desearía que se la tragase la tierra (bueno, eso último era una lectura libre, pero sabía que Tom cumplía siempre lo que prometía). Debería mantener la boca cerrada y no hablar jamás de los jamases de la vida privada de su marido ni del motivo de su divorcio. Punto final.

Así era la vida de un político en Washington: llena de mentiras, rencores y chantajes a gran escala. Tan pronto estabas en la cima como al día siguiente, por un pequeño o no tan pequeño desliz, te encontrabas nadando en el fango de los perdedores. No había segundas oportunidades y Tom lo sabía mejor que nadie.

Descalza, se dirigió a la ventana y apoyó las manos en el marco. Washington D.C. tenía su encanto; sin embargo, ella sabía mejor que nadie que podía llegar a ser una ciudad destructiva para aquellos que tuviesen el valor de querer conquistarla.

A sus casi cuarenta años estaba divorciada, sin un lugar donde vivir y lo peor de todo es que se había quedado sin trabajo. Para alguien que adoraba su profesión, esto último podía convertirse en la peor de las condenas.

Su boca se curvó un poco hacia arriba cuando nuevos pensamientos comenzaron a tomar forma en su mente.

Lección número uno: no trabajes nunca a las órdenes de tu marido.

Lección dos: cambiar de profesión, ser asesora política a la larga puede llegar a ser demoledor.

Lección tres...

Suspiró y el cristal se empañó con su aliento.

No había lección tres, porque quedaba anulada con las dos primeras.

—Ser tú misma —susurró contra el cristal—. Y hacerte valer.

Su móvil vibró en el bolsillo de su pantalón. Se quedó mirando fijamente el nombre en la pantalla y un segundo después, soltó otro hastiado suspiro.

Era de esperar que su abuela la llamase.

Nada más descolgar, escuchó la armoniosa voz de la anciana.

—¡Hola, cariño!

Odiaba que el resto del mundo sintiese lástima por ella. Cerró los ojos unos segundos y decidió que no le iba a mentir. Ya lo hacía bastante consigo misma.

—Hola, abuela. ¿Qué tal va todo?

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no?

Nancy Hereford irradiaba energía a sus ochenta y seis años. Su apellido, de ascendencia noble, le había abierto muchas puertas a lo largo de su vida. Pero Tessa sabía que su abuela, más que una aristócrata, era un alma guerrera. Tras todos esos títulos nobiliarios había una mujer luchadora y feminista que no se dejaba mangonear por el sexo contrario.

—Intento no pensar demasiado en ello —dijo con entereza.

Tessa escuchó un bufido perfectamente audible a través de la línea.

—Deberías haberle cortado las pelotas cuando dormía. Nos habríamos ahorrado muchos disgustos —replicó con voz gélida.

Tessa no supo si reír o llorar ante el comentario.

—El dramatismo nunca ha ido contigo, abuela.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a añadir la mujer—. Pero me espanta que te esté haciendo sufrir.

—Aprenderé a vivir sin él.



Un breve silencio se adueñó de la línea.

—Tienes que aprender más que eso. Has venido a esta vida para cambiar las cosas, no para aceptarlas. ¿Comprendes?

Su abuela había sido la primera persona a la que había llamado para contárselo y ahora entendía más que nunca el porqué.

—Sí —respondió Tessa con voz contenida.

—Bien, ahora sal de esa casa y aventúrate.

Los labios de Tessa se levantaron más por un lado que por otro de la boca.

—No es tan sencillo. —Intentó no mostrarse afectada.

—Nadie ha dicho que lo sea; sin embargo, debes ser valiente y mostrarte al mundo cómo la mujer que eres.

Tessa se preguntó qué tipo de mujer era ahora. Le daba la impresión de no conocerla, de ser una desconocida para sí misma.

—Eres una Hereford. Y eso ya lo dice todo.

Quizás por sus venas corriese sangre aristocrática, pero su apellido no era el mismo que el de su abuela. Iba a replicar, pero la anciana tomó de nuevo la palabra.

—Había pensado que podrías pasar algunos días en la casa de Cornualles.

—Creí que la habías vendido.

—¿¿Qué te hizo pensar que haría algo así?! Jamás podría deshacerme de esa casa —dijo con acritud—. Tu padre era el que se empeñaba en que la vendiese, pero lo único bueno que ha hecho ese hombre en la vida ha sido engendrarte a ti.

Tessa esta vez sonrió. Estaba claro que Nancy Hereford no sentía ningún tipo de admiración por su único yerno.

—¿Qué me dices?

—No sé, abuela... —respondió. Tessa, dubitativa.

—Escúchame bien. Te voy a dar un consejo, aunque sé que es lo último que quieres oír en este momento: Todos quieren evitarse el dolor de la ruptura, pero necesitas sufrir ese dolor para sanar, ¿comprendes?

La mirada de Tessa se perdió en las nubes algodonosas de un cielo grisáceo que amenazaba lluvia.

Su abuela, como ya era costumbre, tenía razón.

—Eso es algo que no logré que tu madre entendiera y aún sigue pagando las consecuencias de un matrimonio fallido y un marido excesivamente ególatra. No obstante, ella es ella, y tú eres tú. —La voz de su abuela se escuchó alta y clara a través del teléfono—. Lame tus heridas, pequeña, y luego vuelve al mundo más fuerte que nunca.

Veinte minutos más tarde, Tessa cerró la puerta de la casa. Fuera esperaba un taxi. No miró hacia atrás, cogió el asa de su maleta, se ajustó el abrigo a causa de un viento frío y desagradable que soplaba con fuerza y, más decidida que nunca, descendió los escalones del porche flanqueado por las dos inmensas columnas de estilo griego, que ya no le parecían ni tan elegantes ni tan exóticas.

El taxista la saludó y, acto seguido, sin mediar una palabra más, guardó su equipaje en el maletero. Una vez dentro del taxi, preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto —contestó Tessa, dejando atrás diez largos años de su vida.



## CAPÍTULO 2

El vuelo había sido apacible y a pesar del *jet lag*, se sentía bien al estar tan lejos de Washington y de todos los problemas que había dejado atrás, o al menos eso esperaba. Mientras cruzaba el Atlántico sentada en su butaca de clase turista, el contrincante de Tom para el senado, Bruno Makinson, le había telefoneado. Al parecer, su divorcio ya era un hecho consumado en el terreno político. Según Makinson, eran muchos los rumores y especulaciones que pululaban por los despachos de Washington D.C. sobre su ruptura matrimonial. Pero como era de esperar, Tom no había confirmado ni desmentido nada en referencia a la noticia que había cambiado sus vidas por completo, algo muy típico de él. Y ella no iba a ser quien levantase la liebre, así que se limitó a cambiar de tema, muy a pesar de su interlocutor. El hecho en sí le hizo sentirse vulnerable; sin embargo, la propuesta siguiente obró lo contrario. Permitted que su autoestima subiese como la espuma. Makinson le había ofrecido trabajar en su campaña, ella sería quien decidiría su salario y horario. De no haber estado en ese momento sobrevolando el Océano Atlántico seguramente habría aceptado la sugerencia sin ningún tipo de reparo.

Sería la venganza perfecta.

Recordó las palabras de su abuela. En el fondo sabía que necesitaba unos días para sí misma, para recomponerse y volver al mundo como una mujer fuerte y dispuesta a mirar al frente, dejando atrás las lamentaciones. Y así se lo hizo saber a Makinson. Agradeció su interés, se despidió afectuosamente y colgó, con las ilusiones renovadas.

Poner los pies en suelo inglés fue mejor de lo que esperaba. Llegó a Londres, respondió algunos mensajes pendientes e importantes, otros directamente los borró, como los de algunos compañeros que trabajaban en la campaña electoral de Tom y decían estar preocupados por ella. Veinte minutos más tarde tomó otro vuelo hasta el aeropuerto de Newquay. Durante el vuelo solicitó un Uber y hojeó una revista del corazón que abandonó a los pocos segundos, ya tenía suficiente con su vida como para interesarse en la de otros. Cerró los ojos y, antes de que pudiera darse cuenta, un dulce sueño la venció.

Una hora más tarde aproximadamente, una pequeña sacudida la hizo volver a la realidad: era una servicial azafata, que la aconsejaba abrocharse el cinturón para mayor seguridad.

—Muchas gracias —dijo la azafata antes de alejarse—. Espero que el vuelo haya sido de su agrado.

Tessa sonrió amablemente, a pesar de tener el cuello tenso. Estaba claro que no había elegido una postura de lo más recomendada para su pequeña siesta.

Nada más aterrizar puso rumbo a la salida de forma precipitada. Estaba deseando llegar a la casa y darse un baño caliente para aliviar sus piernas cansadas y evitar que el incipiente dolor que comenzaba a fraguarse muy cerca de su sien fuese a mayores. Trató de no colisionar con otros pasajeros y sus maletas mientras notificaba al conductor la terminal y el número de puerta por la que iba a salir. Cruzó la puerta y, nada más hacerlo, entrecerró los ojos: un soplo de aire

frío y húmedo le dio la bienvenida. Las inclemencias del tiempo nunca le habían importado, pero habría agradecido unos cálidos rayos de sol a su llegada. Se abrochó el abrigo e intentó no echarse a temblar por el brusco cambio de temperatura. El coche solicitado ya la estaba esperando, con un único destino: Tintagel.

Unos días en soledad era lo que necesitaba para purificar alma y mente. Atrás quedarían Tom y un pasado del cual ya no quería saber nada.

Pasar página se había vuelto una necesidad.

\*\*\*

Tintagel era un lugar donde las leyendas se hacían realidad, eso era lo que solía decir su abuela. Y por las vistas que le regalaba aquella preciosa aldea, era cierto.

Se acercó a la ventanilla y pegó la nariz a ella. Más allá del cristal solo había una bruma que parecía envolverlo todo. Pero ella sabía que ese denso velo escondía uno de los parajes más hermosos que jamás hubiera visto: verdes prados con escarpados acantilados daban vida a una península llena de historia y vida.

Cuando el taxi llegó a su destino, pagó al taxista y recogió su maleta. Cerró los ojos y respiró la brisa del mar que llegó hasta ella como señal de bienvenida.

«Sí, después de todo, viajar a Cornualles ha sido una gran decisión», pensó.

Se arrebujó en su abrigo. El suroeste del Reino Unido era conocido por su humedad, sus incesantes neblinas e intensas lluvias. Quizás esa fuese la razón por la cual esa zona en concreto, de ancestrales territorios donde habían habitado los celtas desde tiempo inmemoriales, se había convertido con el paso de los siglos en un lugar mágico.

Escuchó las olas golpear con ímpetu contra las paredes del escabroso acantilado, como si se tratase de un corazón que latía a un ritmo desbocado. Le pareció el sonido más maravilloso y musical del mundo. Se retiró un mechón de pelo que el viento le había revuelto y observó el cielo, que estaba encapotado. Todas las nubes eran amenazadoras y grises. Sintió la necesidad de acercarse hasta el borde de la ladera y contemplar la bravura de las aguas; sin embargo, lo creyó una locura porque la densa neblina podía convertirse en una trampa mortal.

Presintió que pronto podría desatarse una tormenta, razón por la cual se alejó de los acantilados y puso rumbo a la casa. Se sujetó la correa del bolso y calculó cuántos veranos había pasado en Tintagel, con la única compañía de su abuela, mientras sus padres decidían si merecía la pena intentar salvar su matrimonio por enésima vez.

Había sido su época dorada, unos años que nunca olvidaría. Allí, en Tintagel, había encontrado la felicidad en más ocasiones de las que recordaba. Su abuela había logrado que disfrutase de su infancia como cualquier niña de su edad, lejos de las continuas disputas de sus padres.

Y esta vez no tenía por qué ser diferente.

Su móvil vibró en el interior del bolsillo de su abrigo, pero ella lo ignoró de forma deliberada. Nada ni nadie debía romper ese momento, esa conexión que acababa de establecer con la naturaleza. Sonrió y asintió, como si todos aquellos pensamientos desordenados en su mente tuvieran algún sentido.

La casa seguía tal cual la recordaba, daba la impresión de que el paso del tiempo no había hecho mella en la estructura. Cruzó la verja y observó la impresionante fachada que se presentaba ante sí. Era sobria, pero al mismo tiempo majestuosa. Nunca, por muchos años que

pasasen, dejaba de impresionarla.

La vieja casona era una mole de piedra que se alzaba con orgullo en un paisaje de ensueño. Había resistido al paso de los siglos con mucha dignidad y su abuela nunca había permitido que perdiese su carácter ni personalidad. Contra la piedra, entre la maraña de enredaderas, crecían la hiedra, el jazmín y los rosales silvestres con un sinfín de tonalidades. A pesar de estar a principios de otoño, su suave fragancia aún era intensa y daba la bienvenida al visitante.

Recorrió el largo y atemporal pavimento de piedra, que se integraba perfectamente con la casa creando una continuidad con el interior. Arrastraba la maleta tras de sí, como si se tratase de una extensión más de ella. El ruido metálico de las ruedas hizo que una bandada de pájaros dejase las copas de los árboles y sobrevolasen su cabeza. Sonrió ante tal espectáculo que le brindaba la naturaleza. Reconocía que en Washington no podía admirar nada parecido. En la gran urbe las prisas, el caos y el estrés estaban a la orden del día y no había tiempo para nada que no estuviera relacionado con el trabajo.

Encontró la llave donde siempre, bajo la maceta de uno de los hibiscos que flanqueaban la imponente puerta principal, de un tono rojo intenso que daba cierta personalidad a la casa.

Nada más abrir presintió que algo no andaba bien, pero no supo describir el qué. Antes de tener tiempo de reacción, un enorme mastín con las orejas enhiestas y un grave gruñido que salía de su garganta se abalanzó sobre ella, sin previo aviso.

Tessa, asustada, abrió mucho los ojos; antes de que pudiera actuar, perdió el equilibrio y cayó de forma precipitada al suelo. Su trasero se resintió, sin embargo, no tuvo oportunidad de salir victoriosa del ataque. El perro no se amilanó, saltó sobre ella y las pesadas patas quedaron sobre sus hombros, inmovilizándola. Aunque no parecía peligroso a simple vista, era un animal descomunal, poderoso y con unos músculos potentes, de ojos pequeños color avellana. Sus pequeñas orejas colgaban ahora de su pesada y cuadrada cabeza. Estaba muy cerca del rostro de Tessa, tanto era así que la mujer bizqueó ante la intensa y perturbadora mirada del mastín. Estaba claro que había vulnerado su espacio.

—¡Tristan, ven aquí! —ordenó una voz masculina.

El animal obedeció de inmediato, dejando a Tessa en una posición muy poco decorosa. Levantó la cabeza y vio a un hombre que intentaba calmar al perro cogiéndolo del collar para arrastrarlo tras él. Le dolía todo el cuerpo y el dolor de cabeza pareció intensificarse, pero aun así hizo amago de levantarse; sin embargo, tropezó con la maleta y su trasero estuvo a punto de rozar el suelo de nuevo.

—Discúlpeme, por favor. ¿Se encuentra bien? —dijo el hombre, acercándose y tendiéndole la mano—. Permítame ayudarla.

—He estado mejor.

Tessa no lo pensó dos veces y aceptó su mano. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de la mano de desconocido, la sintió suave y cálida al tacto. No obstante, no pudo evitar dar un respingo al sentir una sacudida que le atravesó la columna vertebral, de arriba abajo. Sus ojos se encontraron un breve momento y Tessa se percató de cómo la mirada de él se oscurecía.

Nathan intentó no dejarse llevar por esa apremiante necesidad que se apoderó de él ante aquel mínimo contacto. Hacía demasiado tiempo que no le ocurría algo así, tanto tiempo como años tenía su hijo. Así que desterró todo pensamiento y se centró en la desconocida, que aún le sujetaba la mano. Creyó que la mujer estaba ridículamente atractiva, tendida allí en el suelo.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó Tessa, intentando recuperar el poco

orgullo que le quedaba tras su precipitada caída.

El desconocido la soltó y retrocedió un paso. Miró a su alrededor como si buscara algo. Al ver a Tristan cómodamente tumbado mientras golpeaba la madera del suelo con la cola, como si fuera un mero espectador, su atención volvió a la extraña mujer que había entrado en casa. Por su acento supo que era norteamericana

—Mi nombre es Nathan Huffman. —Colocó la maleta en posición vertical y después, como no supo qué hacer con las manos, las metió en los bolsillos de su pantalón.

Ella dejó escapar un breve gemido.

Se fijó en que tras el hombre había un ordenador portátil sobre la mesa y varios libros y cuadernos apilados en columna.

—¿Nathan Huffman? —preguntó Tessa, extrañada.

¿Por qué le sonaba tanto ese nombre?

Ella lo miró fijamente y después arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Nathan Huffman, como el escritor?

Él no supo si sentirse halagado o, por el contrario, desconcertado. La escena en sí podía formar parte de una de sus novelas de suspense.

—Más bien soy el escritor y espero que guarde mi secreto. Odio a la prensa y mucho más a los periodistas —respondió de inmediato y con sinceridad—. No será periodista, ¿verdad?

—Para su tranquilidad, no. Pero debo admitir que soy una gran fan suya.

En esta ocasión fue él quien arqueó ambas cejas.

—¿En serio? Se lo agradezco. Aunque creo que estoy en desventaja. —Al ver que ella lo miraba con el ceño fruncido, él decidió ser más explícito—. Usted sabe quién soy, pero yo aún no sé ni siquiera su nombre.

Tessa se fijó en el hombre que tenía ante sí. Estaba claro que las fotografías de las contraportadas de sus libros no le hacían justicia. Era alto, debía acercarse al metro noventa de altura. Su físico no se correspondía al estereotipo de un escritor de éxito, tal vez porque llevaba el pelo suelto y ondulado al estilo surfero, que le daba un aspecto de lo más salvaje. Era moreno y tenía los ojos de color verde mar, intensos y penetrantes. Una mandíbula fuerte, ancha y grande, cubierta por una barba bien cuidada aumentaba al mismo tiempo su atractivo y hosquedad.

—Soy Tessa... —Estuvo a punto de decir su apellido de casada, pero en el último momento optó por el de soltera. Tom ya no formaba parte de su vida. Se recordó a sí misma que no era culpa de nadie, pero el pensamiento, en vez de tranquilizarla, la irritó aún más—. Tessa Bradford.

—De acuerdo, Tessa Bradford, será mejor que tome asiento y me explique cómo ha entrado en mi casa. ¿Le apetece un té?

Las palabras de Nathan podrían haberla ruborizado o hecho enfurecer; sin embargo, no fue así.

—No quiero ser maleducada, señor Huffman, pero creo que aquí hay un malentendido porque esta no es su casa, sino la de mi abuela.

Nathan frunció el ceño.

—¿Podría explicarse mejor? —Le hizo una seña con la mano para hacerla pasar al salón. Era curioso, daba la impresión de que los papeles de anfitrión y visitante se habían intercambiado. Pero eso estaba a punto de acabar, porque estaba más que dispuesta a solventar este malentendido en un santiamén. El problema no lo tenía ella, sino él.

Tessa se dirigió al salón y sorteó la mesa donde estaba el ordenador. La pantalla estaba encendida, pero solo había un par de frases escritas en una página en blanco. Tomó asiento en la butaca, que estaba situada al lado de la ventana. Era tal y como la recordaba. Estaba tapizada en terciopelo azul pastel, y era allí donde su abuela pasaba muchas tardes de invierno con un libro entre las manos.

El mastín se levantó y sacudió la cola con esmero; se acercó a ella y, para su sorpresa, le lamió la mano en busca de su atención.

—¡Vaya! Después de todo no eres tan desconsiderado. —Acarició el espeso y liso pelo del animal. No era excesivamente largo y tenía un color muy parecido al de la piel de un melocotón maduro.

Nathan tuvo tiempo para recrearse en la mujer, que en ese momento tenía toda su atención puesta en Tristan, para deleite del animal.

Tessa Bradford no era una veinteañera y al parecer tampoco quería aparentarlo. Tenía una estatura media, el cabello rubio, o más bien castaño, con mechuras en un tono cobre que realzaban su bonita melena, la cual le rozaba casi los hombros. Debía rondar al menos los cuarenta, pero tampoco lo podía asegurar porque su piel aún era tersa y aterciopelada. No era una mujer atractiva propiamente dicha, pero tenía algo que hacía que un hombre se prendase de ella. Sus ojos eran grandes y oscuros, como una noche fría, sin estrellas y tenía pómulos bien formados y cejas altas que enmarcaban una mirada misteriosa y, por qué no decirlo, algo triste. Sus labios no eran excesivamente voluminosos, pero sí lo suficientemente atrayentes e interesantes para ser besados y perderse en ellos.

En ese momento, ella levantó la mirada y a él se le cortó la respiración. Debía rectificar, sí que era una mujer atractiva.

Se había quitado el abrigo y había dejado entrever un elegante traje de chaqueta y pantalón en lana azul marino a juego con una camisa de seda de tono claro.

—Mi abuela es Nancy Hereford y esta es su casa —aclaró Tessa. Miró a su alrededor y se percató de que no había habido muchos cambios, todo estaba igual que recordaba. La decoración seguía siendo la misma y guardaba ese toque *vintage* que a ella tanto le gustaba. Admiraba al señor Huffman, pero, aunque fuera el mismísimo Príncipe de Inglaterra, debía advertirle que aquella no era su casa. La idea de darse un baño se esfumó como por arte de magia. Deseó tener un ibuprofeno a mano, pero al parecer eso también tendría que esperar.

Nathan arqueó ambas cejas, claramente impresionado.

—¿Su abuela es Lady Hereford?

Tessa sonrió ante el título. Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba.

—A ella no le gusta que la llamen así. Ahora dígame, señor Huffman, ¿qué hace aquí? —preguntó más cansada de lo que quería aparentar.

Nathan no supo cómo responder.

—Vivo aquí desde hace tres meses.

En esta ocasión, la sorprendida fue ella.

—¿Tres meses?

Él asintió, como si todo aquello tuviera sentido.

—Su abuela me ofreció la casa para que escribiese mi próxima novela.

Tessa aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio.

Tristan, presintiendo su malestar, posó su hocico sobre sus rodillas. Ella, con aire distraído, le rascó detrás de las orejas y el perro como respuesta movió la cola con energía.

—Voy a aceptar ese té, porque tengo la impresión de que estamos ante un serio dilema.  
¿No lo cree así, señor Huffman?



## CAPÍTULO 3

Escuchó pitar la tetera a través de la ventana de la cocina. Nathan debía estar a punto de servir el té, pero ella no entró en la casa, sino que agarró con más fuerza el teléfono entre sus dedos.

Fuera hacía frío y estaba comenzado a anochecer. Estaba más cansada de lo que reconocería jamás ante nadie. Las primeras gotas de lluvia no se hicieron esperar, lo que significaba que la tormenta no tardaría en hacer acto de presencia, porque la del interior de la casa ya se había desatado hacía un momento.

Respiró profundamente mientras escuchaba los vanos argumentos de su abuela.

—¡Deberías habérmelo dicho, abuela! —rezongó, en voz baja.

La anciana al otro lado de la línea daba la impresión de ser la serenidad personificada. Al parecer no estaba nada afectada por lo sucedido.

—De haberlo hecho, ¿habrías volado casi nueve horas en un avión y estarías ahora en Cornwallles?

—Por supuesto que no —respondió Tessa, enfadada más consigo misma que con su abuela.

—Pues ahí tienes mi respuesta.

Se apresuró a ponerse a buen resguardo. A través de la lluvia y el viento vio la línea sombreada del horizonte y escuchó el mar embravecido embestir con todas sus fuerzas contra las paredes del acantilado. Le dio la sensación de que la naturaleza y ella competían con la cólera que aún surgía de sus entrañas.

—Creo que no te lo perdonaré nunca. —Nada más pronunciar estas palabras, cerró los ojos y se arrepintió.

—Lo harás, cielo. Como todo en esta vida, es cuestión de tiempo —repuso la anciana en un tono tranquilo—. El señor Huffman es un buen hombre, con sus propios demonios, por supuesto. Imagino que como el resto de los mortales. Tú también tienes que combatir los tuyos, Tessa.

—Supongo que tienes razón —respondió con amargura, presionando ligeramente con el dedo índice el punto exacto de la frente donde el dolor era más persistente—. En cuanto entre en casa compraré un billete de avión. Regreso a Washington hoy mismo.

—¡Oh, por el amor de Dios, Tessa! —exclamó la anciana—. Si lo haces, es porque no te he enseñado nada. Debes ser una buena anfitriona para el señor Huffman.

Tessa no se podía creer lo que oía. Boqueó como un pez fuera del agua.

—Disculpa, el señor Huffman lleva viviendo en esta casa tres meses, el anfitrión debería ser él, en tal caso —argumentó fuera de sí.

Un relámpago estalló en el cielo. Tessa se sobrecogió ante el espectáculo. La lluvia golpeaba iracunda contra los muros de la casa, como si quisiera hacer notar su presencia.

—Me parece perfecto —escuchó decir a la anciana. —Es todo un caballero, así que no tendrás problemas.

El rugir del trueno hizo que buscara refugio en el portalillo de la puerta principal. Aquella conversación no tenía sentido alguno.

—Abuela, tengo que dejarte porque a este paso pillaré una pulmonía.

—Tessa, eres más fuerte e independiente de lo que crees —comentó la mujer con voz apaciguada, desde el otro lado de la línea—. Escucha algo más que tu propia voz. Date una oportunidad, querida.

Tessa iba a replicar, pero la tormenta se recrudeció.

—Tengo que dejarte —apremió.

—Está bien. Tessa, prométeme algo, por favor: no te culpes de lo sucedido con Tom, eso no te llevará a ninguna parte.

—Creo que para eso ya es tarde, abuela. —Dio por finalizada la conversación y dejó caer los brazos.

La cortina de lluvia se intensificó, pero no entró en la casa; se quedó allí, mirando el espectáculo que le brindaba la naturaleza. El viento soplaba furioso, despeinaba su melena y la retiraba con ahínco de su rostro. El sentimiento de desesperación y de rabia se intensificó en su fuero interno.

—¡Maldito seas, Tom! —murmuró. Decidida, metió el móvil en el bolsillo de su abrigo y optó por entrar en casa y hacer frente a una realidad igual de complicada.

\*\*\*

Bebió otro sorbo de té y después se llevó a la boca el ansiado ibuprofeno. Esperaba que le sentara bien a su estómago, ya de por sí revuelto. Se había quitado el abrigo y lo había dejado secar en el respaldo de una silla, muy cerca de la chimenea.

—¿Quiere una galleta?

Tessa estuvo a punto de negarse, pero en el último momento escogió una del plato.

—¿Las ha hecho usted?

El hombre asintió con aire distraído.

—Todos suelen tutearme y me llaman Nathan.

Ella, que estaba a punto de llevarse la galleta a la boca, se detuvo.

—No me creo que todos le llamen por su nombre de pila. Es un escritor de éxito. Vende miles de libros al año.

Él sonrió ante el comentario.

—Soy solo un escritor, dejémoslo ahí. Y créeme, lo hacen. Llámame por mi nombre de pila, quiero decir. —Su cabello todavía estaba algo húmedo en las puntas. Sus grandes y bonitos ojos negros lo miraban como si él fuera un fantasma salido de alguna parte. Esa visión le hizo sonreír—. ¿Podrías intentarlo tú?

Ella lo miró con una expresión que él no pudo descifrar.

—De acuerdo.

—Estupendo. Es un comienzo.

—Podría quedarme en un hotel.

Él la observó con cierta sorpresa.

—¿Quieres quedarte en un hotel? ¿Por qué? —preguntó extrañado—. Esta es tu casa y fuera hay una tormenta, que asustaría al mismísimo Lucifer. Si alguien tuviera que irse, ese sería yo.

Tessa recordó las palabras de su abuela y se sintió culpable en el acto. No había nada como la hospitalidad británica.

Al cabo de un rato, el ibuprofeno comenzó a hacer su efecto y el dolor de cabeza comenzó a ceder poco a poco. Ella no pudo más que sentirse aliviada.

—¿Cómo conoció a mi abuela?

La sonrisa de él se ensanchó.

—Es una mujer increíble.

—Eso no lo niego.

—¿De dónde eres, Tessa?

—He vivido los últimos diez años en Washington.

Él silbó con fuerza, motivo por el cual Tristan levantó la cabeza, que tenía apoyada en las patas delanteras.

—Soy asesora política —se vio en la necesidad de explicar.

Nathan dejó la taza en la mesa y la miró fijamente.

—Nunca lo habría imaginado.

—¿Por qué?

—Da la impresión de que eres una mujer más romántica.

Ella le lanzó una mirada fría que le hizo reír.

—Creo que no te entiendo.

—No importa. —Cogió de nuevo su taza y bebió de ella—. Me has preguntado cómo conocí a tu abuela.

—Así es.

—Fue en una de mis últimas presentaciones. Se acercó con el libro en la mano y me dio a entender que no le gustó el final de mi novela. Al parecer esperaba un poco menos dramatismo y violencia.

—Típico de ella.

—Sí, supongo que sí.

Tessa sintió cómo aquellos ojos verdes estudiaban su rostro. Se removió incómoda en la silla.

—Me invitó a tomar un té —continuó él, levantando su taza en alto—, y estuvimos hablando varias horas de literatura y de la vida en el bar del hotel donde yo me hospedaba.

Estaba claro que Lady Hereford era una caja de sorpresas.

—No sabía que mi abuela fuese una gran admiradora de las novelas de suspense.

—Yo tampoco —respondió él, sin dejar de mirarla—. Fue ahí donde comenzó nuestra amistad.

—¿Amistad? —preguntó Tessa, sin poder disimular su asombro.

—No me malinterpretes, por favor. Se enteró, y aún hoy en día no sé muy bien por quién, de que mi hermana había fallecido —dijo apesadumbrado—. Se puso en contacto conmigo a través de mi editora y estuvimos hablando largo y tendido. La editorial me había dado un plazo para terminar el libro que tenía entre manos. Pero después de la muerte de Rachel, y de eso hace tres meses, mi mundo ya no volvió a ser el mismo.

Estaba claro que su abuela se había tomado muchas molestias para contactar con su

escritor de cabecera. Ella se dedicaba a la política y, con el paso de los años, había ido perfeccionando su instinto con respecto a los demás. Por lo que dedujo que Nathan Huffman no mentía, estaba siendo sincero.

—Lo siento.

—Gracias —fue la respuesta de él.

—¿Cómo murió? —quiso saber Tessa.

A Nathan no le gustaba hablar de Rachel ni de las causas de su muerte; sin embargo, dedujo que la curiosidad de Tessa no tenía segundas intenciones y que no saldría publicado a la mañana siguiente en la portada de ningún periódico sensacionalista.

Ella lo vio dudar unos segundos y cuando creyó que él no iba a contestar a la pregunta, su voz resonó alta y clara.

—Está a la orden del día, por desgracia. Lo llaman el síndrome de la mujer maltratada —comenzó a decir a sabiendas de que había captado toda la atención de la mujer que tenía sentada ante sí—. Él era profesor, iba a la iglesia cada domingo y trabajaba como voluntario en un comedor social. Todo parecía perfecto de cara a la sociedad, pero un día llegó y le dio una paliza. Poco podía haber hecho ella, Rachel pesaba cincuenta kilos y él ciento diez. Así que imagínate, le fracturó varias costillas, la clavícula y le perforó un pulmón. —Nathan tuvo que detenerse en ese punto de la historia, apenas podía pasar saliva. El dolor estaba ahí y en vez de ir decreciendo, le daba la impresión de que cada vez se hacía más patente y doloroso. Y él no podía evitar sentirse, cada día que pasaba, más culpable—. Las veces anteriores, su marido cubrió bien sus huellas. Cuando hablé con los médicos me sentí derrotado. ¡Cómo no me había dado cuenta de lo que estaba sucediendo!

Tessa se puso tensa ante el relato. Decidió guardar silencio; estaba claro que Nathan estaba verbalizando su dolor y si algo había aprendido con el paso de los años era que ese momento era imprescindible para alcanzar la aceptación de los hechos.

—Murió dos días después en la cama de un hospital, entre mis brazos, con la cara llena de hematomas, mientras le hacía vanas promesas que sé que nunca llegaré a cumplir. —Cuando terminó de hablar, regresó al presente y miró detenidamente a Tessa—. No sé por qué te cuento todo esto...

—Porque lo necesitas —respondió Tessa con suavidad.

Él tenía los ojos clavados en ella. Notó cómo su rabia iba disipándose hasta que sintió tan solo la frustración, con la cual estaba aprendiendo a vivir.

—La gente cercana sabe que mi hermana murió, pero no el motivo. Tú eres la única a quien se lo he contado.

Ella no titubeó.

—En más ocasiones de las que crees, es más fácil desahogarte con una extraña. En el fondo sabes que no te va a juzgar.

—Podía haberlo impedido.

Ella le miró con fijeza, profundamente consternada. No era una pregunta, era una afirmación en toda regla.

—No, no podías. Ella nunca te hizo partícipe de su problema, por lo tanto, no podías ayudarla.

Los ojos de Nathan se encendieron.

—Yo no estoy tan seguro. —Le dio la espalda, metió las manos en los bolsillos y, se dispuso a salir de la cocina—. ¿Quieres que me vaya?

Ante la pregunta, hasta Tristan movió la cola de forma incesante, a la espera de la respuesta de Tessa.

—No, dormiré en una de las habitaciones de invitados.

—Puedo trasladar mis pertenencias y dejarte la habitación principal —sugirió Nathan, sin dejar de darle la espalda.

—No, eso no tendría sentido. Esta casa tiene tres habitaciones, espacio más que suficiente para ambos.

—De acuerdo. —Él asintió de forma casi imperceptible—. Te pareces más a tu abuela de lo que estás dispuesta a reconocer, Tessa. —Sin más, cruzó el umbral de la puerta y Tristan lo siguió con paso ligero.

El perro, antes de abandonar la cocina, giró la cabeza y Tessa creyó leer en sus ojos un sentimiento de gratitud.

Cuando se quedó a solas, terminó su té. Estaba frío, pero no le importó. No podía apartar de su mente las palabras de Nathan.

Al parecer, ella no era la única que sufría en esa casa.

Se recostó en la silla e inspiró con aspereza. La tormenta ya no era más que un murmullo, pero aun así, la lluvia seguía golpeando contra los cristales de la ventana. Se arrebujó en su chaqueta, intentando buscar una calidez que nunca llegó. Estaba claro que el destino tenía sus propios planes y un simple mortal no podía desbaratarlos así como así.

## CAPÍTULO 4

Los acantilados, a primera hora de la mañana, sin neblina y tras una tormenta épica, volvían a ser visibles. Nubarrones grises y amenazadores seguían cubriendo un cielo plomizo que amenazaba de nuevo con lluvia.

Pequeñas flores silvestres adornaban la llanura de un verde maravilloso, le recordaron al color de los ojos del hombre que en ese momento se encontraba en la casa.

Las palabras de él resonaron de nuevo en su mente:

«Podía haberlo impedido».

—Nadie que no quiera ser salvado se salvará —dijo Tessa para sí en un murmullo.

Era una situación extraña que no sabía muy bien cómo gestionar. Nathan tenía el mismo derecho que ella a quedarse, después de todo era un invitado más de su abuela.

Las flores silvestres resultaron ser brezo. Se acuclilló y acarició con la yema de los dedos el pequeño arbusto. La fragancia quedó impregnada en su piel como un perfume fresco, uno que tantas veces había añorado desde que era niña. El viento seguía soplando con fuerza y las olas, lejos de estar en calma, embestían con furia contra las rocas. Además de su abrigo, llevaba consigo una enorme bufanda de lana que había comprado en una ocasión en una tienda de segunda mano, sin saber muy bien el por qué. Sonrió para sí misma. Estaba claro que la respuesta había llegado casi dos años después.

—Y tú, Tristan, ¿también crees en las señales del destino?

El perro le empujó suavemente la pierna con la cabeza. Tessa acarició su suave pelaje antes de continuar con su paseo.

—Ya veo que sí.

Para dormir había elegido su habitación, la misma en la que dormía cuando era una niña. Al abrir la puerta, todos los recuerdos se agolparon y la avasallaron sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Creyó que el tiempo de las lágrimas ya había pasado, pero estaba confundida. Había llorado hasta bien entrada la madrugada y después se había quedado dormida. Una vez despierta se había levantado, aseado y vestido con la única idea de dar un paseo y perderse en aquellos hermosos paisajes.

Necesitaba despejarse la cabeza, sin embargo, los problemas parecían no querer detenerse. Pensaba demasiado en Tom y en su traición, y en vez de sentirse cada vez más fuerte, le daba la impresión de que era más vulnerable que nunca: su cerebro y corazón estaban en permanente batalla.

Intentó desterrar todos esos conflictos que lo único que hacían era asfixiarla en un mar de dudas, pero apenas lo consiguió.

Algunas gaviotas volaron sobre su cabeza. Sintió la necesidad de observar el elegante

vuelo de las aves. En el fondo creía saber lo que ocurría: estaba más enfadada consigo misma que con Tom. Se flagelaba por haber perdido algo que seguramente nunca le había pertenecido.

Se prometió a sí misma llegar a un punto de inflexión.

—Siempre hay uno —se dijo.

Se detuvo cuando escuchó el graznido de una gaviota. Daba la impresión de que le recordaba dónde estaba, en una tierra mágica donde todo era posible. Dejó que el viento la despeinara y cerró los ojos, perdiéndose en la sensación de la fría corriente de aire. Por un momento se alegró de estar haciendo las paces con su dolor.

De camino a casa, acarició al perro.

—Cuéntame algo más sobre tu amo.

Tristan restregó su lomo por la pierna de Tessa antes de echar a correr y alejarse.

—Ya veo que eres como él, reservado y misterioso. —Lo llamó en voz baja—. ¡Tristan, ven!

Para su sorpresa, el animal obedeció de inmediato y dio la vuelta.

—¿Sabes que eres un gran perro? —Le rascó detrás de las orejas para satisfacción del animal—. ¿Tienes hambre?

Abrió mucho los ojos ante la mirada del perro. Su lengua asomaba ligeramente por un extremo de su boca y el gesto hizo que ella sonriera.

—Está bien, yo también. Será mejor que entremos.

El perro obedeció la orden a una velocidad pasmosa. Tessa lo vio brincar y entrar en la casa como un cohete. Sonrió ante la escena.

«Curioso nombre para un perro», pensó.

\*\*\*

Tessa, nada más entrar en la casa, se desprendió de su abrigo y bufanda y los dejó sobre uno de los sillones del salón. La chimenea estaba encendida, pequeñas llamas lamían varios troncos dispuestos unos sobre otros. En el instante, percibió ese calor de hogar tan agradable y reconfortante que hizo que se sintiese de inmediato cómoda. Su estómago protestó cuando olió a café recién hecho y a vainilla.

Entró en la cocina y quedó impresionada al ver sobre la encimera un despliegue de platos. En uno de ellos había galletas recién horneadas, en otro queso y en el fuego una sartén con lo que parecían ser huevos revueltos salteados con setas.

—¡Buenos días! —saludó Nathan—. Pensé que podías estar hambrienta.

—Pensaste bien. Huele de maravilla, y sí, me muero de hambre —dijo lanzándole una breve sonrisa—. No deberías haberte tomado tantas molestias.

—Para mí cocinar es un verdadero placer.

Nathan le guiño un ojo, lo que hizo que el corazón de Tessa se acelerase a un ritmo vertiginoso. No pudo más que amonestarse a sí misma por una sensación que ella creía más de adolescentes que de adultos. Lo vio echarse el paño de cocina sobre el hombro y disponer los diferentes platos sobre la mesa.

—Siéntate, por favor.

—Muchas gracias, pero también puedo ayudar.

—Sé que puede sonar irónico; no obstante, tú eres mi invitada.

Se sentó al otro lado de la mesa, se recostó contra el respaldo de la silla y soltó una risita.

—¿Has dormido bien? —preguntó él mientras le servía el desayuno.

Ella decidió ser sincera.

—No mucho, la verdad. Supongo que he extrañado mi cama.

Él se le quedó mirando, con la sartén en una mano y la cuchara de madera en la otra.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir; son cosas que pasan.

Repartió los huevos revueltos y se volvió para dejar la sartén en el fregadero. Dispuso los otros platos sobre la mesa y llenó las tazas de café.

—Tienes pinta de ser un gran chef.

—Dejémoslo en cocinero. Chef son palabras mayores.

Tristan tenía la cabeza metida literalmente en su comedero y parecía ajeno a todo y a todos.

—No me has dicho de dónde eres.

Nathan se sentó muy cerca de Tessa, estaba claro que deseaba mantener una conversación. El tema de Rachel parecía dado por zanjado, él no sacó a relucir su nombre y ella no volvió a preguntar.

—Nací en París. —Al ver el gesto de sorpresa de Tessa, Nathan explicó—: Mi padre era diplomático y nos mudábamos muy a menudo de un país a otro.

—¿Así que has pasado más tiempo en Europa que en Estados Unidos?

—Se podría decir que sí.

—¿Eres un ciudadano del mundo?

Ante su expresión, Nathan sonrió.

—Es una bonita manera de verlo. Tengo una casa en el sur de Francia. No necesito un lugar fijo para escribir, así que me muevo de un lado para otro —aclaró—. Aunque siempre intento elegir lugares tranquilos.

—¿Como Tintagel?

—Estar aquí creo que ha sido un propósito más de tu abuela que mío; sin embargo, le estoy muy agradecido por ello.

Tessa se llevó el tenedor a la boca y cerró los ojos de placer.

—Estos huevos revueltos son una maravilla.

Nathan se echó a reír.

—Me alegro de que te gusten. El orégano y la albahaca son los verdaderos protagonistas de este plato.

Ella escogió una galleta y se la llevó a la boca. La textura era perfecta. Tenía un toque de canela y jengibre que era una verdadera delicia.

—¡Dios mío, están buenísimas! —exclamó con los ojos muy abiertos.

—Son las que suelo hornear por Navidad, pero creí que te gustaría probarlas.

—Son increíbles. Si tu próxima novela no alcanza el número uno en ventas siempre podrías dedicarte a la repostería —dijo, antes de dar otro pequeño mordisco a la galleta.

La sonrisa de Nathan se ensanchó.

—Lo pensaré. He de reconocer que tus elogios me agradan y hacen que suba mi autoestima.

—Debió ser duro para ti no tener una residencia fija —comentó ella, volviendo al tema anterior. Reconocía que Nathan Huffman le intrigaba.

—Lo fue más para mi madre. Rachel y yo nacimos ya en esa vorágine, mi madre fue la



que se tuvo que adaptar. —Se quedó pensativo unos segundos—. Es más, creo que nunca lo hizo. Se limitó a seguir a mi padre por el mundo.

—¿Dónde viven ahora?

—Mi madre murió cuando yo tenía trece años. —Vio como Tessa bajaba el tenedor lentamente hasta dejarlo en el borde del plato—. Mi padre se volvió a casar y ahora vive en los Estados Unidos. Al contrario que a mí, le siguen gustando las aglomeraciones y las grandes ciudades.

Tessa pensó que Nathan había tenido demasiadas pérdidas a lo largo de su vida. En esta ocasión se limitó a expresar su pesame con la mirada.

—Ahora, además de una madrastra, tengo un hermano.

Tessa dio un sorbo de café.

Él la miró con una intensidad abrasadora que a ella, en vez de hacerla sentir incómoda, le produjo una repentina excitación.

—Sé que no está bien por mi parte, pero no he podido evitar escribir tu nombre en el buscador de Google.

Ella se llevó una vez más su taza de café a los labios y dio un sorbo mientras lo observaba por encima del borde de la taza.

—Y, ¿has descubierto algo interesante? —preguntó, dejando la taza de nuevo sobre la mesa.

—Se podría decir que sí. Ahora mismo eres la comidilla de Washington D.C.

No le contaría aún que su pesquisa le había llevado a algunas conclusiones intrigantes, como el hecho de que algunas crónicas periodísticas afirmaban que su ya exmarido había traspasado en varias ocasiones la línea de la ley a favor de sus propios intereses.

—Se les pasará.

—Supongo que sí, será cuestión de tiempo. ¿Es por esa razón por la que estás aquí?

Tessa procuró no caer rendida ante esa cálida expresión en los ojos de él.

—Sí, una entre muchas, supongo.

—Ha debido ser duro. —Apartó el plato y agarró la taza de café. Le dirigió una sonrisa de disculpa—. Lo siento, imagino que no quieres hablar de ello.

La realidad la golpeó de nuevo de lleno. Se frotó la cara con las manos, visiblemente preocupada.

—No importa. La verdad es que sí quiero hablar de ello. —Hasta ella misma se sorprendió al escuchar su voz. Nathan le había contado lo de Rachel y ella creía estar en deuda con él. Tomó su taza de nuevo y aspiró el aroma del café. Después bebió un sorbo para aclararse la garganta—. Podría decirse que Tom, mi marido —explicó—, es un cabrón de cuidado que se estuvo riendo a mi costa más de dos años mientras se tiraba a su secretario. No obstante, después de mucho pensar, he llegado a una conclusión esta misma mañana. No dormir a pierna suelta también tiene sus cosas buenas.

Nathan la miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera esperando un razonamiento cruel por su parte. En los artículos que había leído sobre ella y su marido no se hablaba de ninguna infidelidad. Tan solo que se habían divorciado por diferencias conyugales, tras un largo y bien avenido matrimonio. De todas las profesiones por haber, jamás se hubiera imaginado que Tessa se dedicase de lleno a la política, un mundo que él odiaba con todo su ser.

Ella soltó un suspiro largo y tembloroso.

—Lo siento. Ha debido ser muy difícil asimilar algo así.

—Ni te lo imaginas. Creo que ha sido el peor momento de mi vida con creces.

—En la prensa digital, solo se habla de un divorcio amistoso.

Ella soltó un bufido perfectamente audible.

—Eso es lo que quiere hacer creer Tom. Se juega mucho en las próximas elecciones.

Nathan había leído por alguna parte que el ya exmarido de Tessa se presentaba al senado.

—Es cierto eso que dicen, que del amor al odio hay un solo paso.

Él la estudió por encima del borde de la taza.

—Sin embargo, creo que fue valiente.

La luz del amanecer se derramaba a través de las ventanas y acaricia su cabello. Nathan pensó que nunca había visto a una mujer tan hermosa. Tessa Bradford le intrigaba de una manera insospechada y bien podía ser la protagonista de la novela en la que estaba trabajando, fuerte y al mismo tiempo sensible y sensual. Una combinación muy peligrosa.

—¿Por qué crees que fue valiente? —quiso saber él.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Porque eligió el amor, porque tuvo el coraje de mirarme a los ojos y decirme lo que pensaba de nuestro matrimonio y, por último, por ser sincero consigo mismo. —Bajó la mirada por un instante—. Aunque reconozco que se tomó su tiempo para comunicármelo. No obstante, supongo que esos son los daños colaterales a los que debo hacer frente y que con el tiempo aprenderé a perdonarle.

Nathan sabía que no había mujer más fuerte que aquella que tenía que luchar y ganar la batalla sola; aquella que no tenía miedo a las consecuencias, que deseaba hacerlo a pesar de todo.

—Eres una mujer bondadosa, Tessa Bradford.

—No lo creo. Soy una mujer abandonada que intenta recuperar una vida que nunca le perteneció.

Al advertir el tono de frialdad en la voz de ella, se sintió en la necesidad de tomar su mano. Se la llevó a los labios para besarle los nudillos.

Él sintió cómo Tessa se estremecía ante su contacto. Su mano se cerró en torno a la suya, cálida y reconfortante. No se retiró y eso le agradó. Bueno, al menos, él no le era del todo indiferente. La deseaba, y cada minuto que pasaba ese deseo se intensificaba.

—Me da miedo preguntar, pero voy a hacerlo de todos modos: ¿hay alguna mujer en tu vida ahora mismo?

Él, de forma delicada, dejó la mano de ella de nuevo sobre la mesa.

—Nunca me he casado, si es eso lo que quieres saber. Y hace demasiado tiempo que no salgo con nadie, pero tengo un hijo —confesó.

Le buscó con la mirada.

—Vaya, contigo voy de sorpresa en sorpresa. ¿Dónde está ahora?

—Espero que en la universidad. —Se le escapó una carcajada.

Una imagen de un joven Nathan Huffman invadió la mente de Tessa.

—Antes de que me preguntes, te diré que su madre se fue cuando él estaba a punto de cumplir tres meses de vida. Yo ya vivía en un mundo real y ella en un mundo de fantasía. Era preciosa, pero también muy alocada y le gustaban demasiado las fiestas como para pensar en cosas serias. —Logró ocultar esa irritación que le solía apremiar cuando hablaba de Amy—. Ella tomó su rumbo y yo el mío, fin de la historia.

—Debíais ser muy jóvenes.

—Yo no tanto, tenía veintinueve años, pero Amy sí era más joven. Tenía veinte, la

misma edad que tiene ahora mismo Kevin.

—¿Kevin es tu hijo?

—Sí, y confieso que es maravilloso. También debo reconocer que salió algo bueno de la situación, después de todo —le dijo—. Amy y yo nos conocimos en un *pub* una noche fría del mes de enero y pasamos un par de noches locas, repletas de sexo y lujuria en un motel de mala muerte. Cuando se puso de nuevo en contacto conmigo para decirme que estaba embarazada, le propuse matrimonio. Mi madre habría querido que fuese todo un caballero y me hiciese cargo de la situación —declaró—. Pero ella no quería casarse y yo siempre respeté su decisión. Al fin y al cabo, no estábamos enamorados. Cuando se marchó, después de dejarme a Kevin en mi casa, llevaba consigo una autoestima muy alta, demasiadas ilusiones y una cantidad económica más que considerable en su cartera.

—Y, ¿no has vuelto a saber de ella?

—No. Sé que una vez habló con mi padre, pero de eso me enteré años después. Nunca supe qué ocurrió entre ellos —explicó.

«Sí. Nathan Huffman ha perdido demasiadas mujeres en su vida», pensó Tessa; tal vez por esa razón las protagonistas femeninas tenían siempre un papel tan relevante en sus novelas.

—¿Tú no tienes hijos?

—Tom y yo hablamos de ello, pero nunca encontramos tiempo y supongo que ahora ya es demasiado tarde. Tengo casi cuarenta años y el ritmo de mi reloj biológico ya no es el mismo. —Con la mirada recorrió la línea de sol que se colaba entre las cortinas. Soltó un suspiro—. Creo que nunca seré madre.

Él se le quedó mirando fijamente; no supo que decir.

—Tuve mi oportunidad y la dejé escapar, la frase en sí lo resume todo.

—Lamento haberte preguntado.

—No hay nada que lamentar; fue también mi decisión. —Sintió un estremecimiento al recordar todos los sueños que se le habían escapado en los últimos diez años—. Culpar a Tom del hecho de no ser madre no sería muy considerado por mi parte.

—Soy de los que piensan que, cuando se trata de cumplir un sueño, siempre estás a tiempo.

Notó que él la observaba preocupado, con el ceño fruncido. Tessa no quería indagar más sobre su vida. Se colocó el pelo detrás de las orejas y se infundió valor.

—He leído tu última novela —confesó con el fin de dar un cambio de rumbo a la conversación.

Él la miró unos segundos sin decir nada. Estaba claro que Tessa no quería seguir hablando del tema y él lo respetaba. Al fin y al cabo, ¿quién era él para hablar de sueños?

—¿Opinas como tu abuela, que es un final demasiado trágico? —le preguntó con tono airado.

—No, discrepo de ella. Es un final vertiginoso.

Nathan comenzó a golpear la mesa con el mango del tenedor. No solía rebatir los pormenores de sus novelas con sus lectores, pero al parecer las Hereford eran un caso aparte.

—Te agradezco el cumplido.

—¿Crees que esta novela tendrá cabida en el cine?

—No lo sé. —Nathan dejó el tenedor sobre la mesa—. Mi editora es la que se encarga de todos los detalles, pero lo creo posible, sí.

—Debe ser una sensación maravillosa ver a tus personajes en la gran pantalla.

—Una vez que los abandono, dejan de ser míos.

Tessa sopesó la sinceridad de su respuesta.

—¿Es así, tan sencillo?

—No. Es complicado. Las despedidas nunca son fáciles; sin embargo, sí necesarias.

Ella iba a replicar, pero su móvil vibró en el interior del bolsillo de su pantalón. Nathan se recostó en la silla y cruzó los brazos. Tristan dejó de mordisquear el hueso que tenía entre los dientes e irguió sus orejas para centrar toda su atención en la mujer con la que había compartido el paseo matinal.

Tessa suspiró cuando leyó el nombre en la pantalla.

—Al parecer alguien te echa de menos.

—No exactamente.

Ella tecleó algo y luego guardó su móvil.

—Se trata de trabajo.

—Se supone que estás aislada del mundo —comentó él mientras jugaba, de nuevo, con el tenedor.

—Del mundo sí, pero no de la política —admitió finalmente—. Es demasiado intensa para alejarse del todo. Bruno Makinson me quiere en su equipo y está poniendo todo su empeño en ello —explicó.

Tessa se fijó en que algo cambiaba en el rostro de Nathan nada más pronunciar ese nombre.

—¿Le conoces?

Nathan dejó caer el tenedor sobre el plato. El ruido metálico que ocasionó el choque entre el metal y la porcelana podía compararse con el de una claqueta. Era como si Nathan deseara cambiar a otra escena. Tessa lo vio arrastrar la silla, levantarse y llevar el plato y vaso hasta el fregadero.

—Bruno Makinson es mi hermano.

«Vaya, al parecer sí que el mundo es un pañuelo», pensó Tessa. Tuvo que tomar aire.

Ella lo miró con una expresión que él definió como sorpresa. Estaba claro que ninguno de los dos esperaba otra coincidencia en sus vidas.

—Tu apellido es Huffman —le recordó Tessa—, no Makinson.

Nathan abrió el grifo y comenzó a aclarar el plato y los cubiertos.

—Me cambié de apellido cuando comencé a escribir, Bruno es hijo de mi padre.

En esta ocasión, más que tomar aire, Tessa tomó una profunda bocanada.

—No lo sabía.

Nathan se volvió bruscamente.

—No tenías por qué saberlo. Bruno y yo somos muy diferentes y nos movemos en mundos igual de distintos. A él no le gusta lo que yo hago y yo no comprendo lo que él hace.

—Es política, Nathan —se atrevió a defender Tessa.

—Es más que eso. La política no trae nunca nada bueno a la vida de la gente: rompe familias, revela secretos y hace daño intencionado, sin prestar atención a las consecuencias. Solo se trata de ganar a coste de lo que sea —añadió con tono crispado. Cerró el grifo y a continuación se secó las manos con un paño seco.

—Lo estás viendo desde el lado contrario —se vio en la necesidad de aclarar ella.

—Te equivocas, lo he vivido demasiados años en mi piel para saber cómo funciona. Cuando mi padre dejó la diplomacia, intentó por todos los medios llegar a ser gobernador, pero

no lo consiguió y el precio fue demasiado alto. Hoy en día vive su propio sueño a través de su hijo y eso es algo deplorable.

—Tu hermano está ahí por decisión propia —repuso con frialdad.

—¿Lo crees o lo confirmas? —Él tiró el paño sobre la encimera—. Me lo imaginaba; no lo sabes. En el fondo nunca logras conocer a un político. —Nathan se frotó la frente mientras trataba de medir sus palabras—. Mi padre haría un pacto con el mismísimo Lucifer si con ello llevase a mi hermano a ocupar un escaño en el senado. Mi madre intentó advertirle varias veces, pero él la ignoró de forma deliberada. Después, ella murió y mi padre se interesó más por la política. En el transcurso de esos acontecimientos, nos perdió a Rachel y a mí y no hizo nada por recuperarnos. No tenía ningún derecho a arrastrarnos a su mundo —se quejó. Tragó saliva y preguntó—: ¿Qué hizo? Formar otra familia que le alentase, que aplaudiera sus discursos, y buscar amigos que le palmeasen la espalda.

—¿Qué intentas decirme? —quiso saber ella.

Él negó con un ademán. Estaba claro que Tessa no lo entendía, pero a él la política le había robado a su familia. No le importaba vivir en soledad, al menos hasta ahora; pero conocer a la mujer que tenía ante sí le había devuelto la esperanza de que podía congeniar con el sexo contrario. Tenía la sensación de haber despertado de un largo sueño y haber vuelto a la realidad, así de golpe.

Estaba más confundido que nunca.

—Acabas de salir de un infierno, ten cuidado y no vayas a caer en otro. —Su voz sonó cortante. La rabia de su afirmación la dejó impactada—. ¡Vamos, Tristan! —El perro obedeció la orden sin rechistar y siguió a su amo—. Si me disculpas, tengo una novela por terminar.

Tessa no tuvo tiempo de reacción porque él ya se había ido. Se inclinó sobre la mesa, muy pensativa.

Estaba claro que el miedo era una motivación peligrosa.

## CAPÍTULO 5

Estaba cansado, pero no por ello dejó de aporrear las teclas. La novela iba cogiendo forma poco a poco y eso le daba ciertos ánimos. No se había acostado porque no necesitaba dormir; solo ansiaba escribir. Sacarse todas esas emociones y sensaciones que le hervían por dentro y traspasárselas a sus personajes.

Reconocía haberse comportado como un idiota. Tessa era asesora política y eso tenía que bastar; sin embargo, había sentido esa rabia que a veces le desconcertaba y le hacía blasfemar en voz alta. El destino no tenía derecho alguno a poner a una mujer como Tessa en su vida. Él estaba bien como hasta ahora, solo con su imaginación.

Puso punto final al capítulo, se recostó contra la silla y se sintió satisfecho con el trabajo. Esa noche había logrado lo que no había conseguido en las últimas semanas. Se levantó y echó un leño a la chimenea. El fuego se avivó de inmediato y las llamas treparon de forma acelerada hasta convertirse en rojizos reflejos. El calor se fue extendiendo por el salón y eso le reconfortó de alguna manera. Comprobó la hora, eran casi las seis de la mañana. Le dolía la espalda y tenía el cuello agarrotado, pero aun así estaba satisfecho. A este paso terminaría la novela a tiempo y después se marcharía lejos, lo más lejos posible. Tal vez al desierto del Sahara, donde nadie le molestaría.

La idea en sí era ridícula, pero la verdad era que necesitaba encontrarse de nuevo con su soledad. La idea de hacer las maletas y desaparecer fue de lo más atractiva, pero había algo en Tessa que le impedía huir y dejarla atrás.

Se llamó a sí mismo idiota.

Él era un hombre antisocial y no creía necesitar a nadie en su vida hasta ahora. Solo Kevin había ocupado un espacio en su existencia, pero el muchacho estaba haciéndose ya un hombre y cada vez le exigía menos. Debía sentirse feliz por el hecho de que su hijo extendiera las alas y echase a volar, pero en el fondo no era así. Se podía decir que necesitaba más a Kevin que Kevin a él. Pensó en llamarle por teléfono; no obstante, la gran diferencia horaria le detuvo.

Era medianoche en Cambridge. Su hijo estudiaba en una de las mejores universidades de Estados Unidos, en Harvard. Y él se sentía orgulloso de él. Había elegido la rama de Filología y Lingüística. Dio gracias a que no hubiera elegido el camino de la política.

La idea de que su padre y hermano revoloteasen alrededor del muchacho como buitres al acecho nunca le había gustado demasiado, pero Kevin ya no era un niño y sabría echarlos a un lado si lo considerase necesario.

Pensar en la posibilidad de perderlo podía llegar a ser angustioso. Se pasó la mano por el pelo y abrió un pequeño armario del salón. Había sido allí donde había guardado el tabaco nada más llegar a la casa. «Por si acaso», había murmurado tres semanas antes, al cerrar la puerta del armario.

Llevaba seis meses sin fumar, solo lo hacía en ciertas excepciones que escapaban de su

control y esta al parecer era una de ellas. Sacó un cigarrillo y lo encendió mientras su mirada se perdía en las delirantes y rojizas llamas que se cebaban con el leño que él acababa de echar al fuego.

Debía ignorarla. El instinto le advertía que, de no hacerlo, su vida ya no volvería a ser la misma. Ella no era más que una distracción, un pasatiempo efímero que no le llevaría a ninguna parte; sin embargo, había algo en ella que lo incitaba y excitaba al mismo tiempo.

Tras la primera calada notó que la tensión acumulada desaparecía con tanta rapidez como había llegado. Dejó que el humo se escapara de su boca hasta su nariz y fue, en ese preciso momento, cuando la ansiada sensación de paz regresó de nuevo.

Llegó a la conclusión de que toda esa ira acumulada provenía del deseo que ella despertaba en él. Era una mujer hermosa e inteligente. Eso la hacía aún más fascinante, si cabe.

Llevaba demasiado tiempo sin tener sexo, eso es lo que ocurría.

Dio otra calada y permitió que el ya familiar sabor calmara su ansiedad. Sin terminar el cigarrillo, lo tiró al fuego y fue pasto inmediato de las llamas.

Ya estaba bien de debilidades, lo mejor sería que se sentara de nuevo y se pusiera manos a la obra.

Con esa firme decisión, volvió al trabajo, pero su mente no estaba ahí; se encontraba en el piso superior, en la habitación donde Tessa dormía.

Soltó un juramento en voz alta que hizo que Tristan se sobresaltara y lo mirase con cierto pesar.

—Ya lo sé, no es preciso que me mires así —dijo al perro—. Estoy siendo del todo irracional, soy consciente de ello.

Tristan, con la cabeza pegada al suelo y la cabeza ladeada, evitó su mirada.

—Estupendo —dijo Nathan con desánimo—. Pero quiero que sepas que ignorarme no es la solución.

Volvió a colocar los dedos sobre el teclado y comenzó a escribir. La idea de matar a alguien era cada vez más atractiva, así que se puso su imaginación en marcha. Había llegado el momento perfecto para que uno de sus personajes muriese en circunstancias terribles.

Era hora de darle al lector lo que deseaba.

\*\*\*

Después de arreglar la habitación, ducharse y vestirse, Tessa se sintió como nueva. Había dormido más horas de lo previsto y cuerpo y mente se lo agradecían. Su estómago protestó y se dirigió a la cocina. Había café recién hecho, miel y pan tostado sobre la mesa.

Con ayuda de un cuchillo untó la miel sobre la tostada y luego vertió café en una de las tazas. Encontró también galletas del día anterior lo cual fue todo un acontecimiento.

Antes de llevarse la taza a los labios, apareció Nathan. Estaba claro que había dormido poco o nada. Su pelo estaba revuelto, como si se hubiese pasado varias veces la mano por él. Tenía los párpados hinchados y eran visibles las bolsas oscuras de debajo de los ojos. Parecía un alma en pena expulsada del Paraíso. Sintió lastima por él, había perdido demasiado a lo largo de su vida y estaba solo, aunque suponía que por elección propia.

Comprendía que Nathan no se sintiera atraído por la política. Eran muchos los hombres y mujeres que no se identificaban con aquellos que ansiaban el poder a toda costa. Pero lo de Nathan iba mucho más allá, su familia vivía por y para gobernar. Conocía lo suficiente a Bruno

Makinson para saber que era así.

Él era una especie de oveja negra que nadie quería ni deseaba comprender. Lo había visto en demasiadas ocasiones como para no percatarse de ello. Tal vez por eso se había hecho escritor, para huir de su propia existencia y crear otras ficticias.

Nathan se recostó en la jamba de la puerta de la cocina, metió las manos en los bolsillos y la miró con una expresión doliente.

—Lo siento. Ayer no tuve mi mejor momento.

Ella bebió un sorbo de café sin dejar de observarle por el borde curvo de la taza.

—¿Qué sientes realmente?

Estaba claro que ella no se lo iba a poner fácil. Clavó sus ojos en la figura femenina y luego tragó saliva. Se suponía que él era bueno con las palabras; sin embargo, en ese preciso instante, daba la impresión de ser un adolescente al que estaban regañando.

—Supongo que todo.

Ella dio otro sorbo de café.

—La política puede ser vertiginosa y atrayente, al igual que tus novelas, Nathan.

Él no supo qué responder a eso.

—No puedes juzgarnos a todos por aquello que te hizo tu padre en algún momento de su vida; además —señaló—, yo solo me dedico a decirles a los políticos lo que deben hacer o no, no ocupo un escaño en el senado.

—Desde los griegos, la política siempre ha sido política. Una especie de juego de tronos muy real.

—Es una manera de verlo.

—Escucha, no quiero ser un aguafiestas.

—¿En serio? —preguntó Tessa en tono burlón.

Él chasqueó la lengua y luego bajó la cabeza.

—No se trata de sentimientos sino de una elección propia.

Ella asintió, como si comprendiese.

—Es razonable —dijo, sin más pretensión que esa.

—¿De verdad? ¿Vas a soltar esa gansada y te vas a quedar así de ancha? —la atacó.

No se dio por aludida. Estaba claro que Nathan estaba enfadado consigo mismo, pero también con el mundo y ella no iba a ser un saco de golpes para nadie, menos aún para él. Tendría que buscar otro punto más vulnerable para poder desahogar su frustración.

Ella era una mujer fuerte o al menos eso quería creer. Visto ahora, desde la distancia, Tom había sido inflexible y testarudo todo el tiempo que había durado su matrimonio. Ella, en cambio, había intentado adaptarse a las intensas sacudidas y ráfagas del viento, a las adversidades y contratiempos de su día a día. A lo largo de su vida, se había propuesto mantener una actitud abierta, ser flexible mentalmente y evolucionar como mujer. Así la había educado su abuela, pero las últimas semanas, sin saber por qué, todo lo aprendido lo había echado al saco del olvido.

Una actitud rígida, como la de Nathan, no llevaba a ninguna parte; solo a quedarse atrapado en el camino, diría su abuela.

Y tenía razón.

Saltaba a la vista que su enfado lo había convertido en rabia.

—Llevo toda una vida intentando comprender a las personas que han dicho quererme o que han formado parte de mi vida, por un motivo u otro. Pero después de lo que ha pasado con



Tom, me rendí —dijo con voz queda—. Porque está claro que he fracasado estrepitosamente y debo aceptar mi parte de responsabilidad. Así que, sí, lo que has dicho me parece del todo razonable.

—Tessa...

—No pasa nada. Al fin y al cabo, van a ser unos días; somos dos desconocidos compartiendo una casa. Tras esto, tú y yo tomaremos rumbos diferentes y seguramente no nos volveremos a ver nunca más.

Podría haberse enfadado por el superficial comentario de ella; sin embargo, no lo hizo. Allí de pie, con su taza de café en la mano, tenía un aspecto abrumador. Estaba claro que adoraba su trabajo porque cuando salía a relucir el tema, veía cómo en su mirada color chocolate afloraba un brillo intenso que no pasaba desapercibido para el resto de los mortales.

Cualquier hombre con dos dedos de frente caería rendido a sus pies, era una especie de diosa o de guerrera, no supo muy bien en qué papel encasillarla. Pero estaba claro que era alguien especial que había venido a poner su mundo patas arriba.

Sin embargo, al mismo tiempo, era fácil adaptarse a ella. ¿Acaso no le había contado lo de Rachel y le había confesado que tenía un hijo? Pocas personas sabían lo importante que había sido su hermana y lo orgulloso que estaba de Kevin. Había visto dolor y comprensión en sus ojos cuando él le había hablado de sus seres más queridos, no habían sido imaginaciones suyas. Tessa se estaba haciendo poco a poco un hueco en su vida y eso le asustaba. Apartó de golpe el pensamiento, tal como vino.

Esa mañana ella vestía un pantalón de lana negro y un jersey de cuello cisne en tono azul pastel. Calzaba botas de medio tacón e iba ligeramente maquillada. Llevaba el pelo semirrecogido, lo cual le daba un toque elegante y hasta sofisticado.

Comprendió con cierto temor que sí, que la necesitaba y la deseaba a partes iguales. Y esa necesidad y deseo lo estaban volviendo loco.

¿Qué se suponía que tenía que hacer?

La respuesta se quedó suspendida en el aire, al igual que sus dudas.

Se la imaginó vestida así en Washington para ir a una reunión y supo sin género de duda que causaría una gran impresión entre los presentes. Tessa exudaba confianza y determinación, algo que admiraban los políticos. No le extrañaba en absoluto que su hermano la quisiera en su equipo.

—Da la impresión de que vas a salir —dijo con la única intención de espantar sus tortuosos pensamientos.

—Así es.

—Bien —fue la escueta respuesta de él.

Ella dejó la taza sobre la mesa y a continuación vertió una pequeña cantidad de miel sobre una tostada.

—¿Cómo va la novela?

Sintió que él vacilaba.

—Mejor de lo esperado —respondió al fin.

—Me alegro.

Tessa dio un pequeño mordisco a la tostada. Cerró los ojos de puro placer, la miel estaba exquisita.

—Estoy deseando leerla.

—Puede que te decepcione.

Ella parpadeó, sorprendida.

—A estas alturas deberías saber que Nathan Huffman nunca decepciona. Tienes millones de lectores repartidos por el mundo.

—No hay que dar nada por sentado. Todo puede dar un giro de ciento ochenta grados cuando menos te lo esperas.

Ella creyó que estaba haciendo referencia a la muerte de su hermana. No habían vuelto a hablar de Rachel. Estaba claro que Nathan necesitaba tiempo para gestionar su pérdida y el dolor que le producía.

—Para muchas personas eres importante.

—Y me alegro. Pero no las conozco y no formo parte de sus vidas, aunque ellas creen pensar lo contrario.

Tessa se preguntó que pensarían sus lectores si le escuchasen hablar así.

—Escribo porque lo necesito; es mucho más que placer. Es una necesidad —explicó.

—¿Por qué suspense?

—No te engañes, Tessa. Escribo sobre la vida. Solo tienes que ver las noticias. —Ella le desafió con la mirada y a él le gustó—. Tu trabajo, por ejemplo. Te pasas los días atando cabos, ¿no es así? Desafiando al contrincante.

Era cierto, se pasaba demasiadas horas con el teléfono pegado a la oreja, intentando que sus interlocutores cambiasen de opinión y diesen su voto a la persona para la que ella trabajaba.

Aparecieron arrugas en la frente de Tessa.

—Dime, por favor, que tu novela no trata de política.

Él sonrió abiertamente.

—¿Ves?, lo has pillado al vuelo. Hace unos minutos acabo de matar a un estrecho colaborador del gobernador.

Ella abrió la boca, pero al no saber qué decir, la cerró lentamente.

—¿No te habrás atrevido a sacar a colación ningún tema subversivo de tu hermano?

Cuando volvió a poner los ojos en ella, se le aceleró el pulso. Tessa era una mujer de lo más excitante y se moría por tenerla en su cama.

—Como se suele decir: cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, escenarios o localizaciones, son pura coincidencia.

—¿A dónde quieres llegar?

Varias emociones atenazaban en ese momento la garganta de Nathan, entre ellas la rabia.

—Será mejor que te deje terminar de desayunar.

Lo miró tratando de adivinar lo que estaría pensando Nathan, pero sus ojos verdes se habían tornado fríos e inexpresivos. Estaba claro que había zanjado el asunto de la novela.

—Muchas gracias de nuevo por el desayuno —se vio en la necesidad de decir ella para llenar ese vacío tan incómodo que había quedado suspendido en el aire.

Sus ojos se encontraron un segundo, tiempo suficiente para que el corazón de Tessa galopara en su pecho.

«Para, déjalo estar. Este hombre no es para ti», se dijo a sí misma.

No le convenía, en absoluto. A ella le encantaba estar rodeada de gente, vivir en una gran ciudad, hablar sin parar y reír mucho. Todo lo contrario a la vida que llevaba Nathan Huffman. Además, estaba lo de Tom. La había herido y abandonado sin ningún tipo de miramientos y aún se estaba lamiendo sus heridas.

Nathan Huffman era un lobo solitario.

Ella abrió la boca para hablar de nuevo, pero la cerró al ver que él se despegaba de la jamba.

—Ha sido un verdadero placer. No es nada del otro mundo, solo un poco de miel y unas tostadas.

—Sin olvidar el café.

Nathan sonrió y sus miradas se cruzaron.

—Me he bebido el contenido de tres cafeteras así que el hecho de poner al fuego otra no ha sido un gran triunfo por mi parte.

Ella supo que hablaba en serio, pero no dijo nada. Convivir con Nathan no era complicado. El pensamiento en sí la pilló desprevenida y la hizo sentirse incómoda.

«Nathan y tú, eso jamás funcionaría. Despierta, Tessa».

—¿Dónde compraste la miel? —preguntó antes de que él se alejase. Los armarios estaban bien surtidos. No faltaban ni alimentos ni artículos de higiene de primera necesidad y el pan olía de maravilla. Tenía la impresión de que estaba recién horneado.

—La señora Beacham se encarga de la compra y de limpiar la casa. Viene un par de días a la semana.

—¡Dios mío! ¿La señora Beacham aún vive? —preguntó atónita—. Era ya una anciana cuando mi abuela y yo veníamos aquí a pasar el verano.

Recordó a la mujer oronda y de pelo blanco recogido en un minúsculo moño pegado a la nuca. Traía cada mañana huevos frescos y verduras y hortalizas de su huerto, en una bonita cesta de mimbre que siempre llevaba colgada del brazo. Solía llevar siempre un delantal a cuadros que le llegaba por debajo de las rodillas y medias de lana fina aunque fuese verano. Trajo a su memoria la sonrisa agraciada, la nariz chata y los pómulos siempre enrojecidos de la mujer, quizás porque siempre llegaba de madrugada, cuando todos en la casa aún dormían.

Tessa echó la vista atrás y creyó verla allí mismo, en la cocina, entre ollas y sartenes. Era una gran repostera, algo que Alfred, el chófer de su abuela y ella misma, agradecían.

Nathan se quedó callado y dudó unos segundos.

—La señora Beacham que yo conozco debe rondar los sesenta años, no más.

Tessa se encogió de hombros.

—Preguntaré a mi abuela la próxima vez que hable con ella. —De pronto agarró de nuevo su taza y bebió un sorbo más de café. Lo que estaba a punto de hacer era una locura, se dijo.

«No hables, sigue bebiendo el café», pensó.

—La lluvia nos está dando algo de tregua y el sol invita a pasear, ¿quieres venir? —Nada más formular la pregunta, se arrepintió.

La idea era pasar el día sola, lejos del escritor y su pésimo humor.

Los ojos de él revelaron una mezcolanza de sorpresa y contrariedad.

Tristan hizo su entrada épica en la cocina. Ambos se quedaron mirando al somnoliento animal con una sonrisa contenida.

—Tristan, ¿te apetece dar un paseo? ¿Qué me dices? —Sacó la mano del bolsillo y acarició el lomo del perro cuando pasó por su lado.

Este ladró, dando así su consentimiento.

—Parece que estamos de acuerdo. Te acompañaremos.

—Bien —fue lo único que pudo responder Tessa antes de llevarse de nuevo la taza a los labios y ver desaparecer al hombre y a su eterno compañero de cuatro patas.

## CAPÍTULO 6

La costa de la península de Tintagel, abrazada por el mar Céltico, era conocida como uno de los territorios ancestrales donde se habían asentado las tribus celtas y donde el corno, la lengua que se hablaba allí desde tiempos inmemoriales, recordaba al visitante que pisaba tierras mágicas y únicas. La elevada humedad, las copiosas lluvias a lo largo de todo el año y la densa neblina convertían a Tintagel en un mundo de leyenda.

La leyenda del rey Arturo.

Tessa llegó al puente, que permitía cruzar cómodamente desde lo alto de la colina hasta la pequeña isla donde se encontraban las ruinas de una fortaleza que había estado en todo su apogeo en el siglo XII.

—Cuenta la leyenda —comenzó a decir Nathan, sin dejar de observar desde la distancia el pie de la colina donde se encontraban los restos del castillo—, que aquí fue donde nació Arturo, fruto de una relación incestuosa por parte de su madre. Igraine era esposa de Gorlois, duque de Tintagel.

Aunque Tessa había leído esa historia cientos de veces, escucharla de labios de Nathan le daba una intensidad diferente.

—Puedo imaginar lo que sintió el duque de Tintagel —dijo ella, haciendo referencia a su ya exmarido—. Nunca es fácil ser el tercero en discordia.

—Supongo que no. —Nathan sonrió resueltamente y tomó la mano a Tessa. Ella sintió de nuevo esa corriente eléctrica que parecía conectarla a él—. Su amante era Uther Pendragon, que significa «hijo del dragón» —continuó diciendo él mientras cruzaban el puente, seguidos por Tristan—. Nueve meses más tarde nacería Arturo, que sería entregado a Merlín, ya que los amantes concibieron a su hijo gracias a un hechizo del mago. Y así vio la luz el héroe que se encargaría de defender a los britanos de sus enemigos.

—Tengo la impresión de que el rey Arturo y tú sois viejos conocidos.

Los intensos ojos de Tessa transmitían curiosidad y esa mirada lo dejó absorto. La vio arrebujarse en su abrigo. El viento frío del norte soplaba con fuerza y agitaba sus cabellos. Deseó formar parte de ese mágico momento y ser él quién enredase los dedos en su pelo para después abrazarla y perderse en sus labios.

—Se puede decir que el mago Merlín me acompañó durante mi infancia. —Lo dijo lanzándole una breve sonrisa a la vez que desterraba esos pensamientos lascivos que no dejaban de rondarle por la cabeza—. No sé las veces que soñé despierto que era yo quien sacaba de la roca a Excalibur. Mi madre me compró varios cómics y luego un libro basado en las leyendas artúricas y sus doce caballeros de la Mesa Redonda. Supongo que cada época vuelve a hacer resurgir el mito, porque siempre hay algo por descubrir.

Tessa se imaginó a Nathan de niño, blandiendo una espada de juguete mientras corría por los jardines de alguna de las impresionantes casas donde había vivido. A pesar de haber crecido

con una hermana, Nathan parecía haber pasado mucho tiempo solo.

—Nunca has escrito una novela histórica, ¿por qué?

—Vaya, ¿así que es cierto? Formas parte de mi club de lectores.

La boca de ella se curvó por las comisuras.

—No te vengas arriba, ¿de acuerdo?

Nathan sonrió de oreja a oreja. Eran pocas personas quienes le decían lo que podía o no hacer.

—Estás en lo cierto. Te voy a dar una primicia, después de esta visita es muy posible que escriba una historia medieval, de caballeros y nobles. —Su tono de voz se envalentonó—. Traiciones, decapitaciones y mazmorras.

La vio enarcar una ceja y no pudo más que sonreír.

—¿Por qué no? —prosiguió—. Era una época de conspiraciones, lo que le daría mucho suspense a la novela. Estarás de acuerdo conmigo en que este lugar es muy inspirador.

—Me encantaría leerla —le aseguró.

La mente de Nathan ya era un hervidero de personajes, diálogos y tramas.

—Algún día lo harás, te lo prometo.

—¿Dejarás de escribir la novela que tienes entre manos para perderte en el reino de Avalon?

Tessa sintió cómo el pulgar de Nathan acariciaba con suavidad el dorso de su mano. Fue un gesto íntimo y muy sensual.

—Nunca he dejado una novela a medias y no lo voy a hacer ahora.

Ella siguió caminando mientras sus pensamientos se convertían en verdaderos remolinos en su mente.

—Nathan, respecto a la obra que estás escribiendo...

—Es ficción, Tessa —le interrumpió él de forma brusca.

Ella sabía que eso no era del todo cierto. Conocía más al hombre que al escritor; sin embargo, Nathan le había dejado caer algunos detalles relevantes que hacían hincapié en la política de su país. Tenía la impresión de que iba a ser una novela más autobiográfica que de suspense. Sacar trapos los sucios de su familia a estas alturas de la historia podía ser una sentencia de muerte para el candidato en cuestión.

—Puedes hacer mucho daño a Bruno.

—Se hace más daño a sí mismo, créeme. Está viviendo un sueño a través de los ojos de mi padre y de ahí no va a salir nada bueno.

—Lleva ventaja en las encuestas —apuntó ella—. Eso es casi rozar la victoria.

—Entonces no tiene por qué preocuparse. Mi novela no tendrá efectos colaterales para él.

Le vio mirar al frente. Su mirada parecía perdida en algún punto del paisaje; no obstante, Tessa no supo precisar cuál.

—¿Se trata de algún tipo de venganza?

Él ahogó un juramento.

—¿Por qué os creéis los políticos que la venganza está detrás de todo?

—No soy política, ¿recuerdas? —le corrigió ella.

—Formas parte de su mundo, Tessa. Quieras o no, eres uno de ellos —comentó lentamente y con firmeza.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—Voy a decirte algo que quizá te sorprenda: la vida nos la complicamos nosotros, nadie nos la complica.

Ella se hizo cargo de la situación y expulsó el aire que había estado reteniendo en los pulmones en busca de una réplica coherente. Pero en lugar de eso, decidió cambiar de tema. Estaba claro que Nathan tenía que lidiar con sus propios molinos de viento y ella por nada del mundo iba a ser su Sancho Panza.

—¿No habías estado nunca aquí? —preguntó con la única intención de dar un giro a la conversación.

Si a él le sorprendió su pregunta, no lo dejó entrever. Se limitó a responder, sin más.

—No, había oído hablar de este lugar, pero poco más. Por esa razón cuando tu abuela me propuso pasar unos meses aquí, no me lo pensé y acepté sin dudarlo. —Le sostuvo la mirada—. Y al parecer hice lo correcto.

Ella refrenó su sonrisa. Ambos parecían estar más relajados con un tema más neutro que el mundo de la política.

—Cuando mi abuela y yo visitábamos el castillo subíamos por las empinadas escaleras que se inician en el sendero —comentó Tessa. Señaló un punto concreto—: Allí, ¿lo ves?

Él asintió con la cabeza.

—Según he leído, el puente es una construcción reciente —respondió Nathan.

—Es un lugar idílico.

—Un lugar de leyenda —repuso Nathan. Silbó con fuerza para que Tristan los siguiera y no se quedase atrás—. Son muchos los turistas que vienen a lo largo del año a visitar estas ruinas y ver con sus propios ojos donde nació el rey Arturo.

—¿Cuánto hay de mito y cuánto de realidad? —preguntó ella, absorta en el paisaje

—No lo sé. Pero Godofredo de Monmouth fue muy explícito al respecto. Supongo que creía que Arturo existió, como hombre y como rey justo, en el pasado. ¿Quiénes somos nosotros para contradecirle?

Tessa escuchó el nombre del famoso autor, responsable de la difusión y notoriedad de los relatos del rey Arturo que su abuela le solía leer por las noches.

—Más tarde, Arturo se casaría con Ginebra y ella le sería infiel con Sir Lancelot. Lo describen como un atractivo joven caballero que robó el corazón a la reina.

—Y, ¿te extraña que ella se enamore de él? —se burló Nathan—. La leyenda nos lo muestra como un hombre muy apuesto y valiente, que salva a su amada de la muerte.

Tessa miró a Nathan y sonrió de manera inequívoca.

—Toda mujer quiere un Sir Lancelot en su vida.

—¿En serio? —preguntó con sarcasmo—. Nunca lo habría imaginado.

Su mano se cerraba en torno a la suya y eso la hacía sentirse parte de él. Era un hombre extraño y enigmático. Un hombre sereno, maduro y atractivo del que creía estar enamorándose. El pensamiento en sí la desconcertó. Era tan diferente a Tom, incluso a ella misma... Cogió una bocanada de aire y continuó andando, sin poder dejar atrás los tumultuosos pensamientos que la abordaban.

—¿Cuánto hace de tu última relación? —se atrevió a preguntar.

Él no pareció preocupado por la pregunta, pero su expresión se volvió seria.

—Hace un par de años.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

Sus ojos se encontraron.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Tessa. —Suavizó su tono de voz a propósito.

Nathan pensó que una mirada podía encerrar mil secretos. Tessa comenzaba a relajarse ante su presencia y eso empezaba a gustarle. Era una mujer extraordinaria por la que comenzaba a sentir una gran curiosidad.

—Lo mismo que en casi todas las relaciones que se acaban rompiendo: queríamos cosas diferentes. —Había captado la atención de Tessa y tenía que reconocer que era algo que le fascinaba—. Ella quería hijos, una casa en el campo, un pavo al horno en Navidad, ese tipo de cosas.

—Y, ¿qué tiene de malo desear formar una familia?

Los hombros de Nathan adoptaron una postura defensiva y respondió tras unos segundos de silencio.

—Que cada vez te hacen desear más, Tessa. Y nunca te ves satisfecho con nada —continuó diciendo.

—¿A qué se dedica ella?

—Tammy es mi editora.

Tessa dejó escapar un gemido de sorpresa.

—¿Tuviste una relación con tu editora? —preguntó, sin salir de su asombro.

—Así es.

—Y, después de la ruptura, ¿seguís trabajando juntos?

De no saber que ella estaba tan asombrada por su confesión, se habría echado a reír a mandíbula batiente.

—¿Por qué no? Nuestra relación profesional va viento en popa —confesó dirigiéndole una cálida mirada—. Sería una lástima echarlo todo a perder a estas alturas de la historia, ¿no crees?

Ella se quedó mirándolo llena de perplejidad.

—Yo no sé si podría.

Una pesarosa sonrisa se dibujó en los labios de Nathan.

—¿Me estás diciendo que no podrías trabajar con Tom?

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar hasta estar segura de lo que iba a decir.

—Creo que no podría hacerlo. —Dudó unos segundos, pero al final se reafirmó—. No, no podría. —Habría demasiados conflictos de intereses a los que hacer frente.

—¿Esa es la razón por la cual estás pensando en trabajar en la campaña electoral de mi hermano y dejar la de tu exmarido?

—Sí, una de ellas —respondió demasiado deprisa.

Llegaron hasta el final de puente, pero no por ello detuvieron sus pasos, siguieron caminando despacio, hacia ninguna parte.

—Pues creo que podrías estar en un error. Vuestra vida personal es una cosa y la profesional, otra.

—Las situaciones entre personas que se han querido, que tienen un pasado en común, no son blancas o negras, Nathan —dijo con determinación—. No puedo creer que al hablar con Tammy vuestros recuerdos como pareja no se entrecruzan en vuestras conversaciones.

—Claro que sí, pero somos dos personas adultas que han pasado página y se esfuerzan por vivir en el presente.

Tessa no se lo podía creer.

—¿Me estás llamando inmadura?

—No, para nada. Has sido tú la que has usado ese adjetivo para definirte, no yo. —En el momento en que dijo esas palabras, se arrepintió—. Disculpa, no quise decir eso.

—Sí lo quisiste decir, Nathan.

Pero no podía reprocharle nada, Nathan tenía razón en parte. Se consideraba una mujer afortunada, gracias al respaldo de su abuela. Su divorcio había sido la experiencia más dura vivida hasta ahora; estaba segura de que había personas que habían sufrido a una edad más temprana y les había permitido ver su existencia de otra manera.

Cuando volvió a mirarla, supo que el momento peligroso había pasado.

—Paso demasiado tiempo conmigo mismo y debo que confesar que no soy muy buena compañía.

Se fijó en su altura y su cabello suelto y ondulado, que bien podían hacer de él uno de los caballeros del rey Arturo. Podía ser la personificación misma de Sir Lancelot. Él tenía razón, ella misma había utilizado ese adjetivo para describirse. ¿Acaso no había cruzado el océano Atlántico con la única intención de huir, de poner distancia entre Tom y ella?

—Eilert suele decir que soy un tipo extravagante, que solo vivo por y para mis libros.

La angustia y la desazón se leían con facilidad en los ojos de Nathan.

—¿Quién demonios es Eilert?

En esta ocasión, él dejó escapar una risotada.

—El marido de Tammy. Un noruego testarudo y amable que le dio a Tammy lo que yo no supe darle: una estabilidad y una familia.

Su mirada se entrelazó con la de él.

—Eres un hombre muy extraño, Nathan.

—Algunos, entre ellos mi padre, me definen así.

Ella boqueó como un pez fuera del agua.

—No quise decir... —titubeó, sin saber muy bien cómo continuar.

—Está bien, Tessa. Me gusta que seas sincera conmigo, que me digas lo primero que se te pase por la cabeza.

Había una pequeña arruga de preocupación en su frente y él se la alisó.

—Tammy sigue siendo igual de maravillosa y fue fantástico cuando me habló de Eilert y me dijo que estaba enamorada de él. Me sentí bien por ella; si eso me hace parecer un hombre extraño, debo decirte entonces que soy el tipo más raro del planeta. —Él se acercó a ella, pero supo por su mirada que debía mantener las distancias—. Tienen un niño precioso, rubio y de ojos azules, como su padre. Y puedo asegurarte que las navidades en su casa son una verdadera pasada.

Tessa, por más que lo intentaba, no podía comprenderlo.

¿Quién en su sano juicio pasaba las navidades con la familia de su ex?

Alguien como Nathan, un lobo solitario que no tiene a dónde ir.

La respuesta la dejó fría y no pudo más que sentir lástima por él. Estaba claro que podía amar hasta llegado un punto; después se iba sin hacer demasiado ruido.

—Pero al fin y al cabo es una historia con final triste —logró decir ella.

—La mayoría de las historias tienen un final trágico, Tessa —adujo él mientras caminaban a la contra del viento—. Por esa razón, la gente se sumerge en las páginas de un libro, en busca de un desenlace que les deje satisfechos.

—Tus novelas son un vivo ejemplo de ello.

La mirada de ella era suave y complaciente.



—Le doy al lector lo que quiere.

Tessa asintió, como si estuviera satisfecha con la respuesta.

—¿Alguna vez has pensado eliminar de raíz al protagonista?

—Sí, demasiadas veces.

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos un poco, como si necesitase leer sus reflexiones más profundas.

—Para ser escritor, eres un hombre escueto en palabras en lo referente a tu trabajo.

Nathan sonrió y, sin mediar palabra, la atrajo más hacia él. Le colocó una mano en el hombro mientras sus pasos llegaban a la escultura en bronce que agarraba su espada con determinación, mirando hacia las ruinas de lo que una vez fue su castillo.

Ninguno de los dos dijo nada. Admiraron la escultura en silencio, como si se tratase de la mismísima tumba de un rey. Tessa se sintió cómoda, reconfortada entre los brazos de Nathan. Le daba la impresión de no ser la misma mujer que acababa de ser abandonada por su marido para mantener una relación con su secretario. Debía ser cierto que aquella tierra era mágica.

Debería aprender de Nathan.

Dejaron atrás la estatua del rey Arturo y comenzaron a escalar una pequeña subida que conducía a las ruinas del castillo que estaba asentado sobre las rocas. El suelo empedrado formaba una preciosa alfombra verde que cubría buena parte de la península. Cuando llegaron al arco de piedra que era la entrada al recinto, apenas quedaban unos restos que permitían adivinar que allí hubo una fortificación.

Los acantilados, azotados por los vientos y fortalecidos por el vigor de un mar bravío y tempestuoso, se abrieron ante ellos ofreciéndoles unas maravillosas vistas a la curva línea del horizonte. A Tessa se le cortó la respiración al admirar tanta belleza, evocó en ella recuerdos de una infancia feliz junto a su abuela. Contuvo el aliento y lo dejó escapar lentamente. La suave luz de un cielo gris incidió en las rítmicas y serenas olas que rompían y se amontonaban, formando una sutil espuma blanca sobre las desbastadas y agrestes rocas. El eco de ese impulso junto a los alaridos de las gaviotas llegaba hasta ellos como una melodía ancestral, que parecía no perderse nunca en el tiempo.

—La cueva donde Merlín hacía sus encantamientos se encuentra ahí abajo.

Esta vez el sorprendido fue él.

Tessa sabía que la cueva era en sí producto de la erosión del mar. No obstante, su lado más quimérico quería creer que era cierto, que la leyenda formaba parte de la historia.

—Hace demasiado frío aquí hasta para Merlín.

Tessa sonrió ante el irónico comentario. El frío y húmedo viento hacía ondear el vuelo de su abrigo. Nathan la atrajo más hacia sí y, como si se tratase de un acto reflejo de un amante ya consagrado, la besó muy cerca de la sien. Ella levantó la mirada y se encontró con unos ojos verdes, igual de intensos que las aguas de ese mar que regaban aquella península mágica.

Sus miradas se rozaron un instante y después, sin previo aviso, tiró de ella buscando su boca.

Al principio fue un beso tímido, casi imperceptible, un suave roce de labios algo torpe e inseguro, como el aleteo de una mariposa. La intensa sensación la estremeció de pies a cabeza. A continuación, Nathan la miró como hacía mucho tiempo que nadie la miraba. Tessa cerró los ojos y él enredó los dedos en su pelo. Luego presionó los labios contra su boca. Esta vez el asalto fue más exigente y tierno a la vez, como si eso fuera posible. Habían pasado muchos meses desde que su cuerpo había sido fuente de placer. Desde que sintiera por última vez lo que era ser

una mujer deseada por un hombre.

Con Nathan todo era tan diferente... Era como cruzar a un mundo desconocido.

Ni siquiera sabía que podía sentirse así a esas alturas de la vida. Jadeó y separó los labios para corresponder al lento y apasionante envite de su lengua, que se movía de forma fogosa, delicada y excitante en el interior de su boca.

Nathan deslizó una mano por el pelo hasta ahuecar los dedos sobre la parte posterior de su cabeza y asaltó de nuevo su boca, profundizando el beso.

Perdida en su propia necesidad, Tessa deslizó las manos dentro de su chaqueta para posar su mano y sentir el estridente ritmo del corazón de Nathan.

Él se separó para susurrarle algo en el oído:

—Creo que te he necesitado incluso antes de conocerte. —No esperó ninguna respuesta por parte de ella. Solamente dijo—: Volvamos a casa.

## CAPÍTULO 7

Tessa despertó relajada, como hacía tiempo que no lo estaba. Sus perezosos músculos daban la impresión de no querer moverse. Sacó los brazos de entre las sábanas y los estiró, como si con ese movimiento quisiera tocar el techo de la habitación en penumbra con la punta de los dedos. El frío amanecer acarició su piel. Finalmente se arrojó de nuevo en busca de la calidez que le proporcionaba el algodón de las sábanas. Abrió los ojos y se encontró en el dormitorio principal de la casa. Sonrió pesarosa, a pesar de que estaba hambrienta. El día anterior había sido memorable por muchos motivos. Se dio la vuelta en la cama y se encontró con Nathan, que dormía a pierna suelta.

La calidez de su cuerpo era reconfortante y aunque sintió ganas de abrazarlo, no lo hizo. Le pareció un gesto muy íntimo y familiar. Aun así, su sonrisa se ensanchó al recordar algunos de los momentos más ardientes de la tarde de ayer. Estaba claro que no recordaba lo que era el buen sexo.

—Si sigues mirándome así, no tendré otra opción que estrujarte sobre el colchón y volver a hacerte el amor —dijo Nathan con los ojos, aún cerrados.

Ella sonrió de manera inequívoca mientras un frágil halo de luz del amanecer se coló como un intruso por el resquicio de la ventana que no lograba tapar la cortina.

—¿Cómo sabes que te estoy mirando?

—Es fácil averiguarlo cuando sientes que la persona que está al otro lado de la cama no para de moverse.

—Creo que no me importaría.

—¿El qué? —preguntó él todavía con los ojos cerrados.

—Que me volviera a hacer el amor.

Fue en ese preciso instante cuando sus párpados se movieron y abrió los ojos. Ladeó la cabeza sobre la almohada y se le quedó mirando fijamente.

—¡Vaya!, ¿qué tenemos aquí? —preguntó él, ganándose una mirada fascinante por parte de ella. —¿A una mujer insatisfecha sexualmente o muy satisfecha y con ganas de otro asalto?

Ella rio de forma descarada.

Ambos estaban desnudos y muy cerca el uno del otro.

Acostarse con Nathan había sido una decisión poco meditada, quizás de haber pensado en los pros y los contras no habría permitido que pasara. Su cuerpo no era perfecto a esas alturas de la vida y eso le acomplejaba en gran medida. La pérdida de tersura en la piel, las primeras arrugas y flacidez, eran varios de los complejos estéticos de las mujeres de su edad.

Sin embargo, Nathan no parecía haberse fijado en sus *defectos*. Solo la había amado durante horas y proporcionado un inmenso placer que había concluido en varios e intensos orgasmos dejándola exhausta y relajada al mismo tiempo.

Sin duda alguna, era un amante extraordinario.

—No he querido insinuar ninguna de las dos opciones —se apresuró a añadir con una bonita sonrisa en los labios.

Nathan la observó desde su lado de la cama, Tessa era fascinante y preciosa. Su pelo se desparramaba por la almohada y su bonito rostro le sonreía de tal manera que parecía iluminar la habitación.

Era una mujer entregada, sin pudor a la hora de expresar su amor y dejarse llevar por la pasión. De pronto se dio cuenta de que quería más, de que la deseaba y de que ese deseo, en vez de ir apagándose con el paso de las horas, iba *in crescendo*.

—Bien, entonces explícate. —Nathan apuntaló un codo en el colchón y apoyó su cabeza en la mano.

Tessa pensó que, a sus casi cuarenta años, se sentía como una adolescente. Era increíble lo que una buena sesión de sexo podía conseguir. Solo por una milésima de segundo, se permitió especular lo que estaba sintiendo Tom con su nueva pareja. El pensamiento la desconcertó y sorprendió al mismo tiempo. Pasar la tarde y la noche con Nathan respondía a muchas preguntas que hasta ahora no tenían respuesta para ella.

—Supongo que estoy hambrienta. —Se mordió el labio inferior nada más pronunciar esas palabras.

Él abrió mucho los ojos, gratamente sorprendido por su tono dulce y seductor.

—Al parecer no he hecho bien mi trabajo —se burló.

Ella fue a protestar, pero no tuvo tiempo de reacción porque el colchón se hundió bajo su espalda cuando él se colocó sobre ella. La calidez de su cuerpo rozó cada resquicio de su piel y la sensación fue abrasadora, tanto que se excitó al instante.

—Soy todo oídos, cuéntame —dijo, muy cerca de sus labios.

Las palabras se le atoraron en la garganta, aquellos ojos verdes la miraban con devoción y lujuria.

—Creo que he sido muy explícita —fue lo único que consiguió decir al final, entre risas.

Él le tocó la mano, que en ese instante descansaba sobre la almohada. Volvió la palma hacia arriba y entrelazó los dedos con los de ella. El momento divertido parecía haber pasado. Ambos se miraban con deseo contenido, pero al parecer ninguno se atrevía a dar el oportuno paso. A la luz del amanecer, la situación era bien distinta. Ese momento podía marcar un punto y aparte entre ellos y no habría reproches ni falsas promesas por ninguna de las dos partes, los dos lo sabían. Sin embargo, ninguno se movió ni hizo intención alguna de salir de la cama.

Eran dos adultos compartiendo un momento intenso e íntimo, pero nada más.

—No, no lo has sido —le susurró él contra su boca—. No has sido para nada explícita. Creo que deberías ser más concisa.

Excitada como estaba, no supo qué decir. Nathan le acarició la mejilla con el dorso del dedo. Ella notó el suave roce como una caricia tortuosa y deliciosa. Cerró los ojos y se limitó a sentir y volver a ser amada.

—Hay algo en ti que me fascina. —Le recorrió el mentón con los labios—. Algo que me cautiva, pero aún no sé lo que es y no imaginas las ganas que tengo de descubrirlo.

La boca de Nathan era suave y cálida. Su piel cubría unos músculos bien definidos y sin un ápice de grasa. Era un hombre que se afanaba por mostrarse distante, pero nada más lejos de la realidad. Con ella era todo ternura y pasión.

Ninguna mujer podía resistirse a un hombre así.

Estaba segura de que iba a besarla otra vez, pero él reptó por su cuerpo. El rastro que

dejó su barba, en vez de molestarla, la encendió aún más. Nathan se mostró complaciente y paciente, al llegar a sus pechos su boca se cerró alrededor de sus pezones, primero uno y después otro, hasta que ella gimió de puro placer. Se arqueó contra él, pero no por eso él dejó de succionar y rodear con su lengua el enhiesto y húmedo montículo rosado. La sensación en sí fue maravillosa e increíble, lo que la hizo jadear de puro deseo. Nadie en su vida la había hecho sentir así.

—Me gusta el sabor de tu piel, es adictivo —le escuchó decir.

Ella no tuvo fuerzas para responder porque su cuerpo parecía flotar en una nube de puro placer. Cuando Nathan se hartó de succionar y lamer, ella se sintió débil, desfalleciente, como si cayese a un pozo profundo y hondo.

—Me gusta hacerte el amor, sentirte correrte en mi boca.

La voz de él sonaba dura y acerada, pero sus caricias eran lentas y abrasadoras. Siguió reptando por su cuerpo y apretó sus labios contra su vientre. Tessa contuvo el aliento y enredó los dedos en su pelo cuando él presionó la boca entre sus muslos. Le abrió las piernas y mordisqueó y saboreó a gusto, hasta que ella apoyó los talones en el colchón y sus caderas se arquearon hacia su boca. Sin disminuir el ritmo, él le separó los pliegues con los dedos y recorrió con la lengua su sexo húmedo y palpitante.

Aquella caricia fue tan sublime, tan hechizante, que la hizo estremecer.

—Nathan... —gimió ella.

Él murmuró algo que ella no entendió, porque en ese mismo instante rozó el clítoris con su lengua antes de lamerlo y capturarlo con sus labios.

Tessa abrió la boca y jadeó hasta que le faltó aire en los pulmones. Sus dedos se aferraron a la almohada de tal forma que sus falanges protestaron.

—Eres preciosa —le escuchó decir.

—Te necesito ya —susurró ella, intentando recuperar el rítmico latido de su corazón.

—Estoy aquí, Tessa.

Su nombre en sus labios era como una canción melodiosa, la cual no se cansaba de escuchar.

Ella le agarró del pelo y tiró hacia arriba. La risa de Nathan rebotó en las paredes de la habitación, aún en penumbra.

Él le dio lo que ella le exigía, con la rodilla le abrió más las piernas y la penetró de una sola y violenta embestida que hizo que el orgasmo la atravesara como un hierro candente, con oleadas abrasadoras de placer acompañadas de un grito intenso cuando se sintió flotar de nuevo.

Nathan, con una última y poderosa arremetida, se corrió en su interior.

Tessa le sintió jadear y estremecerse entre sus brazos.

—¿Estás satisfecha ahora? —preguntó con la respiración aún acelerada. El corazón le iba a una velocidad vertiginosa y daba la impresión de que se le iba a salir del pecho de un momento a otro, pero el esfuerzo había merecido la pena. Tessa se había derretido entre sus brazos cuando él le había dado placer—. Para otro asalto, habrá que esperar.

Ella no pudo más que reír ante el comentario.

—Más que satisfecha —le susurró al oído—. Prometo no aprovecharme de ti.

Él apoyó los antebrazos en el colchón, tomando cierta distancia con ella. Era preciosa en todos los sentidos. Se preguntó por enésima vez por qué no la había conocido antes. Quizás así su vida habría cambiado de rumbo.

—Bien. —Sonrió y le dio un suave beso en los labios.

Ella vio cómo su frente brillaba por la pátina de sudor. Le pasó el dedo y retiró parte de la humedad.

—Eres un amante increíble.

—Aún no lo has visto todo. —Nada más decir eso, se dejó caer sobre el cuerpo de ella.

Tessa soltó una carcajada burbujeante cuando escuchó retumbar su corazón contra el de ella.

—¿Tienes hambre?

—Ni te lo imaginas, me comería un elefante —murmuró él contra su hombro.

—De acuerdo, me toca hacer el desayuno. —Nathan ni se inmutó—. Siempre y cuando me dejes salir de la cama.

—Mmmm... no sé si eso será muy buena idea.

Ella rio y suspiró. El peso de Nathan dificultaba que entrase aire en sus pulmones.

—Beicon, café y tortitas francesas, ¿qué te parece?

—Suenan deliciosos. —Él se apartó y rodó sobre el colchón.

A pesar de que las cortinas impedían que entrase la luz de la mañana, Nathan pudo admirar el cuerpo de Tessa en la penumbra. Era demasiado bonito para ser real. La tomó de la mano y ella, ante el contacto, se giró y lo miró.

—No tardes demasiado, me recupero pronto.

—De acuerdo. —Él la liberó y ella soltó una risita—. Volveré antes de que te des cuenta.

Tessa buscó su ropa interior por el suelo. Encontró sus bragas entre las sábanas. Se las puso y palpó antes de encontrar el jersey de Nathan. Se llevó la prenda a la nariz y el olor de él impregnó sus fosas nasales. Sin más preámbulos, se lo metió por la cabeza y después por los brazos. Era suave y le llegaba casi hasta las rodillas. Antes de salir de la habitación, encontró sus calcetines cerca de la puerta, estaba segura de que habían llegado hasta ahí volando.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Nathan dormía a pierna suelta.

Se sentía diferente. Una mujer nueva que dejaba atrás una vida que ya no le pertenecía.

Se le aceleró el pulso, los días pasaban y los que restaban no serían suficientes.

\*\*\*

A Tessa aún le temblaban las piernas de la excitación. Hacía demasiado tiempo que no se sentía así, sexualmente plena, satisfecha. Era como si alguien hubiera conectado de nuevo cada célula de su cuerpo y la devolviera a la vida. Sonrió, sumida en sus propios pensamientos y en el hombre que había dejado en la cama; tal vez fue esa la razón por la que tardó en percatarse de que había alguien en la cocina. Escuchó ruidos de cazuelas chocando entre sí y puertas de armarios abriéndose y cerrándose.

Se sorprendió al ver a una mujer trajinando de aquí para allá con una desenvoltura sorprendente.

—¡Buenos días! —saludó Tessa, indecisa.

La mujer en cuestión se giró y sonrió nada más verla.

—¡Buenos días! Su abuela me dijo que ya estaría aquí —dijo la desconocida, dándole así la bienvenida.

—Disculpe, ¿usted es...? —preguntó Tessa, bajando los últimos escalones y con la mano aún en la barandilla.

—Vaya, lo siento, no me he presentado, pero supuse que el señor Huffman le habría ya

hablado de mí.

Tessa abrió mucho los ojos, extrañada.

—¿Es usted la señora Beacham?

—Sí, y solo espero no haberla asustado.

—No, por supuesto que no.

La mujer sonrió más abiertamente.

—He llamado, pero no ha respondido nadie, así que me tomé la libertad de usar mi llave y entrar. Espero que no le moleste.

Tessa no supo muy bien qué contestar. Se preguntó si habría oído algún ruido fuera de tono debido a su excitado encuentro con Nathan hacía escasos minutos.

—Usted conoció a mi madre, que trabajaba para su abuela —continuó la mujer como si tal cosa.

—Sí, la recuerdo —fue lo único que se le ocurrió decir.

Tessa dejó el último escalón atrás y se adentró en la cocina. Agradeció llevar calcetines nada más pisar las frías baldosas.

—Me llamo Mildred y heredé el trabajo de mi madre, espero que le parezca bien. Me ocupo de la casa y del jardín. Abro las ventanas cuando no hay nadie, eso suele suceder en invierno —comenzó a decir mientras guardaba algunas verduras en el frigorífico—. En verano, cuando viene su abuela, intento que esté lo más cómoda posible: cocino, limpio y hago los recados, incluso de chófer si es necesario.

Tessa recordó que Alfred se había jubilado varios años atrás y que su abuela no había contratado a ningún otro chófer. Solía desplazarse por la ciudad en taxi.

—Este verano, sin ir más lejos, fuimos a St Ives. Su abuela quería conocer a una escultora de renombre de la zona y visitar una importante galería de arte; después nos acercamos hasta Padstow a degustar el *fish and chips* más increíble de toda Inglaterra.

Tessa la escuchaba atónita; no se imaginaba a su abuela tan aventurera.

—Suenan divertido.

—Sí, he de confesar que disfrutamos de buenos momentos —dijo Mildred con una sonrisa contenida—. Usted se parece mucho a ella, me refiero a su abuela. Tiene sus mismos ojos.

—Gracias. Le agradezco el cumplido.

Si la señora Beacham se extrañó de ver a Tessa vestida solo con un jersey dos o tres tallas más grandes que ella y las piernas desnudas, no lo dio a entender.

—Recuerdo a su madre.

La sonrisa de la mujer se amplió hasta su máxima expresión.

—Murió hace cinco años, a los noventa y siete años.

—Lo lamento.

—Creo que fue feliz hasta el último día de su vida, así que solo espero que Dios la tenga en su gloria; de no ser así, estará armando una muy buena en el Purgatorio.

Esta vez fue el turno de Tessa para sonreír. La mujer que tenía ante sí no se parecía en nada a la anciana que ella había conocido años atrás. Era más delgada que su madre, de pelo muy corto y teñido de gris. Un estilo clásico y atrevido al mismo tiempo, casi atemporal

—No sé si le habrá comentado el señor Huffman que vengo dos veces por semana.

—Sí. —Tessa se retiró un mechón de pelo de la cara y después cruzó los brazos bajo el pecho, como si necesitase poner una barrera y ocultar lo que acababa de pasar en el dormitorio

principal—. Lo que ocurre es que me ha pillado desprevenida, eso es todo.

—Claro —dijo Mildred sin más.

Tessa miró a la mujer tratando de adivinar lo que estaría pensando.

—Iba a preparar el desayuno.

La señora Beacham reparó por primera vez en el atuendo de la nieta de Lady Hereford. Un brillo burlón asomó en su mirada, pero no comentó nada al respecto.

—He traído queso fresco, fruta, yogures y avena. Al parecer al señor Huffman le gusta. También hay huevos frescos y fiambre en el frigorífico.

Un leve rubor se extendió por los pómulos de Tessa. Estaba claro que la señora Beacham se había fijado en su aspecto. Se sintió como una adolescente pillada in fraganti. Tiró de la cenefa hacia abajo, pero el jersey no tapó mucho más.

—Aquí hay una manta. —Para Mildred no pasó desapercibido el gesto de Tessa. Fue directa a la balaustrada donde estaba colgada la prenda y se la ofreció—. Cuando su abuela me dijo que Nathan Huffman iba a venir a pasar unas semanas aquí, no me lo podía creer. Soy su fan número uno. Es increíble que esté aquí, ¿no le parece?

—Gracias —dijo Tessa, aceptando la manta a cuadros.

—No hay de qué. Aquí las mañanas son muy frías y los resfriados están a la orden del día.

Tessa se dejó caer sobre la silla y colocó la manta alrededor de sus piernas.

—Me ha firmado varios de sus libros, los guardaré como un verdadero tesoro.

—¿Es como un sueño hecho realidad?

—Algo por el estilo —comentó la mujer algo cohibida—. Ya se habrá fijado en que es muy atractivo.

Tessa decidió no responder a la pregunta. La señora Beacham pareció darse cuenta y decidió que la conversación fuera por otros derroteros. Al fin y al cabo, nada de lo que ocurría en esa casa era asunto suyo.

—Su abuela me comentó que usted vivía en Washington y que se dedicaba a la política.

Estaba claro que su abuela hablaba más de la cuenta.

—Así es.

—Pues el cambio es de lo más radical. Tintagel no deja de ser una aldea, eso sí, de leyenda.

—Es un lugar precioso.

«Donde esconderse», estuvo a punto de añadir Tessa.

A Mildred no pareció importarle que las respuestas de Tessa fuesen escuetas, ella siguió hablando, como si necesitase llenar esos incómodos silencios que solían presentarte cuando dos desconocidos se veían por primera vez.

—En la cazuela hay pollo en salsa. Su abuela me dijo que era uno de sus platos favoritos.

El cambio de tema pilló a Tessa desprevenida, pero no comentó nada al respecto. Decidió seguir la corriente a Mildred.

—Sí, así es. Se lo agradezco.

La mujer asintió, animosa.

—¿Quiere un café?

—No, no es necesario —se apresuró en responder.

—Que sepa que para mí no es ninguna molestia. —Lavó un racimo de uvas bajo el grifo y las dispuso en un plato—. Aquí tiene, un poco de fruta fresca, que nunca viene mal.



—Muy amable. Podría tutearme.

—No. Ni por asomo —comentó Mildred mientras sacaba calabacines y berenjenas de la bolsa de la compra—. No estaría bien por mi parte.

—Yo me sentiría más cómoda —señaló Tessa, llevándose una uva a la boca. La explosión de sabor dulce y la jugosa pulpa inundó su paladar—. ¡Madre mía, están buenísimas!

—Es muy posible, pero yo no. Al fin y al cabo, es usted la nieta de lady Hereford.

Su abuela era una mujer cercana, pero nadie al parecer, la llamaba por su nombre de pila. Mildred le cayó bien; no conocía a nadie en Washington como ella.

—¿Ha estado en las ruinas? —continuó Mildred.

—Ayer —respondió Tessa, llevándose otra uva a la boca—. Por muchas veces que vaya, el lugar me impacta. Creo que aún perdura la magia de Merlín, a pesar del paso de los siglos.

Mildred asintió sonriente.

—Yo también lo creo. ¿Sabe que han descubierto unas inscripciones en latín y griego en una roca excavada en las ruinas? —Vio como Tessa negaba con la cabeza—. Según los investigadores datan del siglo VII. El nuevo hallazgo hace que vengan más turistas e historiadores. Y me alegro, porque eso es bueno para Tintagel.

Tessa observó cómo Mildred preparaba la cafetera.

—Mil trescientos años son muchos años.

—Cierto. Y, ¿qué dicen las inscripciones?

—No lo recuerdo con detalle, pero he leído que parecen ser obra de alguien que podía estar practicando la escritura usando símbolos cristianos. La idea de que Tintagel pudiera ser un puerto comercial importante en el pasado cobra cada vez más importancia.

Tessa se dijo a sí misma que investigaría la noticia más a fondo.

Mildred puso la cafetera en el fuego y luego rompió cuatro huevos en el borde de un bol de cristal.

Al parecer, la mujer se había empeñado en preparar el desayuno.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? —le preguntó a Mildred, que ya batía los huevos con una soltura increíble.

—Puede preguntar lo que quiera.

—¿No se ha casado? Lo comento porque lleva el apellido de su padre.

—Tintagel es un pueblo pequeño y nunca he tenido la necesidad de salir de él ni de viajar. Me encanta leer —afirmó Mildred al tiempo que echaba sal y especias a los huevos—. Es mi forma de recorrer el mundo. —Se encogió de hombros—. Además, tengo seis sobrinos a los que me encanta visitar en verano. Mi hermano y su mujer viven en Hamburgo y mi hermana y su marido, en Suiza. Como puede ver ya hay muchos Beacham esparcidos por Europa.

—Y usted se quedó aquí a cuidar de su madre —dedujo Tessa.

—Es algo de lo que no me arrepiento. Ella hizo mucho por nosotros. Trabajó de sol a sol para que no nos faltase de nada. —Puso una sartén al fuego y echó un poco de mantequilla en la base—. Era justo que estuviera bien atendida. Su abuela me paga lo suficiente para vivir bien. Es toda una señora, que siempre se ha preocupado por nuestra familia, lo que es de agradecer.

Tessa observó a la mujer, que se desenvolvía de una forma increíble entre los fogones. Su abuela hacía mucho por otras personas, incluida ella, su nieta. Se sintió incómoda al pensar que no le había respondido como se merecía. Observó cómo Mildred volcaba los huevos en la sartén y acto seguido comenzó a cortar el pan en finas rebanadas.

El olor de las especias tostadas al fuego se expandió por la cocina y el estómago de Tessa

rugió. Ni siquiera su mano detuvo la protesta.

Después de todo, era afortunada por el hecho de que alguien le estuviera preparando el desayuno. No tenía ningún derecho a sentir lástima por ella misma.

—El señor Huffman me llamó para comentarme que le gustó la miel, así que he traído más. —Se secó las manos en el delantal que llevaba puesto y a continuación sacó la miel de la cesta y la dejó sobre la mesa.

Estaba claro que Nathan era una caja de sorpresas.

—Se lo agradezco.

Mildred la sonrió mientras daba vuelta a la tortilla y retiraba la cafetera del fuego.

Unos pasos se escucharon en la escalera. Ambas mujeres miraron en esa dirección.

Tessa abrió la boca, sorprendida. No sabía si echarse a reír o a llorar. Nathan, ajeno a todo, bajaba bostezando, tan solo vestía unos bóxers estampados a rayas que no dejaban nada a la imaginación.

Mildred levantó una ceja, pasmada ante el espectáculo.

—Será mejor que me vaya. Aquí les dejo la tortilla —comentó con tono urgente, llevándose las manos al nudo con lazo del delantal—. Me preocupaba que no se llevaran bien, pero veo que estaba del todo equivocada.

Nathan observó a las dos mujeres desde lo alto de la escalera, claramente desconcertado. Estaba claro que no iba vestido para la ocasión.

—Será mejor que suba a ponerme unos pantalones —dijo sin más, desapareciendo a una velocidad de vértigo, escaleras arriba.

Tessa se llevó la mano a la boca y no pudo más que soltar una carcajada. Un segundo después, Mildred la imitó.

—Reconozco que adoro leer sus novelas —dijo la mujer, aún todavía con los ojos acuosos por la risa—, pero a partir de ahora, ya no será lo mismo. La imagen de Nathan Huffman en calzoncillos se quedará grabada en mi retina de por vida.

## CAPÍTULO 8

—¿Qué lees?

Tessa apartó los ojos de la pantalla del ordenador y observó a Nathan, que se paseaba inquieto de un lado a otro del salón. Estaba claro que algo le preocupaba y ella creía saber el qué.

—Mildred me ha comentado que han encontrado unas inscripciones en latín y griego en las ruinas del castillo —comentó a grandes rasgos.

—No parece una búsqueda emocionante —rezongó Nathan.

Estaba cabreado y no era para menos. Llevaban una semana juntos en aquella casa alejada de todos y todo y se había percatado no hacía mucho de que Tessa no le era indiferente. No tenía ni idea de cómo gestionar esas emociones tan nuevas para él. Habían hecho el amor tantas veces que ya había perdido la cuenta. Y cada vez que se creía saciado, comenzaba a necesitarla más y más. Evidentemente, Tessa era adictiva y nada buena para su corazón. Estaba desconcertado y, por más que lo intentaba, no era capaz de procesar lo que le estaba ocurriendo.

¡Por favor, él era un hombre adulto! ¡Un escritor de éxito que era capaz de transmitir emociones a sus lectores! Se suponía que tenía que saber manejar a conciencia las situaciones más inverosímiles. De no ser así, sus lectores no le subirían a las listas de los *best seller* más vendidos del momento.

«Depender de ella no es una opción, ni a corto ni largo plazo», pensó.

Hacía un par de horas que le había comentado que debía regresar a Washington y la noticia le había caído como un jarro de agua fría. Sí, estaba cabreado consigo mismo, con ella y con el mundo en general.

Gracias a Dios que su novela iba bien. Y solo eso le debía importar. ¿Por qué razón meterse ideas absurdas en la cabeza?

«No salirse del camino marcado», fue su respuesta. Pero no le convenció en absoluto. Observó cómo la postura de Tessa cambió. La vio respirar hondo y dejarse caer contra el respaldo de la silla.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, a sabiendas de que no le iba a gustar lo que iba a oír a continuación.

Él iba a contestar; sin embargo, en ese instante, el móvil de Tessa comenzó a vibrar sobre la mesa. Ella leyó el nombre de la persona que llamaba y, sin más, giró el teléfono, ignorando así la llamada.

Vio cómo Nathan arqueaba las cejas.

—No es importante —se vio en la necesidad de decir ella.

—Déjame que lo dude.

Las palabras parecieron quedarse congeladas en el aire.

—Era Tom —confesó al fin, de mal talante—. Supongo que ya está al tanto de que

Bruno Makinson me quiere en su equipo.

Él meneó la cabeza en un gesto de negación y a continuación, se pinzó el puente de la nariz, extenuado. Su enfado iba en aumento a una velocidad vertiginosa.

—Vas a cometer un error, mi hermano no es un hombre de fiar.

—Necesito un trabajo, Nathan —afirmó ella, intentando no entrar en una disputa que no la iba a llevar a ninguna parte—. Las elecciones van a ser dentro de dos meses y Bruno va liderando las encuestas.

—Tom podría ganar.

—Por supuesto, en política no hay una regla fija —adujo ella, sin saber a dónde quería llegar Nathan—. No hay nada escrito al respecto y la sorpresa siempre está a la orden del día.

—Tom debe estar molesto, por decirlo de una forma no demasiado abrupta —le aseguró. Sin conocer a Tom, le comprendía. Ambos tenían al mismo contrincante: Bruno Makinson.

Ella quiso decirle que él era el que estaba molesto. Sin embargo, se abstuvo de hacerlo por motivos más que evidentes.

—Te recuerdo que fue él fue el que me pidió el divorcio. Soy una mujer libre de hacer lo que quiera.

Él no se dio por vencido.

—Si hablaseis, podríais llegar a algún tipo de entendimiento.

Ella le dedicó una mirada acusadora.

—Cada pérdida lleva a una elección, Nathan. ¿Vas a decirme a qué viene esa cara o tendré que adivinarlo?

—Lo sabes de sobra. Eres una mujer inteligente y podrías trabajar en lo que quisieras —comenzó a decir mientras su zancada se alargaba. Si seguía así podría desgastar la vieja alfombra que pisaba—. Conozco a personas influyentes que...

—¡¿Qué?! —Empujada por la rabia, Tessa le interrumpió.

Él se detuvo y clavó su mirada en ella, sintió perderse en sus ojos. Ella le devolvió la mirada con sus enormes ojos grandes y oscuros. No había en ella ni una pizca de amabilidad, pero no se amilanó. Tras unos segundos, habló:

—Que podían ayudarte a encontrar un buen trabajo.

—Ya tengo un buen trabajo, Nathan —se apresuró a aclarar—. Acabo de aceptar una jugosa oferta de tu hermano, que me permitirá vivir holgadamente en una ciudad como Washington D.C. Soy licenciada en *marketing* y trabajo como gerente de campaña, por el amor de Dios. Además, adoro mi profesión. No me puedes pedir algo así, que lo abandone todo por un capricho tuyo.

Ella tenía razón y él debía dejarla marchar. No obstante, algo en su fuero interno no le dejaba pasar página.

—No es ningún capricho, Tessa. Te destruirá. Si no lo hace él, lo hará mi padre. Los conozco bien.

Tessa volvió a respirar hondo y tragó saliva.

—Voy a ser su asesora política, no voy a convivir con ellos.

Con la mirada exasperada al techo, exclamó:

—¡Lo quieren todo! ¿Es que no lo ves?, y no van a parar hasta conseguirlo. Pasarán por encima de tu cadáver, si la situación lo requiere.

¡Qué tonta había sido al pensar que podría irse así, sin más! Sin medir las consecuencias de una semana maravillosa, que podía rechazar el amor.

Y esa había sido la clave para aceptar de forma precipitada la oferta de Bruno Makinson: se había enamorado. Algo impensable cuando compró un billete de avión con destino a Inglaterra una semana atrás. Su vida había tenido más sacudidas ese mes que en todos los años anteriores juntos.

A lo largo de los días, había comprendido que Tom y ella solo habían compartido una pasión que no era otra que la política. Habían sido compañeros de fatigas y poco más. Ahora, allí, con Nathan de pie ante ella, se dio cuenta de lo que era sentir que alguien te importaba y el dolor que ocasionaba el decirle adiós para siempre.

Necesitaba agarrarse a su rutina, a su ciudad, para recobrar su profesión y su día a día. Creía haber llegado a una conclusión: él no estaba dispuesto a aceptarla en su vida. Nathan no era un hombre familiar al que le gustase despertar con una esposa al otro lado de la cama. A Nathan le encantaba su libertad, el ir y venir de un lado a otro con equipaje ligero.

No se lo reprochaba, es más, lo admiraba. Sin embargo, ella necesitaba amor en su vida. Ansiaba amar y ser amada.

—La vida es demasiado corta para esperar. —Fue un pensamiento en voz alta. Hasta ella misma se sorprendió cuando escuchó su voz.

—¡No seas melodramática, Tessa!

Ella sintió una punzada de ira que se extendió por todo su cuerpo. Se levantó de la silla tan deprisa que estuvo a punto de estrellarla contra el suelo.

—¿Me das un respiro, Nathan? ¡Creo que ya he tenido suficiente por hoy! —Un torrente de emociones la invadieron; aun así, continuó hablando—: Entiendo por qué estás solo y es porque huyes hasta de ti mismo. Ahí fuera hay un mundo real. —Señaló la ventana—. Un mundo donde viven millones de personas que tienen que hacer un verdadero esfuerzo por entenderse.

—¿Tienes idea de en qué te estás metiendo? —inquirió él.

—En nada que no pueda manejar —añadió ella en un arrebato de rabia.

—Una victoria al senado puede resultar muy cara, Tessa.

—Necesito trabajar en lo que sé hacer bien, Nathan. ¡Y no te quepa duda de que tu hermano ocupará su asiento en el senado! —gritó—. Yo misma me ocuparé de que sea así.

Él metió las manos en los bolsillos y dejó caer la cabeza, con los hombros hundidos.

—No los conoces tan bien como yo.

—Conozco el mundo de la política y con eso basta.

Nathan levantó la mirada con expresión de preocupación.

—Publicaré el libro que estoy escribiendo, gane o pierda Bruno.

Tessa dio un respingo, ese era otro punto reseñable. Nathan le había permitido leer un par de capítulos y, aunque los nombres fueran ficticios, no hacía falta mucha imaginación para saber que el protagonista era Bruno Makinson. No salía bien parado y eso podía ser un problema a corto plazo. Sin embargo, a ella le pagaban por solucionar conflictos.

—Tú no eres un hombre vengativo, Nathan. Escribir esa novela te dará cuantiosos beneficios económicos, pero te destruirá como persona. Tu hermano es una víctima más de tu padre, no lo olvides. En ti está salvarle y darle lo que más desea en el mundo o arrastrarlo contigo a las sombras.

—No estás siendo justa.

—Y tú no me vas a disuadir.

—Lo sé —afirmó él. Quizá era lo que más le gustaba de ella, su empecinamiento a terminar lo que empezaba.

—Puedes dar marcha atrás.

—Nunca dejo una novela a medias —escupió. La vio humedecerse los labios, parecía preocupada y eso le hizo sentir el hombre más idiota del planeta.

—No estás solo, Nathan. —Su voz sonó serena, pero él detectó en ella un ligero estremecimiento.

Se acercó con cautela.

—¿Tú crees?

Ella asintió despacio.

—Todo lo que he sacrificado sería para nada —dijo él—. No hay elección.

—Siempre hay elección —recalcó. Nathan le lanzó una sonrisa desganada. Sacó las manos de los bolsillos. La agarró de los hombros y la acercó a su fornido pecho.

Tessa se percató de que su mirada seguía siendo inexpresiva.

—Mi parte favorita de la historia no es la misma que la tuya, Tessa.

La besó suavemente. Fue un gesto intuitivo que no exigía respuesta por parte de ella.

El tumulto de emociones que sintió la llevaron a responder al beso. Abrió la boca y aceptó su lengua. Permitted que él explorara su boca hasta sentir que las piernas le temblaban.

Era adicción, no podía ser otra cosa.

Adicción absoluta por Nathan Huffman.

El silencio solo fue roto por el océano, que se oía a través de la ventana a medio abrir. Como si se tratase de un ritual ancestral, las olas golpeaban con fuerza contra los acantilados con un brío descomunal. Las ráfagas de viento jugaban con la hoja de la ventana a su antojo, era una especie de zumbido extraño que se unía al graznido de las gaviotas en tierra. Estaba a punto de desatarse una tormenta, y no solo en el exterior.

El beso se profundizó, dejando entrever su propio deseo.

Sí, lo deseaba, no podía evitar entregarse a Nathan una y otra vez, aun sabiendo que sería la última. Necesitaba encauzar su vida, el sentido común.

—Hay algo en ti...

Nathan siempre le decía eso y ella no se cansaba de escucharlo. Él rozó los labios con las yemas de los dedos, su mano se movió con lentitud y dibujó su contorno. Siguió acariciándola, sin dejar de mirarla a los ojos y llegó hasta su barbilla, se detuvo sobre el vertiginoso pulso del hueco de la clavícula y pudo sentir también la calidez de su piel.

Era como si él supiera también que iba a ser la última vez que estuvieran juntos.

—Volver a la realidad no debería ser una opción.

Tessa respiró con el fin de llenar sus pulmones, iba a responder, pero la mano de él se aventuró hacia sus pechos y toda frase coherente se volatilizó en su mente.

Ella era como una especie de salvavidas en su tormentosa existencia. La escuchó gemir cuando sus manos amasaron con suavidad sus turgentes senos. Estaba excitada y al él le gustaba verla así, con los párpados entrecerrados y sus bonitos labios separados, esperando sus besos.

Fue desabrochando uno a uno los botones de su blusa hasta que apareció un delicado sujetador de encaje que ya había visto en otras ocasiones, pero a él solo le importaba lo que había debajo de aquella tela. Deslizó los tirantes sobre los hombros y dejó al descubierto sus preciosos y lechosos pechos. Los enhiestos y rosados pezones se abrieron ante él; los hizo rodar entre la yema de sus dedos, lo que hizo que Tessa emitiera un sonido de placer. Su duro pene palpitó con insistencia contra la bragueta.

—Siempre serás mía, Tessa. Vayas donde vayas, estés con quién estés. Siempre mía —

susurró contra su piel.

Ella se mordió el labio inferior para evitar otro intenso jadeo. La sensación fue insoportablemente poderosa, tanto fue así que las rodillas le temblaron.

—Te tengo. —Le dijo él al oído—. Todavía me pregunto por qué no me sacio de ti. — Tiró con fuerza de la hebilla, tanto que estuvo a punto de despegar a Tessa del suelo. A continuación, desató el botón y bajó la cremallera de sus pantalones. —¡Dios, cuánto me gustaría que siguieses mi consejo y no cayeras directamente al foso de los leones!

Ella fue a replicar, pero la mano ya estaba dentro de sus bragas. Giró los dedos en torno a su clítoris, y eso fue lo más que pudo soportar Tessa. Porque fue una caída vertiginosa al vacío.

—Me encanta verte correr. —Produjo un gruñido de satisfacción cuando sus dedos entraron y quedaron cautivos en su sexo excitado y muy húmedo. Los movió con delicadeza mientras percibía cómo su pene duro como el acero palpitaba con fuerza. La sensación era dolorosa y placentera al mismo tiempo. Pero primero se correría ella, era una cuestión de principios.

El segundo orgasmo de Tessa llegó al sentir cómo su sexo se ceñía con fuerza alrededor de sus dedos.

—Déjame hacerte el amor —le suplicó.

Tessa no podía ni respirar, mucho menos responder. Se sacó el jersey y lo tiró al suelo, luego se desabrochó los pantalones y se los quitó, dio un paso para salir de ellos y les dio una patada. Se desembarazó de los calzoncillos casi a la vez que la desnudaba a ella. La tomó en volandas e ignoró la protesta de Tessa cuando la sentó sobre la fría mesa de madera del salón. No pensó en el ordenador ni en sus cuadernos de notas cuando le abrió las rodillas y la dejó expuesta ante él.

Ella ya tenía que estar acostumbrada. A lo largo de la semana, Nathan había besado y lamido cada rincón de su cuerpo, pero, aun así, no pudo evitar sentirse intimidada y muy vulnerable cuando él la miró fijamente entre los muslos. Tragó saliva y se mordió los labios.

Estaba claro que el sexo a los cuarenta podía ser más increíble que a los veinte, si se encontraba al amante idóneo.

Sus miradas se encontraron un momento y Nathan acarició su enorme y dura verga antes de resbalar por la abertura sedosa. Tessa ahogó un grito de placer cuando se vio invadida y Nathan no pudo más que empujar con fuerza para deshacerse de esa frustración que lo estaba consumiendo vivo. Furioso, embistió mientras sujetaba a Tessa por las caderas para que no cayera al suelo. Tessa ahogó un grito de pura satisfacción, no podía respirar mientras su vagina recibía a la enorme verga, que entraba y salía a una velocidad pasmosa.

—Vamos, Tessa. ¡Ahora! —exclamó Nathan mientras aumentaba la cadencia.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo se convulsionaba de puro placer. El grito desgarrador salió de su garganta a la vez que clavaba los dedos en los hombros de Nathan.

Segundos más tarde, él se corrió y ella creyó morir de puro goce.

Tessa, con los ojos aún cerrados, intentó normalizar su respiración. No había usado condón en toda la semana, ninguno de los dos los había incluido en la maleta. Error de adolescentes, pero a esas alturas de la vida, ella ya no se iba a quedar embarazada.

—¿Estás bien? —le escuchó decir.

Ella asintió.

—No me olvides, Tessa.

No era una sugerencia, su voz dura y acerada le acababa de dar una orden muy explícita.



## CAPÍTULO 9

Había huido. Esa era la realidad.

Mientras Nathan dormía, ella se había ido, de madrugada, como un ladrón que huye de la escena del robo.

Solo un silencio expectante y pesado la había recibido nada más salir de la casa, hasta el mar estaba en calma. Sigiloso y misterioso, era un testigo más. Tristan gimió nada más advertir su presencia. Golpeó con la cola en el suelo cuando ella se acercó, era su forma de decirle adiós.

Tessa se agachó y acarició su suave pelaje.

—Cuidale, ¿de acuerdo?

El perro, como respuesta, lamió su mano. Y después, nada. Tras salir de la casa no se atrevió a mirar hacia atrás, por si acaso se arrepentía. El taxi ya esperaba.

No se sentía orgullosa de su forma de actuar; sin embargo, no había encontrado otra manera. A la mañana siguiente, al levantarse, habrían vuelto a discutir y después a hacer el amor de forma salvaje, como si ambos necesitasen descargar de ese modo su frustración. Comenzaba a sentirse como un hámster encerrado en su jaula, dando vueltas y vueltas en su rueda.

\*\*\*

—No te perdonaré que hayas estado incomunicada toda una semana, Tessa.

La voz de Alice se entremezcló con el ruido del tráfico a primera hora de la mañana en Washington D.C. Pero Tessa tenía otras cosas en la cabeza como para escuchar la enésima reprimenda de su amiga.

Muchos solían imaginarse la capital estadounidense como lo que solían mostrar las películas y series de televisión, una ciudad estricta, gris, llena de tecnócratas que se desplazan, maletín en mano, entre edificios gubernamentales y organismos internacionales, vestidos con trajes oscuros y corbatas serias. Sin embargo, Washington no era para nada así, tenía otra cara que solo mostraba a turistas y paseantes y que a Tessa le solía encantar. Ahora disfrutaba de la ciudad con otros ojos, era como si fuera una versión diferente de sí misma.

—Deberías habérmelo comentado, he estado muy preocupada —dijo Alice en tono de reproche.

Ambas pararon ante un paso de cebra, a la espera de que el semáforo les diese paso. Tessa cambió el bolso de mano. La voz de Alice seguía en segundo plano mientras ella intentaba descifrar qué había ocurrido con aquella mujer que adoraba su trabajo y su preciosa casa de columnas griegas.

Ahora vivía en un austero y sencillo apartamento de dos habitaciones a dos kilómetros del Capitolio y a uno del Parque Nacional. Nada del otro mundo, pero la ubicación era perfecta y era luminoso. Era todo lo que necesitaba por ahora.

Debería estar feliz; sin embargo, no era así.

Solo había transcurrido una semana desde que había abandonado Tintagel y a Nathan y le parecía un siglo. Apenas dormía y no tenía apetito. Había intentado llamarle al menos un centenar de veces, pero no tenía ni idea de cómo disculparse o qué decirle. Así que guardaba de nuevo su móvil en el bolsillo y se sumergía en la frenética rutina de su nuevo trabajo.

Bruno Makinson era muy diferente a su hermano, tanto en carácter como en físico. Mientras Nathan tenía la apariencia de un guerrero celta a punto de entrar en combate, Bruno daba la impresión de ser un modelo de pasarela, un Ken con Barbie incluida: su esposa Bárbara.

Ambos formaban la pareja perfecta, al menos cara al público, y eso es lo que deseaba el pueblo estadounidense: una pareja atractiva, feliz y sonriente en todo momento.

Por el contrario, Tom se desinflaba en las encuestas. Su divorcio le estaba pasando factura y más el hecho de que su exesposa trabajase para su rival. Tom la telefoneaba a diario, pero ella seguía rehusando sus llamadas. No era cobardía, era supervivencia.

Él había zanjado su matrimonio con un divorcio exprés y esas eran las consecuencias. Tom debía aprender que toda acción tiene su reacción. Punto final.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Alice, elevando la voz por encima del ruido del tráfico.

Algunos peatones se les quedaron mirando y Tessa no tuvo otra opción que hacer frente a la mirada asesina de su amiga.

—¿Cuántas veces me has repetido eso a lo largo de la semana?

—Cientos, Tessa. Y lo seguiré haciendo hasta que no me confieses dónde te has metido y qué has estado haciendo.

El semáforo cambió de color y decenas de personas cambiaron de acera.

—Ya te he comentado, que...

—Bla, bla, bla... —la interrumpió su amiga rayando la desesperación—. No me vengas con cuentos, por favor. Te recuerdo que soy yo la que se inventa las historias de Bárbara para que el pueblo americano crea que es la mujer perfecta. Desde que has venido apenas te he visto un par de veces, incluso te escondes tras la pantalla de tu ordenador y columnas de papeles. Al principio creí que estabas intentando pasar inadvertida, pero te conozco demasiado bien para saber que eso no es posible. Así que, venga... desembucha. ¿Todo este hermetismo es por Tom?

—No. Tom está haciendo su papel de exmarido crispado, eso es todo. Se le pasará.

Siguieron caminando entre la multitud. Las siete de la mañana en Washington D.C. podía llegar a ser una hora caótica. Era una mañana más fría de lo habitual, pero menos húmeda que en Tintagel. Se alegró de haberse puesto su abrigo de lana y guantes de piel.

«Tintagel». El nombre de la aldea donde había pasado la última semana lo tenía grabado en la mente a fuego.

¿Seguiría Nathan allí?

—No lo entiendo, Tessa. De verdad que no —replicó Alice con fulminante énfasis—. Tú nunca has hecho algo así. Y déjame decirte de paso que el papel de amiga enigmática no te pega para nada.

Esa era otra de las razones por las que había aceptado el trabajo en la campaña Makinson. Alice, su amiga desde la universidad, trabajaba también para la campaña electoral de Bruno. Ahora se preguntaba si había sido buena idea; Alice la estaba volviendo loca.

Ella nunca había tenido miedo. Era una mujer que hacía frente a las adversidades, lo había demostrado con su divorcio, pero con Nathan era todo diferente y por más que buscaba una

respuesta coherente se topaba con un mar de dudas y acusaciones.

Había otro tema que la desconcertaba y que no quería admitir: Nathan no se había puesto en contacto con ella.

¿A quién quería engañar? ¿A sí misma? Ella era la que había dejado la casa sin un triste adiós y no había más lecturas posibles.

«Acción, reacción» se estaba convirtiendo en la frase del mes. «Vivimos en el siglo veintiuno, las princesas ya no son rescatadas por caballeros andantes; se salvan a sí mismas», pensó.

—Tessa, por favor —espetó Alice, sin ocultar su irritación.

Interrumpió el curso de sus pensamientos y miró a su amiga. Se fijó en su expresión de preocupación y se sintió aún más culpable, como si eso pudiese ser posible.

—Estoy bien —dijo sin más.

Alice soltó de golpe un respiro poco femenino.

—¿Sabes? Todo esto me recuerda a la desaparición de Agatha Christie, cuando su marido le confesó que se había enamorado de otra mujer.

Tessa se detuvo de golpe, tal fue así que varios viandantes estuvieron a punto de colisionar con ella. No podía más, Alice tenía razón en todo, como de costumbre. La conocía demasiado bien para saber que ninguna excusa insulsa iba a hacerla desistir.

Eso es lo que hacían las buenas amigas: preguntar e insistir.

—Conocí a un hombre —confesó al fin.

Alice, frente a ella, rodeada de una marea humana, abrió la boca para decir algo y al momento la cerró.

—Compré un billete de avión, crucé el Atlántico y aterricé en Cornualles —resumió en una frase.

—¿Hablas en serio?

La cara de Alice era todo un poema.

—¿Has estado todo este tiempo en Inglaterra?

Tessa tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Era la primera vez desde su llegada que notaba su sonrisa vacilando en sus labios.

—Así es. Fui a Tintagel, a la casa que tiene mi abuela, y mi sorpresa fue mayúscula cuando me encontré con alguien que llevaba casi tres meses viviendo allí.

Alice la agarró de la manga del abrigo y la arrastró a la primera cafetería que encontró.

Una vez dentro del establecimiento, se sentaron. Alice la miraba de una forma extraña, lo cual no dejaba lugar a dudas de que la había descolocado.

—Lo siento —se disculpó Tessa—. Debería haberte llamado y tranquilizarte. Pero por un momento en mi vida decidí solo pensar en mí y perderme por el mundo.

—Está bien, te perdono. Pero ahora cuéntamelo todo y no te dejes ningún detalle —le dijo con tono de advertencia mientras se quitaba el abrigo—. Ponte cómoda.

—Llegaremos tarde al trabajo. —Tessa se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa, al lado de su bolso.

—Bruno va muy por delante en las encuestas, no creo que le importe que lleguemos una hora tarde.

Pidieron un par de cafés al camarero, que pasaba en ese momento cerca de su mesa.

Tessa se dejó caer en el respaldo de la silla. Se fijó en los bonitos ojos color chocolate de Alice y en su cabello oscuro y ondulado que le caía por los hombros. Era más alta que la media

de las mujeres, pero a ella no parecía importarle. Le gustaba vestir con jerséis holgados y botas militares y huía del maquillaje a toda costa. Se había casado con Henry, un informático que había conocido en la universidad y era madre de tres hijos preadolescentes que podían volver loco a cualquiera que estuviera más de una hora en su casa. Tessa la admiraba y envidiaba al mismo tiempo. En el fondo era la vida que ella habría querido vivir con Tom. Pero estaba claro que el destino estaba lleno de sorpresas.

Alice, inquieta, le hizo un gesto con la mano para animarla a hablar.

El camarero llegó y dejó los cafés sobre la mesa. Alice le tendió un billete, sin perder de vista a su amiga.

—Gracias. Quédese con la vuelta —le dijo al camarero—. Vamos, soy toda oídos —la incitó cuando se quedaron solas—. No tenemos todo el día.

—Nathan Huffman.

Alice la miró sin comprender.

—¿Podrías ser más explícita, por favor? —De pronto las cejas de Alice se arquearon sorprendidas—. ¡No puede ser! —Ahogó un grito—. ¿Has tenido una aventura con Nathan Huffman? Dios, es mi escritor favorito. Daría lo que fuera por hablar cinco minutos con él y que me firmase una de sus novelas.

—¡Chist! ¡¿Quieres bajar la voz, por favor?! —Le pidió Tessa, acercándose a la mesa, mirando a un lado y a otro de la cafetería para ver si alguno de los clientes había oído algo. Nadie se inmutó ni miró hacia su mesa, así que decidió tranquilizarse—. Se supone que es un secreto, no quiero que se entere nadie. Además, te llevarías un chasco, no es como te imaginas.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó Tessa, sin entender lo que intentaba decirle su amiga.

Alice miró al techo con gesto de cansancio.

—¿Por qué es un secreto? —preguntó—. ¿Está casado?

—No.

—¿Entonces? Yo moriría por tener una aventura así y más con el mejor escritor de suspense del siglo.

—No lo sé. Hay momentos en los que me gustaría borrar esa semana y hacer como si no hubiera existido jamás.

Alice la miró sin comprender y luego dio un respingo.

—¿Te ha hecho daño? —pregunto alarmada.

«Típico de Alice, ponerse en lo peor», pensó.

—Por supuesto, que no —apuntó rápidamente Tessa.

—Bien, eso descarta muchas hipótesis. —Bajó su voz, como si quisiera añadir más expectación a sus palabras—. ¿Es un mal amante?

Tessa no tuvo que pensar la respuesta. Aún recordaba su última sesión de sexo sobre la mesa del salón, había sido una de las mejores de su vida.

—Es el mejor. He tenido más orgasmos esta semana que en los dos últimos años con Tom.

Alice la miró boquiabierta.

—¡Serás zorra! —le dijo de forma simpática—. ¡Dios, cómo te odio en este momento!

Tessa rio. En el fondo sabía que Alice la adoraba. Se llevó la taza a los labios. El café estaba caliente y eso la reconfortó.

—Tú con un atracón de mil demonios y yo pasando hambre. Es lo más injusto que he

oído últimamente.

—A veces tu dramatismo me desespera —comentó Tessa, dejando la taza sobre el plato. Aparecieron arrugas en la frente de Alice.

—No es dramatismo, Tessa. Es la pura realidad. Te recuerdo que llevo acostándome quince años con el mismo hombre.

—Henry es maravilloso y te adora.

—Todo lo que tú digas, pero nuestras fantasías sexuales se quedaron en el siglo pasado.

—¡Exagerada!

—¿Exagerada, dices? Tres hijos, Tessa. —Levantó la mano con tres dedos a la vista—. La pasión termina con el primer pañal.

Tessa no pudo más que reír ante el comentario.

—Está bien, dejemos mi vida sexual aparte y centrémonos en la tuya. Al menos es más interesante. Cuéntame ¿es tan atractivo como en las fotos de la contraportada? —preguntó tras tomar un sorbo de café.

—Tiene su aquel —comentó Tessa, sin más.

Alice dejó escapar un sonido de admiración.

—Hasta ahora cumple todas mis expectativas; es más, creo que las supera. Entonces, ¿qué es lo que ocurre?

—¡Vamos, Alice!

—¡¿Qué?! Es cierto —rezongó la aludida.

—Es hermano de Bruno Makinson —soltó de golpe.

Alice bajó la taza lentamente y abrió la boca como un pez fuera del agua.

—Repite eso.

—Nathan Huffman y Bruno Makinson son hermanos.

Alice no salía de su asombro. Dejó la taza a medio camino, no sabía si seguir bebiendo café o dejar la taza sobre la mesa.

—De acuerdo, comienza desde el principio. —El tono de Alice era de incredulidad—. Y, por favor, no te dejes ni el más mínimo detalle o no te lo perdonaré en la vida.

\*\*\*

Lawrence Makinson no era un hombre paciente. Colgó el teléfono y, pensativo, miró a través del cristal. El cuartel general de Bruno Makinson, como a él solía llamar a la oficina de su hijo, era un hervidero de voluntarios. Algunos estaban sentados en su mesa ante un ordenador, aunque la mayoría iba de un lado a otro con papeles en la mano o el teléfono pegado a la oreja. Era casi mediodía y aún quedaba mucha jornada por delante.

Las paredes estaban empapeladas con la fotografía de su hijo sonriente y seguro de sí mismo. El lema era pegadizo:

*EN HONOR A LA VERDAD.*

Mas valía, porque habían pagado una fortuna a una empresa de publicidad para que llevara a cabo la campaña y ser el caballo vencedor.

Bruno iba a ganar, la idea en sí hizo que la excitación le corriese por las venas. Su hijo iba a alcanzar lo que él no había podido lograr: con el tiempo ocuparía la presidencia de Estados

Unidos. Ver su sueño a través de los ojos de su heredero era de lo más satisfactorio.

Pero la noticia que le acababan de dar le había caído como un cubo de agua fría.

«Maldito seas, Nathan», pensó.

—Buenos días, papá —saludó Bruno nada más entrar en su despacho.

Lawrence volvió al presente.

—De buenos tienen poco.

Bruno observó a su padre. Tenía un rictus en la boca que no presagiaba nada bueno.

—¿Qué ocurre?

—Nathan.

Bruno arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Qué sucede con él? —Dejó su maletín sobre la mesa y se cruzó de brazos, a la espera de una respuesta.

Lawrence rodeó la mesa.

—Alguien de su editorial me ha llamado y me ha comentado que va a publicar en breve.

—Eso no es una novedad, Nathan es escritor —dijo Bruno.

Lawrence dejó que se dilatara el silencio un par de segundos.

—Su última novela tiene una trama muy significativa. Según me ha dicho, se adentra de lleno en el mundo de la política.

Bruno descruzó los brazos y metió las manos en los bolsillos.

—Me ha picado la curiosidad, continúa.

—Mi informador no ha sido muy conciso al respecto, sin embargo, conociendo a Nathan, sé que no nos va a gustar.

Bruno esbozó una mueca; estaba claro que no le agradaba lo que estaba escuchando.

—Le llamaré y hablaré con él.

—Ya le conoces, no soltará prenda y solo te dará excusas, como acostumbra a hacer.

—Papá, Nathan escribe historias y esta que tiene entre manos no tiene por qué estar inspirada en mí ni en ti. —Sacó una mano del bolsillo y le señaló con el dedo—. Es ficción.

Lawrence chasqueó la lengua. A continuación, se apoyó en una de las esquinas de la mesa, con gesto reflexivo.

—Desde que murió su madre no volvió a ser el mismo —señaló abstraído—. Pero el tiempo se ocupó de curar sus heridas. Está claro que la muerte de Rachel las ha vuelto a abrir. Hablaré con él.

—No, lo haré yo —manifestó Bruno.

—Pero...

—No hay peros que valgan, papá. Déjame a Nathan a mí. ¿Dónde está ahora? —preguntó—. ¿Sigue en Inglaterra?

Lawrence Makinson se preguntó, cómo había podido engendrar a dos hijos tan diferentes entre sí. Mientras Bruno era ambicioso y conspirador, Nathan era sosegado y siempre insatisfecho de sí mismo.

—No. Ha dejado la casa de Lady Hereford y ahora se encuentra en París.

—De acuerdo, le llamaré.

—No va a ser tan sencillo —le aseguró su padre.

—Con Nathan nunca lo es, pero todo el mundo tiene un punto débil y Nathan no es diferente al resto de los mortales.

Bruno se fijó en las dos mujeres que entraron en ese preciso momento en la oficina.

—¿Has podido hablar con la nieta de Lady Hereford?

Lawrence miró hacia el lugar que apuntaba su hijo.

—No, aún no.

—¿Crees que hemos hecho bien en contratarla?

—Las encuestas están a nuestro favor, ¿no? Eso debería responder a tu pregunta.

—¿Por qué Tom y ella se divorciarían?

—Tarde o temprano nos enteraremos. Los secretos duran muy poco en Washington, y te aseguro que nos beneficiará.

—¿Tú crees?

—¿No lo está haciendo ahora? —preguntó Lawrence—. Es cuestión de tiempo y paciencia.

Una frase que su padre repetía hasta la saciedad.

—No sé. Hay algo en ella...

Bruno no terminó la frase.

—¿El qué? —quiso saber su padre con urgencia.

—No lo sé aún, pero tarde o temprano lo descubriré.

—No se te ocurra hacer ninguna tontería.

Bruno dejó de mirar a través del cristal de su oficina para fijar su atención en su padre.

—No soy tan estúpido como crees.

Lawrence bufó.

—Si Bárbara se enterase de tu último desliz, sería nuestro fin. Antes de pestañear estaría en el programa de Oprah Winfrey hablando de su desdichado matrimonio y te recuerdo que eso sería una fatalidad a estas alturas de la historia.

—A Bárbara la tengo bajo control. El último collar de diamantes que le he regalado la tendrá hechizada una buena temporada; no tienes de qué preocuparte. Se pasará las próximas semanas mostrándoselo a sus amigas y diciendo lo maravilloso que soy. Aprovecho cualquier oportunidad para darme publicidad, algo que tú te has encargado de que aprenda desde la niñez —comentó, sonriendo débilmente.

Lawrence pasó por alto ese último comentario.

—Recuerda, no la aflijas ni le des demasiados quebraderos de cabeza.

—¿Es una orden? —inquirió Bruno, levantando una ceja.

—Es un consejo —dijo Lawrence antes de abandonar el despacho—. Me he casado dos veces, sé de lo que hablo.

Cuando Bruno se quedó solo, se fijó en Tessa.

Era toda una belleza y aún no tenía ni idea de por qué su marido la había dejado escapar. No tardaría en averiguarlo, como decía su padre, solo era cuestión de tiempo. Como mínimo, era inesperado.

«A veces la gente despierta y se da cuenta de que no está el punto donde quiere estar», se dijo a sí mismo.

Pensativo, sacó su móvil del bolsillo y a continuación buscó el nombre de Nathan en la agenda. Sin perder de vista a Tessa, apretó el botón de llamada.

## CAPÍTULO 10

El móvil de Nathan sonó en el bolsillo interior de su americana, pero lo ignoró de forma deliberada.

—¿No lo vas a coger?

Nathan soltó el aliento de golpe. Sacó su móvil y miró quién le llamaba.

—No es importante —dijo, volviendo a poner el teléfono en su lugar.

—¿En serio, Nathan?

Él observó a la mujer que estaba sentada al otro lado de la mesa. Tammy le conocía bien, demasiado bien; mentirle era una pérdida de tiempo.

—Es mi hermano.

Tammy se reclinó en su sillón y le sostuvo la mirada.

—¿Estás seguro de querer publicar esta novela?

El semblante de Nathan se endureció.

—Ya me conoces, no suelo dar un paso atrás ni para coger impulso.

Tammy lo sabía, quizás por esa razón no insistió. Nathan le había comentado lo de Tessa Bradford y sabía mejor que nadie que esa mujer le había tocado el corazón.

¿Cómo lo había hecho?

Eso era una buena pregunta, ella había mantenido una relación con él más de un año y tras su ruptura, Nathan ni se había inmutado. Pero ahora, era diferente y a ella le picaba la curiosidad.

A través de su mirada podía ver su agotamiento, decepción y rabia y, eso era algo nuevo en Nathan.

—Reconozco que estoy sorprendida, has terminado esta novela en menos de un mes.

—He tenido tiempo y he estado inspirado—dijo él, sin más. Cruzó las piernas de tal forma que apoyó un tobillo sobre la rodilla de la otra—. Pensé que te alegrarías. Saldrá a la venta en Navidad, tal y cómo deseabas.

—No me engañas, Nathan. Esa mujer te ha dejado tocado.

Nathan se removió inquieto en su sillón.

—No lo voy a negar, pero ya pasó. —La voz de Nathan era inexpresiva.

—¿Estás seguro?

—Ella lo dejó bien claro cuando se largó sin despedirse. Es un adiós a la francesa, tú deberías entenderlo mejor que nadie.

El deje huraño de su respuesta hizo que Tammy le lanzase una mirada perturbadora.

—¿Eres consciente de que no estás bien, Nathan?

Sacó un cigarro de la cajetilla y lo encendió. Ignoró a Tammy cuando abrió mucho los ojos.

Debería haberse casado con ella, con Tammy. Y seguramente ahora no sería del todo



feliz, pero no tendría tantos quebraderos de cabeza. Tessa se había ido sin despedirse y eso debía significar que tenía que pasar página. Sin embargo, seguía anclado en el pasado, en la última semana, la mejor de su vida.

No le había hecho promesas, ni de sus labios habían salido palabras emotivas ni de pasión. ¿Qué esperaba, entonces? ¿Que ella se rindiera sin más? Tessa era diferente a las demás mujeres que había conocido.

Dio una calada y dejó que el sabor del tabaco calmara sus nervios.

Era un idiota. Aún no había podido desprenderse de esa sensación de vacío que le invadió tras comprobar que ella ya no estaba. Como un tonto había buscado una nota, incluso había mirado su teléfono por si ella hubiera dejado algún mensaje, pero no halló nada, solo desesperación, rabia y frustración.

Y para más inri, había sido tan estúpido como para leer el *Washington Post*. Cuando leyó el nombre de Tessa junto al de su hermano, le llevaron los demonios.

Pero ella había hecho su elección y él ya nada podía hacer al respecto.

Tristan era el único ser que le era fiel, que no pedía nada a cambio de su lealtad y cariño.

—Nathan...

Él conectó de nuevo con la realidad.

—¿Cuándo has vuelto a fumar?

Se centró en el humeante cigarrillo que tenía entre los dedos.

—Creo que nunca lo he dejado. —Dio otra calada y después aplastó el cigarrillo contra un cuenco decorativo de cristal que Tammy tenía en su mesa. Obvió su mirada de reproche—. Lo siento, sé que debería haberte pedido permiso.

—Está prohibido fumar en locales cerrados —le recordó ella.

—Ya sabes que me gusta romper las reglas.

Tammy soltó todo el aire que había retenido en sus pulmones.

—Nathan, te lo vuelvo a preguntar: ¿estás seguro de todo esto? —Levantó el manuscrito en el aire para dejarlo caer un segundo después sobre la mesa. El golpe seco no pasó desapercibido para ninguno de los dos.

—La verdad tendrá que salir a la luz.

—Esto no es la verdad, es una sentencia de muerte para tu hermano.

—No me invento nada.

Tammy se rindió a la evidencia; conocía bien a Nathan y sabía que no habría vuelta atrás.

—Tessa trabaja para él. —Decidió disparar su último cartucho.

—¿Y?

—Le harás daño.

—No me gusta la política; es más, la aborrezco. Ella eligió el bando equivocado.

—Vuelvo a repetírtelo, Nathan. Le harás daño.

—No más del que ella me ha hecho a mí.

—Perderá su trabajo —le advirtió Tammy.

—Es una mujer muy competente, encontrará otro.

Esa frase hizo enmudecer a Tammy.

Nathan se fijó en la mujer que tenía frente a sí, de estatura media, compleción media y muy atractiva. El maquillaje no era el único aliado de Tammy. Su corte de cabello daba más énfasis a su mirada y sus ojos azules, ya grandes de por sí, parecían más expresivos y azules. Era

más joven que Tessa, pero en conjunto no tenía su esencia.

Pensar en Tessa a todas las horas le estaba consumiendo.

Los hombros de Nathan se encogieron brevemente.

—Tú no eres así, Nathan.

Él produjo un sonido de impaciencia.

—Lo sé, pero necesito sacarme todo esto de aquí. —Se señaló el pecho—. Toda esta rabia y frustración.

—Y, ¿tú crees que esta es la solución?

—Esa novela va a ser un bombazo, Tammy. Un éxito de ventas. Y tú lo sabes. —Se recostó en el asiento y se acarició el lóbulo de la oreja—. Di por hecho que a la editorial le encantaría ganar una cifra con muchos ceros.

—No juegues conmigo, Nathan. Sabes que es así —adujo Tammy tensando la postura—. Pero te estoy hablando como tu amiga, no como tu editora.

—Si no lo publicas tú, lo llevaré a otra editorial. Tú decides.

Tammy se hundió lentamente en su sillón.

—No estás hablando en serio...

—Tú mejor que nadie deberías saber que no me gusta bromear.

Tammy se percató de que Nathan tenía los labios apretados y el ceño fruncido, señal inequívoca de que no era un farol.

Se humedeció los labios para después posar la mirada en el manuscrito que descansaba sobre la mesa.

—De acuerdo, se lo enviaré al corrector hoy mismo.

—Muy bien. —Nathan se levantó.

—Nathan...

—¿Qué? —preguntó él, distraído.

—Por tu bien, solo espero que esto no te salpique demasiado.

Él no respondió de inmediato, miró por encima del hombro de ella. La vista era mágica, de postal. Estaba atardeciendo, nubes algodonosas y de un tono rojizo coronaban la Torre Eiffel y esta se fundía con majestuosidad con el paisaje, perdida entre los tejados y las chimeneas de París.

—Tienes el corazón roto y tienes que superarlo.

Él, sin mediar palabra, se alejó a sabiendas de que los ojos de Tammy estaban clavados en su espalda.

Cuando salió del despacho, cerró la puerta tras de sí.

Él negó con la cabeza, no estaba bien. Tenía la impresión de que estaba perdiendo el juicio. Sin más, abandonó el edificio con más dudas de las que llevaba al entrar.

\*\*\*

—Cuéntame más.

Tessa levantó la mirada del teclado y miró a Alice, que en ese momento llevaba en la mano una bolsa de patatas fritas.

—¿Sabes lo que le hace eso a tu cuerpo?

—Me da felicidad, Tessa.

—Dirás calorías.

—¿Acaso las calorías no son felicidad?

Tessa resopló. Alice tenía razón, así que decidió cerrar la boca.

A su alrededor se oía un constante rumor de actividad: teléfonos, voces y un tecleo incesante.

—Estoy en ascuas, cuéntame más —repitió Alice. Luego se sentó en una esquina de la mesa de Tessa, se llevó una patata a la boca y esperó pacientemente.

Tessa la miró con gesto crispado.

—Hemos estado más de tres horas hablando, ¿qué más quieres saber?

—Sé que hay algo más, te conozco lo suficiente para saber que estoy en lo cierto.

Alice era muy suspicaz, razón por la que no le había contado antes lo de Nathan. Le había vendido su semana en Tintagel como una aventura, sexo sin promesas. No obstante, eso no era cierto. En el transcurso de esa semana hubo mucho más que un intercambio de fluidos.

—¿Por qué no le llamas?

—¡No! —exclamó demasiado rápido. Se arrepintió en el acto de su actitud.

Alice, que estaba a punto de llevarse otra patata a la boca, la dejó a medio camino.

—¿Por qué no?

—Él vive en Europa.

Alice chasqueó la lengua y después engulló la patata.

—Una lástima.

—Sí, una lástima —respondió ella, poco convincente.

Tessa volvió a aporrear el teclado.

—Sabes que existen las redes sociales, ¿verdad?

Tessa soltó un resoplido.

—Fue lo que fue, Alice. Solo sexo.

—Te conozco, Tessa. Tú no te acuestas con hombres que acabas de conocer —explicó—. Te gusta tomártelo con calma y Tom no fue una excepción.

—Tom ya es historia.

—Tom sigue siendo presente —añadió con tono enérgico—. Reconozco que lo que hizo estuvo mal...

—¿Mal? —le preguntó atónita—. Después de diez años decide que ya ha sido más que suficiente y se larga. ¿De qué parte estás, Alice?

—De la tuya. Siempre contigo, ya lo sabes —se apresuró a añadir—. Pero te recuerdo que vuestro matrimonio ya hacía aguas.

Tessa le sostuvo la mirada.

—Eso no es motivo para que me ponga los cuernos.

—Cierto. Eso solo lo hace un hombre cansado, un hombre al que su mujer no le presta atención.

El rumor de la oficina había descendido y varios pares de ojos las observaban, como si estuvieran viendo un partido de tenis.

Tessa carraspeó ante la situación.

—Será mejor que lo dejemos por hoy. —Se levantó de forma precipitada de su silla, dejando atrás a Alice.

Tenía ganas de llorar, de salir y perderse de nuevo en alguna parte del mundo. Alice tenía razón, su matrimonio llevaba tiempo roto y ella no había hecho nada por arreglarlo. Había ignorado las señales y había continuado como si nada.

Tom hacía mucho tiempo que había dejado de importarle.

Esa era la verdad; y ahora iba de víctima.

Sin ningún género de dudas, aquella era la razón por la que se había enamorado de Nathan, porque llevaba demasiado tiempo sola.

Se dirigió a la máquina de café y metió algunas monedas por la ranura.

—Tessa, escucha.

Ella cerró los ojos, el murmullo de teléfonos y conversaciones habían vuelto a la oficina.

—¿No has tenido ya suficiente, Alice?

—Soy tu amiga y te conozco. No estás bien, Tessa.

—Lo estaré.

—Deja de huir.

—No huyo.

—¿Eso lo dice alguien que ha cruzado el Atlántico?

Alice se ganó una mirada dura por parte de Tessa.

—No debería habértelo comentado —dijo con acritud.

—Estás enfadada contigo misma y con el mundo, Tessa. De alguna manera, tú siempre has elegido.

—Eso no es cierto. Con Tom fue él quien tomó la decisión —dijo en tono de reproche.

—No es verdad —respondió Alice con tono sosegado—. En el fondo te sientes aliviada, Tessa. Aliviada de que Tom se marchara.

La miró sin comprender.

—¿Qué intentas decirme?

—Tú ya tienes la respuesta a esa pregunta. —Alice cogió el pequeño vaso de plástico que aún estaba en la máquina—. Gracias por el café.

## CAPÍTULO 11

Tessa sentada al otro lado de la mesa, observó a Bruno, que acababa de colgar el teléfono.

—Era el director de la cadena de televisión de la que te había hablado. Quieren una entrevista esta semana —dijo Bruno, lanzándole una breve sonrisa.

—Ya sabe cuál es mi postura al respecto —replicó Tessa, jugueteando con el bolígrafo en las manos.

Bruno se removió incómodo en el sillón.

—Tessa...

—La televisión puede ser más emocionante y decisiva que todos los demás medios, pero la radio tiene más ventajas que un programa de televisión: es más asequible a la hora de producir y va dirigida a grupos más concretos, puede llegar a más votantes —comentó ella—. La gente escucha la radio cuando sale de su casa camino a su trabajo. ¿comprende?

—Las personas llegan a sus casas y se sientan ante el televisor —le aseguró Bruno con tono crispado.

—No se confunda, esas personas llegan cansadas a sus casas. Solo quieren una cerveza o una cena ligera y a continuación se sientan en su sillón favorito a ver un partido de béisbol o una película romántica, no a escuchar a un candidato a gobernador —repuso la mujer—. El electorado no es estúpido. Pero a menudo no tienen información suficiente para tomar una decisión. Y no es responsabilidad de los votantes obtener esa información, sino que es nuestro privilegio ofrecérsela.

Bruno se cruzó de brazos, mirándola, expectante.

—Aún no entiendo cómo Harkavy la dejó escapar. ¿Me lo va a contar algún día? —Al ver que Tessa no respondía continuó hablando—. Reconozco que he barajado muchas teorías, pero tengo la impresión de que no me acerco a la verdadera. Y es una pena, porque podría utilizarlo contra mi adversario.

Tessa respiró profundamente. Nerviosa, pasó el bolígrafo de una mano a otra. No le debía nada a Tom, pero por algún motivo se vio en la necesidad de protegerlo. Tom había tomado una decisión, acertada o no tanto. Sin embargo, lo había hecho por amor.

El gesto de la gerente no pasó inadvertido para Bruno y, quizás por ello, insistió:

—Dígame, Tessa. ¿Qué ocurrió exactamente para que acabara trabajando para al adversario de su ya exmarido?

—Le voy a decir algo. —Habló lentamente, pero con firmeza—. Atacar a su oponente no le va a resultar y, de hacerlo, debe ser con pruebas fehacientes. De la forma más efectiva.

—Pero usted tiene esas pruebas, ¿me equivoco?

—No, señor Makinson, no se equivoca. Pero, antes de atacar, debe proteger su propio terreno y le aseguro que usted saldría perdiendo.

El gesto de Bruno Makinson fue de total incredulidad.

—No sé si la sigo.

—Claro que sí. Le gusta jugar sucio, usted y yo lo sabemos. Tengo oídos, señor Makinson, y debería cuidar sus amistades, no es oro todo lo que reluce.

El hombre la miró con cautela.

—No debería extralimitarse con sus tareas. Su trabajo se adscribe a lo que ocurre en esta oficina.

—Se equivoca de lleno. Quería a la mejor gerente de campaña, pues aquí estoy —comentó Tessa—. Pero, por favor, no me haga perder el tiempo.

—¿Estar con mi gente me convierte en un mal tipo?

—No, señor. Le convierte en el hombre equivocado. Recuerde que usted no es un santo. Así que, ¿por qué no jugamos todos con las mismas reglas?

El hombre se quedó atónito ante el comentario de Tessa. Solo pudo soltar un bufido, que resultó perfectamente audible.

—En cuarenta minutos tiene una reunión con el congresista Grant —dijo levantándose de la silla—. Le sugeriría que no llegase tarde.

Cuando se quedó a solas, Bruno metió la mano en el bolsillo de su americana y llamó a su padre.

—Tenemos que hablar.

\*\*\*

—No fue buena idea, abuela.

Lady Hereford observó a su nieta. Estaba cansada y dolida, y eso era algo imperdonable. Ya no quedaba nada de aquella niña con la que había pasado los largos y frescos veranos en Tintagel. Su mirada había perdido la magia de antaño.

—Creí que te gustaría conocer a Nathan Huffman.

Tessa soltó un gran suspiro en uno de los salones de té más prestigiosos de la ciudad, en el Café Willwood. El café en sí era un museo conocido por su gran colección de artes decorativas, en especial por los Huevos de Fabergé que pertenecieron a la casa Romanov o el arte francés de los siglos XVIII y XIX, sin obviar una de las mejores colecciones de orquídeas del país, cultivadas en los invernaderos de sus serenos y apacibles jardines naturales para el disfrute de los amantes de los bienes culturales y de la botánica.

Pero en ese instante, la historia y las orquídeas no formaban parte de la larga lista de intereses de Tessa. Alice estaba en lo cierto, deseaba huir y no enfrentarse a la realidad. Además, la conversación con Makinson había sido demasiado intensa para su gusto. Nathan tenía razón con respecto a su hermano y descubrir la verdad por sí misma le estaba quitando horas de sueño.

—Abuela, me habría gustado conocer a Nathan en otras circunstancias —dijo, sin demasiadas pretensiones, intentando rehuir sus pensamientos.

Lady Hereford tomó un sorbo de té y, al dejar la taza en su plato de cerámica correspondiente, no pudo más que esbozar una sonrisa.

—Veo que le tuteas. No debió ser una estancia muy desagradable.

Tessa abrió la boca para decir algo, pero la cerró de nuevo al ver el sonriente y anhelante semblante de su abuela.

—Cielo, no olvides que te he criado y educado. Conozco cada uno de tus gestos y tus tonos de voz. —Le acarició el pelo, como si fuera una niña—. Tu madre se perdió tanto... algo por lo que le estoy enormemente agradecida.

Tessa no quería entrar a debatir ese tema, cada vez que lo hacía salía más herida, como si eso fuera posible. Sus padres se habían dedicado a ir de fiesta en fiesta, a viajar por el mundo sin tener en cuenta que tenían una hija a la que educar y dar amor.

Su abuela había sido su verdadera madre, la mujer que limpió sus lágrimas cuando el primer amor no fue correspondido, la que había pagado sus estudios o la que le había llevado al altar bajo la furibunda mirada de su padre, llena de reproches.

—No te lo tomes a mal, abuela. Pero educaste a una hija caprichosa y egoísta.

Lady Hereford no podía estar más de acuerdo.

—Fue tu abuelo, que Dios le tenga en su gloria —alzó los ojos al techo—, el responsable de que tu madre creciera en un mundo diferente al que viven el resto de los mortales. Cuando él murió, no pude más que alimentar al monstruo.

—Deberías haber hecho algo —protestó.

—¿Y perderte? —preguntó dejando caer la mano sobre la mesa—. Eso jamás. Prefiero seguir pagando sus caprichos a que ella te aleje de mí.

—Ya tengo casi cuarenta años, abuela. Te recuerdo que soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones.

—¡Pardiez!, para mí siempre serás mi niña —exclamó la mujer, resuelta.

Tessa infló las mejillas y un segundo después, soltó la respiración. Con su abuela, salir victoriosa de una batalla era un logro imposible.

—¿Esa es la razón por la cual me sugeriste que fuera a Cornualles? ¿Porque crees que no soy capaz de gestionar ni arreglar mis problemas?

—Te lo sugerí, como tú bien dices, Tessa. Nadie te obligó.

Se apoyó en el respaldo de su silla con expresión pensativa.

—No deseaba ocasionarte más dolor, mi niña. De haber sabido lo que iba a suceder...

Cruzó los brazos bajo el pecho y clavó la mirada en la anciana.

—Según tú, ¿qué ha pasado, abuela?

—No hace falta ser muy intuitiva para darse cuenta de que entre tú y el señor Huffman ha surgido algo más que una bonita amistad.

Tessa tuvo que tomar aire de nuevo. La sensación de asfixia se hacía cada vez más evidente.

—Fue una semana intensa.

La anciana sonrió pícaramente.

—Me alegro, porque es un hombre muy atractivo.

El comentario hizo que Tessa soltase la cucharilla muy lentamente.

—¿Te apetece un pastelillo? —Lady Hereford carraspeó cuando vio el huraño gesto en el rostro de su nieta—. ¿No? De acuerdo. —Volvió a colocar el plato en el centro de la mesa.

—Sé por qué estamos aquí —señaló Tessa.

—Es uno de mis salones de té favoritos.

Tessa miró a su alrededor, el salón estaba casi completo. Los clientes estaban absortos en sus conversaciones y parecían ajenos a lo que sucedía a su alrededor, algo que ella agradecía.

Conocía la pasión de su abuela por ese lugar. Allí se respiraba historia; además había conocido a Marjorie Merryweather, rica filantrópica y propietaria, fundadora de la Casa Museo

donde ahora estaban tomando el té. Su abuela y ella se habían hecho buenas amigas, a pesar de la diferencia de edad que las separaba, allá por la década de los años sesenta.

—Esa es una de las razones, pero no la principal.

—Soy toda oídos.

—¡No juegues conmigo, abuela! —se quejó.

La mujer se hizo la ofendida.

—Ni se me ocurriría.

—Aquí no puedo chillar como una loca ni responsabilizarte de todo este desastre.

Su abuela la miró con cariño.

Tessa sabía que era una mujer fuerte, que había heredado un título nobiliario cuando sus padres murieron, siendo ella aún una niña. Educada por una tía, hermana de su padre, huyeron en barco de Inglaterra y viajó a Estados Unidos cuando la Segunda Guerra Mundial estalló y su país se convirtió en una diana para el régimen nazi. En Estados Unidos, años más tarde, conoció a un viudo adinerado, emparentado con el mismísimo Rockefeller. Y aunque era veinte años mayor que ella, no tardaron en casarse, tras haber sido presentados en una fiesta. Tessa nunca supo si fue una unión por amor o más bien un acuerdo económico. Era algo que nunca se había atrevido a preguntar. Porque si algo tenía su abuela, era don de gentes. Al poco tiempo, Nancy Hereford fue madre de una hija consentida, que solo se metía en problemas. Pero a pesar de las adversidades, ella nunca había dejado de sonreír.

Su abuela nunca adoptó el apellido de su marido, en la alta sociedad se la conocía por su título nobiliario, un título más anecdótico que otra cosa, pero que le hacía brillar entre las mujeres más elegantes y ricas del país.

—¿Sabes lo que solía decir tu abuelo?

—No, pero me lo vas a decir de todos modos. —Se llevó un pastelito a los labios y dio un pequeño mordisco.

—Solía decir: «Nancy, ya no tenemos edad para estar con gente que no sabe lo que quiere».

La frase hizo que Tessa mirase a su abuela con atención. Se metió el resto del pastelito en la boca.

—¿Intentas decirme algo?

—Sí. Enfrentate a los problemas, Tessa. No huyas de ellos, porque te encontrarán estés donde estés. —La anciana le ofreció una servilleta que Tessa aceptó—. Tú formas parte del problema y al mismo tiempo eres la solución, no lo olvides nunca.

Se limpió la comisura de los labios y, a continuación, dejó entrever su propio dolor. Pero su abuela no se amilanó y preguntó:

—¿Le quieres?

Tessa decidió ser sincera consigo misma. Sabía que se había estado engañando y poniendo insulsas excusas con respecto a Nathan. Pero lo cierto era que ese hombre se había colado en su corazón y no tenía ni idea de cómo arrancarlo de ahí.

—Eso creo.

—Bien, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no vas a su encuentro?

—No es tan sencillo, abuela.

—Cuéntame, entonces.

Tessa le comentó el parentesco que unía a Bruno Makinson con Nathan Huffman y la novela que estaba a punto de publicar este último.



—¿Crees que, si el señor Huffman publica esa novela, la candidatura de Makinson peligrará?

—Es muy posible, sí.

Su abuela la miró preocupada. Al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿Así que el padre de Nathan Huffman es Lawrence Makinson?

A Tessa le dio la impresión de que la información sorprendía de alguna manera a su abuela.

—¿Le conoces?

—¿A Lawrence Makinson? —Si no conociera a su abuela, diría que se estaba mostrando excesivamente evasiva—. Sí. Hemos coincidido en algunas reuniones sociales.

—Lo dices como si no hubiera sido un encuentro social bien avenido.

Lady Hereford dejó a un lado sus propios pensamientos.

—No, al contrario. Somos muy buenos amigos; además de una buena benefactora en la campaña de su hijo.

—¡Abuela, creí que apoyabas a Tom! —exclamó Tessa, sorprendida.

—No te ofendas, cielo, pero yo ya conocía las debilidades de tu marido antes que tú.

—¿Sabías que Tom me era infiel y no me dijiste nada? —inquirió Tessa, dolida, sin poder creerse lo que estaba escuchando.

—¿Me habrías creído si te lo hubiera dicho?

Su abuela tenía razón, se habría cerrado en banda y no habría creído ni una sola palabra.

—Supongo que tengo mis dudas al respecto.

—Tú eras fiel a tu esposo, Tessa. Y le querías a tu manera, jamás me habrías creído. Estabais a punto de cumplir un sueño.

—Que se convirtió en pesadilla.

—No es el momento de derrumbarse, sino de renacer de tus cenizas, cariño.

—Yo quería a Tom, abuela. —Intentó ser convincente, pero no lo consiguió.

—No, cielo. Querías el sueño, no al hombre. Esa es la razón por la que ahora estás tan perdida.

A Tessa le brotó una lágrima que le resbaló por la mejilla.

—No te sigo. —Se enjugó la lágrima con gesto cansado.

—Ahora estás enamorada de Nathan—. La anciana logró esbozar una sonrisa. Le dolía ver a su nieta en ese estado, pero alguien debía abrírle los ojos. Ella ya era demasiado vieja y la vida iba tocando a su fin—. Ahora estás enamorada del hombre y no del sueño, cielo. Acabas de despertar.

\*\*\*

Nathan leyó por enésima vez el listado de los vuelos en la pantalla del aeropuerto. El avión que esperaba venía con retraso. Soltó un bufido de lo más audible y se sentó.

Tras meditarlo mucho, había tomado una decisión: quería hablar con Tessa y aclarar lo sucedido entre ellos. Tenía la impresión de que lo que había ocurrido en Tintagel, las emociones involucradas, no habían sido solo producto de su imaginación. Con ella todo había sido diferente y necesitaba saber si ella sentía lo mismo que él. No le importaba enfrentarse a su familia; es más, era muy consciente de que era un hecho consumado, ya que Bruno no dejaba de llamarle por teléfono.

Lo que significaba que estaba al tanto de la nueva publicación de la novela. Estaba claro que los tentáculos de los Makinson llegaban muy lejos.

Su mente volvió a Tessa y se preguntó que estaría haciendo ahora. Se la imaginó sentada en un cómodo sillón, inmersa en algún informe o con una encuesta entre las manos. Sobre la mesa, una copa de buen vino y la televisión encendida, las noticias preferentemente, pero sin volumen.

Llevaría ropa cómoda, tal vez un pijama divertido, de esos que le arrancaban una sonrisa y sobre las piernas, una manta a cuadros, de lana. La chimenea estaría encendida y las llamas se verían reflejadas en su delicada piel mientras ella leía.

—¡Buenas tardes! Es usted Nathan Huffman, ¿verdad?

Nathan dio un respingo y salió de su ensoñación. Observó a la mujer que tenía ante sí. Le sonreía nerviosa con un bolígrafo en una mano y un libro en la otra.

—He comprado una de sus novelas en una de las tiendas del aeropuerto.

La sonrisa de la mujer se ensanchó; no era joven, pero tampoco una anciana.

—Me preguntaba si podía dedicármelo.

Nathan se vio obligado a sonreír.

—Claro. Por supuesto. ¿Cómo se llama? —preguntó él en un perfecto francés.

—Beatrice.

Nathan abrió el libro y garabateó un par de frases. Luego firmó un poco más abajo.

—Muchísimas gracias —le dijo la mujer cuando le entregó el libro—. Estoy deseando leer su próxima novela, según he oído será otro gran éxito.

—Cariño, ¿no ves que estás molestando al señor Huffman?

El que habló fue un hombre de pelo canoso y ceño fruncido que se había acercado hasta ellos con un carrito repleto de maletas. Sin duda, era el marido de Beatrice.

—No es molestia, de verdad. Es más, estoy agradecido —se vio en la necesidad de aclarar Nathan.

—¿Ves? —dijo la mujer con una bonita sonrisa en los labios—. No es tan grosero como algunos dicen. Y tiene un acento tan seductor...

Nathan no tuvo réplica. Se limitó a arquear las cejas.

—Nosotros viajamos a Nueva York, a visitar nuestros nietos. ¿Cuál es su destino, señor Huffman?

—Querida, creo que deberíamos irnos —apremió el marido, impaciente—. No creo que sea de nuestra incumbencia lo que haga o no el señor Huffman.

Nathan levantó la mano en señal de paz.

—Viajo a Washington por motivos de trabajo —se apresuró a añadir—. Mi editora cree que es buena idea presentar allí la novela.

—¡Oh! ¿no te parece emocionante, Paul? Conocer a mi escritor favorito en el aeropuerto. Esto es obra de la providencia, mis amigas no se lo van a creer.

—Sí, querida. Lo que tú digas, pero ahora deberíamos irnos. Acaban de anunciar nuestra puerta de embarque. —El marido tomó a su esposa del antebrazo y tiró suavemente de ella.

La mujer, emocionada, se despidió. Algunos de los presentes le miraron curiosos, como si trataran de descifrar quién era él. Nathan pensó que el episodio en sí podía llegar a ser hasta gracioso, quizás lo incluyera en su próxima novela.

La voz del altavoz lo sacó de sus cavilaciones.

Decidió escribir un wasap de última hora a su hijo, quizás si los exámenes se lo

permitían, podría reunirse con él. Le encantaría verlo y ponerse al día.

Tras guardar el teléfono en el bolsillo de su abrigo, decidió que había llegado el momento de ponerse en marcha. Tiró de su maleta y puso rumbo a la puerta de embarque.

## CAPÍTULO 12

Algo no iba bien. Tessa salió de la ducha y estuvo a punto de estamparse contra el suelo, de no haber sido porque estuvo ágil y se agarró a tiempo al lavabo. Pero, aun así, su brazo se resintió. Había olvidado poner una alfombrilla en el suelo.

—Céntrate, Tessa, o a este paso terminarás en el hospital —se dijo a sí misma.

En ese instante, sonó el móvil y bufó.

—De acuerdo, el día no empieza con buen pie.

Salió del baño, con el pelo húmedo y envuelta en la toalla. El contraste de temperatura hizo que le castañearan los dientes. Con los pies descalzos y de puntillas, cogió el móvil que había dejado sobre la mesa.

Era Bruno Makinson.

—¡Mierda! —exclamó.

Se secó la mano con la toalla antes de tocar la pantalla. Comprobó la hora y descubrió con alivio que iba bien de tiempo.

—¡Buenos días! —Apretó los labios para impedir que los dientes le castañearan. Tenía la piel erizada y temblaba, como si estuviese en el mismo Polo Norte.

Tessa no tuvo tiempo de añadir nada más, porque Makinson la interrumpió. Su voz se oyó con urgencia por el teléfono.

—Necesito que venga antes, ¿sería eso posible?

Ella volvió a mirar el reloj.

—¿En media hora más o menos estaría bien? —preguntó, indecisa.

—¡Que sea ahora mismo!

No tuvo lugar a réplica, Bruno Makinson había colgado. Miró el móvil, asombrada. El brazo le resquemaba y un incipiente dolor de cabeza comenzaba a fraguarse muy cerca de la sien.

No, no iba a ser un buen día.

\*\*\*

Nada más llegar, supo que algo no andaba bien. La gente parecía nerviosa y tenían la mirada puesta en el despacho de Makinson.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Alice al poner los pies en la oficina.

—No lo sé, pero nos ha llamado a todos para que vengamos antes. Parece una debacle, el fin del mundo.

El rumor de la oficina se hizo más intenso.

Maldijo por lo bajo. No había tenido tiempo de secarse el pelo y parecía una maraña, así

que mientras hablaba, se lo recogió en un moño bajo. El dolor del brazo no se hizo esperar. Cerró los ojos hasta que el malestar comenzó a aflojar.

—¿Hay información nueva que yo no sepa? —preguntó, dejando su bolso sobre su mesa y quitándose el abrigo.

—No, claro que no. ¡Duermes con las encuestas y los informes, Tessa! Por el amor de Dios, tú eres la primera en conocer lo que sucede aquí. Di por hecho que tú sabrías lo que está sucediendo.

—No, no tengo ni idea.

Alice pareció desinflarse como lo haría un globo.

—¿Crees que es por Tom? —preguntó con urgencia.

—No, Tom no tiene que ver en esta ocasión. Pero tengo la impresión de que él es quien le está sacando de quicio. Las voces se escuchaban a tres manzanas de aquí antes de que tú llegaras.

—¿Él? —preguntó Tessa, sin comprender.

Alice señaló al despacho.

Y fue en ese preciso momento cuando se quedó sin aliento, cuando la sangre se heló en sus venas.

Nathan Huffman la miraba con intensidad mientras su hermano vociferaba y andaba y desandaba de pared a pared haciendo aspavientos con los brazos.

—¿Dónde está Lawrence?

—Desaparecido en combate —dijo Alice—. ¿Estás segura de que quieres entrar en la jaula de los leones?

—¿Me queda otra opción?

Alice dio un paso atrás para dejar espacio a Tessa.

—Creo que no, pero esto me huele mal.

—¿Cuándo ha llegado? —quiso saber Tessa, haciendo caso omiso del comentario de Alice. No tenía ni idea de cómo hacer frente a la situación.

—Una hora a lo sumo, creo. Esto es una locura. Henry ha llevado a los niños al instituto y yo he salido disparada hacia aquí. Mi casa es un caos en toda regla —protestó su amiga—. Eliza ha vomitado en la alfombra del salón y no he podido ni siquiera limpiarlo. No me quiero imaginar lo que voy a encontrar cuando llegue a casa.

—Tranquila, lo arreglaré —dijo Tessa, no muy convencida.

—¿La mancha de la alfombra o lo que está sucediendo ahí adentro?

La garganta se le tensó un poco al sentir cómo Nathan la acariciaba con la mirada e ignoraba de forma deliberada la diatriba de su hermano.

—¿Es necesario que te responda a esa pregunta?

Alice barrió el aire con las manos, restando importancia a la pregunta de Tessa.

—De acuerdo. Esto no me gusta —dijo Alice, atacada de los nervios.

Tessa, que no había dejado de mirar al despacho ni un solo instante, descubrió algo que captó su atención. La intensa mirada de Nathan se volvió más impetuosa, lo que hizo que su corazón bombease sangre a mil por hora. Sintió una puñalada de culpabilidad, además de la excitación que soportó en la zona de la pelvis.

—¿Crees que nos van a despedir?

—A estas alturas, no. Pero habrá daños colaterales. —Buscó un bolígrafo en su bolso, pero no lo encontró.

Alice, como si le leyera la mente, le ofreció el suyo.

—Toma.

—Gracias. —Cogió la carpeta, donde las últimas encuestas proclamaban vencedor a Bruno. En el fondo sabía que le iban a servir de poco, pero serían un buen escudo si las cosas se ponían difíciles. Algo que de seguro sucedería—. ¿Te importaría traerme un café muy cargado?

—No, claro que no.

—Te lo agradezco.

Antes de que Tessa se pusiera en marcha, Alice dejó caer la mano en su hombro.

—Tessa, esto no tiene buena pinta. No han dejado de gritarse e insultarse desde el mismo instante que se han visto.

—Todo irá bien —la tranquilizó—. Solo quieren una cabeza, y es la mía.

\*\*\*

Estaba más guapa que nunca.

Ignoró las voces de Bruno y se centró en ella. Al verla de nuevo, se dio cuenta de cuánto la había echado de menos estas últimas semanas. Era demasiado consciente del vínculo que habían creado para fingir que no existía.

Sin embargo, también sabía que les separaba una distancia inmensa, a pesar de estar a pocos pasos el uno del otro.

No la culpaba por haber huido. En el fondo, de no haberlo hecho ella; seguramente lo habría hecho él. Ambos se habían asustado ante los sentimientos que habían aparecido de repente, sin previo aviso y que ninguno de los dos había sabido gestionar hasta ahora.

Había tenido varias semanas para pensar y para escribir. Quizás por esa razón había terminado la novela en un tiempo récord, algo que a Tammy le había venido como anillo al dedo. Observó los pasos decididos de Tessa, que se acercaba resolutiva, con la mirada puesta al frente. Tenía una mirada retadora; daba la impresión de ser una mujer dispuesta a entrar en batalla y no pudo más que sentirse orgulloso. Eso era lo que más le gustaba de ella: su carácter, su dominio del terreno. Desde su marcha solo había pensado en la mujer que había conocido en Tintagel y esa era la verdadera razón de su viaje.

Estaba claro que por su hermano no habría movido un solo dedo, pero por Tessa se había metido en la cueva del dragón sin tener en cuenta los daños colaterales.

Iba vestida de forma elegante. Llevaba un chaleco en tono verde oliva, largo, con cinturón y cuello en cascada. El conjunto lo complementaban unos bonitos pantalones pitillo negros, jersey de punto beige y zapatos de tacón y plataforma que estilizaban aún más su figura. Llevaba el cabello recogido en un moño, en la base de la nuca. Deseó deshacer el recogido y tocarlo. Enredar su cabello entre sus dedos, como tantas veces había hecho después de estar saciados y exhaustos tras haber hecho el amor.

Sí, la había echado de menos, y mucho.

\*\*\*

Bruno dejó de hablar en el instante en que ella entró a la oficina.

La situación la abrumaba. No podía pensar con claridad. Si algo necesitaba en su vida era orden y en esos momentos estaba inmersa en el caos más absoluto.

Estaba tan nerviosa... Respiró profundamente, pero de nada sirvió. El aire pareció no llegar a sus pulmones. Entonces miró a Nathan, que sonrió veladamente y lo vio apurar el café con un movimiento rápido.

Intentó ignorarlo; no obstante, fue del todo imposible y eso hizo acrecentar su inquietud. Como era de esperar, Nathan no llevaba traje. Era la contraposición de su hermano. Pero estaba claro que el escritor rezumaba testosterona por doquier y ganaba en masculinidad al político.

—Tessa, por favor, siéntese. —Bruno le señaló una de las sillas que había al otro lado de la mesa.

—Estoy bien así, gracias —dijo, poniendo algo más de distancia entre Nathan y ella.

—De acuerdo. —Bruno respiró profundamente—. Él es Nathan Huffman, mi hermano —les presentó.

Tessa tragó saliva y esperó impaciente la reacción de Nathan; sin embargo, él no dijo nada que indicara que ya se conocían. Se limitó a asentir con la cabeza.

Ni siquiera se saludaron, solo se miraron con una intensidad implícita.

Bruno no pareció percatarse de la tensión reinante y continuó hablando, quizás porque ese era uno de los rasgos más destacables de los ególatras: pensar que el mundo giraba alrededor de ellos.

—Y, como es habitual en él, solo trae problemas a la familia —comentó el político con acritud.

En esta ocasión, una sonrisa cínica curvó la sensual boca de Nathan; sin embargo, no discutió ni llevó la contraria a su hermano.

A Tessa le dio la impresión de que eran dos meros desconocidos compartiendo un pequeño espacio, pero nada más lejos de la realidad. Ella era muy consciente de su proximidad física. Y lo era también de su atractivo y de todo aquello que habían vivido juntos en Tintagel: frases a medio acabar, momentos cargados de erotismo y sensualidad, besos y caricias.

Contuvo el aliento y lo dejó escapar con lentitud.

Escuchó pacientemente la verborrea de Bruno sin apartar la mirada de Nathan. Todas las excusas que se había inventado se esfumaron como por arte de magia. Hasta ahora, no se había percatado de cuánto lo había echado de menos. Era como si el último mes no hubiera existido.

—¿Qué podemos hacer ante esto?

Tessa dio un respingo y volvió al presente.

Bruno alzó una ceja con expresión retadora, como si quisiera cerciorarse con ese gesto que tenía toda la atención de la mujer que tenía ante sí.

—Disculpe. —Se humedeció los labios e intentó recordar las últimas palabras de Bruno. Sobre la mesa descansaba un libro, supuso que era la novela de Nathan.

—Me refiero a esto.

Bruno levantó el alto el libro y Tessa confirmó que se trataba de la novela. Se fijó en la portada y sintió como si alguien, en ese mismo instante, le estrujase los pulmones. Reconoció de inmediato la escena. Era ella, pensativa, de espaldas, en la cima del acantilado, observando un mar de nubes al alba. Arriba se podía leer el título:

### *La Decisión.*

Nathan se fijó en la expresión de Tessa y tuvo que tragarse un juramento. Había captado esa imagen con su móvil una de las mañanas, apoyado en el umbral de la puerta. La imagen en sí

lo sobrecogió. Le dio la impresión de que Tessa representaba la soledad del mundo, sola ante la inmensidad de la naturaleza.

Cuando se lo propuso a Tammy, estuvo de acuerdo con él enseguida. Nadie descubriría nunca que se trataba de Tessa. Era la portada perfecta porque era muy humana y transmitía muchas sensaciones que no dejarían indiferente al lector.

Tessa carraspeó, pero no comentó nada al respecto.

—A mi gentil hermano se le ha ocurrido escribir una novela de suspense ambientada en un mundo corrupto, en la que un hombre consigue los votos suficientes a través del fraude para llegar a ser gobernador, ¿qué le parece? —no esperó respuesta alguna por parte de Tessa. Continuó hablando—: Pero da la casualidad de que la realidad y la ficción se comprometen seriamente. Solo he tenido que echar un vistazo, leer un par de párrafos para sentirme identificado.

—Podría ser cualquier otro hombre, no necesariamente usted —afirmó Tessa con rotundidad.

A Nathan le debió sorprender la respuesta porque la miró con atención, con expresión sombría.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Bruno, colérico—. ¿Cuánto cree que tardarán los medios en averiguar que Nathan es mi hermano?

Dejó caer el libro sobre la mesa y el topetazo no se hizo esperar, varios bolígrafos bailaron sobre la superficie y algunos papeles fueron directamente al suelo.

—No dejo de preguntarme cuáles fueron las desavenencias con su marido para que el divorcio se hiciera efectivo en plena campaña. — Él la miró, pero no esperó a que respondiera—. No deja de ser un suicidio, ¿no cree? —preguntó con gesto adusto.

—Bruno...—El tono de advertencia por parte de Nathan no se hizo esperar.

—¡¿Qué?! —exclamó incómodo su hermano—. Papá dijo que nos sería de ayuda y el momento ha llegado. Es su turno, Tessa. ¿Qué hacemos con esto? —Apuntó con el dedo índice la novela.

—Tessa no puede hacer nada —objetó Nathan, serio—. La novela saldrá a la luz la próxima semana, vísperas de Navidad. Estoy aquí por decisión propia, para vernos cara a cara. Tú deseabas hablar conmigo y yo estoy aquí. Punto final, déjala fuera de todo esto.

Bruno arrugó el entrecejo, los observó calladamente. Tessa miraba a Nathan, Nathan miraba a Tessa y él miraba a ambos, absorto. De pronto fue todo muy esclarecedor.

—Un momento, ¿os conocéis? —preguntó Bruno, sorprendido—. La has llamado Tessa, por su nombre de pila.

—No —negó rotundamente Nathan

—Sí —fue la tajante respuesta de Tessa.

Nathan advirtió a Tessa con la mirada, deseó estrangularla con sus propias manos. No deseaba ponerla en una situación incómoda y ella al parecer parecía estar conforme. O al menos eso creía él, al no dejar entrever, cuando ella entró en el despacho, que ambos se conocían con anterioridad.

A Bruno se le dibujó un rictus amargo en la boca.

—¿En qué quedamos, en que os conocéis o en que no?

Tessa decidió ser sincera. La posibilidad de perder su trabajo aumentaba de forma exponencial cada minuto que pasaba, pero ya había tenido demasiadas mentiras a lo largo de su vida. Llevaba un mes trabajando para Bruno Makinson y había llegado a la conclusión de que no



era una víctima más, como ella creía. Su labor era estar al tanto de todo lo que sucedía en la vida de su jefe, lo de su última amante la dejó perpleja, pero había más. Detalles que no dejaban en buen lugar al candidato, como el hecho de pagar una suma considerable de dinero al decano de una universidad para adornar su currículum con títulos ficticios.

Tom podía llegar a ser muchas cosas, pero creía conocerle bien y sabía que jamás llegaría a esos extremos. Lo único que su marido había hecho, y que a ella le había roto el corazón, fue enamorarse de su secretario.

Lo que tenía que hacer era hablar con Tom, porque en ese momento acababa de llegar a una conclusión: había aceptado ese trabajo solo por despecho. El pensamiento en sí no la hizo sentirse orgullosa de sí misma. Quizás Nathan estuviera en lo cierto desde un principio y ella muy ciega para no querer verlo.

—Sí. Conozco a Nathan Huffman —afirmó con rotundidad.

El aludido bajó la vista y soltó un improperio.

—¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa. Y, ¿me vais a decir de qué os conocéis?

—No es de tu incumbencia, Bruno —aseveró Nathan—. Déjalo estar.

«Ahí está de nuevo el guerrero» pensó Tessa.

—Yo creo que sí. Después de todo, ella trabaja para mí. Y su lealtad debe estar por encima de todo.

—Curiosa forma de verlo, viniendo de ti. Tessa debió rechazar este trabajo desde el minuto uno, desde el mismo instante en que tú se lo ofreciste —confesó Nathan con cara de pocos amigos.

Tessa clavó los ojos en Nathan y tensó su postura.

—¿Quieres dejar de inmiscuirte en mi vida, por favor?! —le exigió Tessa a Nathan.

Ambos hombres la miraron perplejos.

—Esto promete —dijo Bruno, sentándose en su sillón.

Entonces Tessa vio cómo las piezas encajaban en su lugar; se cuadró de hombros y respiró profundamente. Se aproximó a la mesa y dejó los informes y encuestas caer.

—Tom Harkavy tiene muchos defectos, señor Makinson. Pero, a diferencia de usted, no se deja mangonear por nadie —comenzó a decir con una furia palpable. Sintió las miradas de los dos hombres clavadas en ella, pero no se amilanó por ello—. Me ha telefonado hasta la saciedad, pero nunca he respondido a sus llamadas porque mi lealtad estaba con usted. Así que está equivocado, estas últimas semanas he visto, oído y callado demasiadas cosas que, de salir a la luz, le dejarían a usted en el mismo sillón donde ahora está sentado, y nunca llegaría a ser gobernador.

—No se pase, Tessa. Se está extralimitando.

Tessa ignoró de forma deliberada el comentario. Estaba demasiado furiosa como para callar.

—Tengo el presentimiento de que usted será investigado, pero no porque lo que su hermano haya escrito, sino por sus agravios. Se siente culpable porque es culpable. Y aquí está todo reflejado, en este montón de hojas. —Apuntó con el dedo el dossier que descansaba sobre la mesa.

Bruno se quedó un momento sorprendido y luego habló:

—Creo que esto está fuera de lugar, Tessa.

—Es muy posible. Tendrá mi carta de dimisión en el acto. Después me iré y ninguno de los dos volverá a saber de mí. ¿Entendido? —inquirió mirando primero a un hermano y luego al

otro.

Nathan levantó una mano para que se detuviera.

—Tessa, por favor...

—No quiero volver a verte.

—Déjame que te explique al menos...

—No me interesa, Nathan —le interrumpió ella—. Lo que pasó en Tintagel se quedó allí y no hay vuelta atrás.

Bruno endureció la mirada.

—Un momento, ¿habéis tenido una especie de aventura o algo así? —preguntó perplejo.

—Algo así —fue la respuesta de Tessa con la mirada aún puesta en Nathan.

Mientras Tessa hablaba, Nathan se sintió cada vez más impresionado por ella. Era atractiva e inteligente y todos aquellos informes que había dejado en la mesa requerían mucho tiempo y tesón. Había oído que Tom Harkavy se había desplomado en las encuestas y que su hermano llevaba una gran ventaja con respecto a su adversario. Razón por la cual Bruno estaba tan molesto. La novela que estaba a punto de publicar era un punto en contra. Podía dar la vuelta a la tortilla, llevar al traste su plan de convertirse en el nuevo gobernador de Washington.

—¿Tú no tienes nada que decir, Nathan? —preguntó Bruno.

—Mi vida privada es eso, privada —dijo con la mirada puesta en Tessa.

Metió las manos en los bolsillos para no verse tentado a tocarla. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, era una situación desesperante.

—A ver si lo entiendo. —Bruno se levantó de su sillón—. Usted —señaló a Tessa— se ha acostado con mi hermano y sabía que estaba escribiendo una novela, que no me iba a dejar bien ante mis votantes. Y tú —se dirigió a Nathan—, quieres joderme para que pierda las elecciones. ¿Hay algo más que deba saber?

—Es tu percepción, Bruno. De nadie más —sostuvo Nathan. Hizo una pausa y sacó las manos de los bolsillos. Se mesó el pelo, inquieto y luego dijo—: Rachel murió y no hiciste nada.

Hablar de su hermana le dolía en lo más profundo del alma porque él tampoco había hecho lo necesario y ahora ella estaba muerta. Enterrada a dos metros bajo tierra.

—¡No metas a Rachel en esto! —exclamó fuera de sí su hermano.

—De eso ya te has encargado tú, de dejarla fuera de la ecuación. Ni siquiera te has propuesto que el hijo de puta que la mató se pudra en la cárcel.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Eres un puto egoísta que solo piensa en sí mismo.

—Rachel era tan importante para ti como para mí. ¡Que yo sepa, tú tampoco moviste un dedo!

—Yo no tengo tu poder, Bruno. Quizá ninguno de los dos pudimos evitar su destino, pero tú sí que puedes hacer que ese cabrón se pudra en la cárcel.

Bruno lo miró de hito en hito.

—Se trata de eso, ¿no? Esta novela es una especie de venganza, hacia mí o algo así...

—Algo así, sí.

Tessa decidió que era el momento de intervenir.

—Me voy. Como le he dicho, tendrá mi dimisión en una hora.

—Que sea menos —masculló Bruno con la mirada puesta aún en su hermano—. Puede irse.

Tessa levantó la barbilla y trató de controlar el temblor que tenía en los labios.

—Una cosa más —dijo Makinson.

Ella se dio la vuelta y esperó a que él hablara.

—Agradezca a su abuela la generosa donación a mi campaña.

—Vamos, Bruno, no jodas más la situación —declaró Nathan.

Bruno estaba muy furioso, colérico más bien.

—De joder ya sabéis bastante vosotros dos, ¿no te parece?

—¡Ya basta! —exclamó Tessa, dolorida.

Nathan se dio la vuelta mientras lanzaba una maldición.

Sin más preámbulos, ella salió de la oficina.

Escuchó la voz de Alice tras de ella. Tomó una bocanada de aire. Lo que había visto y oído en esa oficina era una sarta de reproches, y no iban a hacer que ninguno de los dos hermanos llegara a buen puerto. Se estaban destruyendo mutuamente.

—¿Estás bien?

Tessa no pudo hablar, así que asintió con la cabeza. Se dirigió directamente a su mesa.

—¿Se puede saber que ha pasado ahí adentro?

—Digamos que se acaba de abrir la caja de Pandora.

Tessa se vio de pronto acorralada por sus compañeros. Escuchó otras voces; voces de hombres y mujeres, que al igual que Alice esperaban una respuesta coherente.

—Me voy, he dimitido.

Alice abrió la boca, pero la cerró de golpe. El resto comenzó a hacer una batería de preguntas para las cuales ella no tenía respuesta. Lo que había oído en esa oficina era muy similar a un secreto de confesión.

Inquieta, Tessa lanzó una mirada al reloj de pared y vio que apenas eran las ocho de la mañana.

—Te lo explicaré más tarde —Le dijo a Alice—. Y vosotros, deberíais volver al trabajo —comentó al resto de los compañeros.

Estos se fueron diseminando mientras los murmullos alcanzaban su máximo fragor, quedando Alice y ella a solas.

—Tessa, ¿qué ha pasado?

—Ahí dentro —señaló a la oficina—, te rindes o sobrevives. No puedo evitar que piensen lo que quieran, pero sí puedo alejarme y no volver a pisar esta oficina nunca más. —Metió algunas de sus pertenencias en una caja—. Me llevo esto. Envíame el resto a casa, por favor.

Alice fue a hablar, pero la voz de Nathan la detuvo.

—¿Podemos hablar?

—Demasiado tarde —dijo ella, apenas en un susurro.

—Por favor...

Ella lo ignoró. Se puso el abrigo y recogió el bolso. Seguía enamorada de él, no era ningún secreto; pero en esta ocasión, el dolor y la traición que sentía eran más grandes que sus sentimientos.

—No ansías el poder, ni tampoco hacer lo correcto. Por eso te admiro y te odio al mismo tiempo. —Antes de que él pudiera decir una palabra más, ella se alejó—. Adiós, Nathan.

Él la alcanzó antes de que llegara al exterior.

—¡Necesito hablar contigo, ya!

—Creo que ya nos lo hemos dicho todo, ¿no te parece? —Empujó la puerta y se dio de

bruces con una marea humana que se cruzaba en la misma acera que ellos estaban. El bolso se le deslizó desde el hombro hasta su mano; estuvo a punto de caérsele al suelo, pero Nathan lo impidió. Lo devolvió a su lugar de origen. Ella sintió el roce de sus dedos sobre su brazo y apretó los labios deseando que aquella tortura llegara a su fin.

—No, claro que no —dijo él, sin admitir ninguna réplica—. Quiero aclarar lo que ha sucedido ahí dentro.

No se alejó, como Tessa habría esperado, y tuvo que recurrir a la escasa paciencia que le quedaba para mantener su autocontrol.

—No me debes ninguna explicación, Nathan. Está todo dicho. —Enfiló el camino hasta el borde de la acera. Levantó un brazo para llamar la atención de un taxi. Necesitaba alejarse de él y lo necesitaba ya.

—Tessa, no te vas a deshacer de mí así como así.

Ella se giró en ese mismo instante. Aquel gesto le dio a Nathan la oportunidad de observar su rostro. Se sintió culpable al percatarse de la tristeza de su mirada.

—Hablemos, por favor —dijo suavizando el tono de voz.

En ese momento, un taxi paró frente a ellos. Ella fue a abrir la puerta, pero él se lo impidió.

—Hablemos. —Al verse ignorado, en esta ocasión su tono de voz sonó más como una orden que como una petición, algo que a ella le hizo enfurecerse.

—¡No puedes darme órdenes, Nathan!

—Claro que puedo. —Le arrebató la caja de entre los brazos y después abrió la puerta—. ¿Tu casa o un hotel? Tú decides.

Ella se volvió y lo miró. Iba a decir algo, pero oyó el tono áspero de su respiración. Se ajustó el asa del bolso al hombro con un movimiento enérgico.

—¡Te juro por Dios, Tessa, que estoy perdiendo la paciencia!

Ella se precipitó al interior del taxi.

—Disculpe. —Le dijo al taxista. El hombre de mediana edad no respondió. Observó a los recién llegados con cierta curiosidad.

—¿A dónde vamos?

Nathan, ya sentado al lado de Tessa, arqueó las cejas y le lanzó una mirada inquisitiva.

Cerró los párpados un segundo. Dejó escapar un largo suspiro. Cuando los abrió tenía dos pares de ojos observándola. Se rindió ante la evidencia y se inclinó hacia adelante para hablar con el taxista. Abrió la boca y, después de pensárselo una fracción de segundo, le dio la dirección de su apartamento.

Nathan pareció relajarse a su lado, la caja descansaba sobre sus piernas. Tessa lo ignoró, se recostó en el asiento y cruzó los brazos debajo del pecho, desafiante.

A Nathan no pareció importarle su postura y eso la irritó aún más.

El taxi se puso en marcha y se incorporó al denso tráfico de una de las vías principales de la ciudad. La radio estaba encendida y la música flotaba en el interior del vehículo en contraposición con el ambiente tenso y reinante del momento.

La voz de Freddie Mercury fue la única voz que se escuchó durante todo el trayecto.

## CAPÍTULO 13

El apartamento no era muy espacioso, pero sí luminoso. Tessa no se había dignado a dirigirle la palabra ni una sola vez desde que había llegado y no se lo reprochaba. Su encuentro había sido demasiado intenso; además, la salida de la oficina resultó ser un atropello por su parte. Pero perderla de nuevo, no entraba dentro de sus planes.

Esperaba que ella rompiera el hielo, que hiciera saltar esa férrea barrera que parecía haberse interpuesto entre ellos, pero al parecer, no estaba por la labor.

—¿No vas a dirigirme la palabra? En algún momento tendrás que hacerlo. —Sonrió al ver el altivo gesto de la barbilla de Tessa, el desprecio en sus preciosos ojos negros. De haber podido, se habría echado a reír; sin embargo, por su propio bien, no lo hizo.

Se acercó a un pequeño mueble que hacía las veces de librería. Allí estaban todos sus libros, debidamente colocados por fecha de publicación. Sintió cierto orgullo. Al parecer a Tessa no le era tan indiferente como ella quería creer. Cogió uno, fue el segundo que había publicado y que, como el resto, le había dado muchas satisfacciones.

Trataba sobre una mujer que había presenciado un asesinato. El FBI la había incluido en la lista de protección de testigos. Se podía clasificar como una novela extrema y dramática.

—¿Lo has leído? —preguntó, volviéndose a ella con el libro aún en la mano.

—Los he leído todos —respondió Tessa de inmediato y con sinceridad.

Él dejó el libro en el mismo lugar donde lo había encontrado.

—Te marchaste sin despedirte.

Tessa, que ya se había quitado el abrigo, se acercó y apoyó la cadera en el respaldo del sillón. Se encontró incómoda en su propio hogar y eso nunca era una buena señal. Nathan tenía derecho a reprocharle su actitud; de haber sido a la inversa, ella seguramente también lo habría hecho.

—Lo sé. Fue poco honesto, lo reconozco. Yo... —Vaciló un momento—. Siento haberme ido como lo hice, pero me asusté.

—Bueno, si te soy sincero, yo también. Además, siempre he odiado las despedidas así que supongo que no tengo nada que echarte en cara —comentó—. Pero he de confesar que te he echado de menos.

—¿Dónde está Tristan? —preguntó ella con el único fin de romper ese momento tan íntimo.

—No sé si sentirme celoso de ese chucho —dijo con ironía. Chasqueó la lengua y respondió—: Está con Tammy y su familia.

Ella asintió sin más.

—Ha debido resultar duro dejarlo en París.

La mirada de Nathan se tornó extrañamente intensa.

—Resultó más duro saber que te habías marchado.

Parecían dos desconocidos, sin embargo, en el fondo ambos sabían que no era así.

—¿A qué has venido exactamente Nathan?

Un silencio breve y turbado siguió a la pregunta.

—Si te dijera que he venido para ver a mi familia, te estaría mintiendo —dijo él—. Necesitaba verte y aquí estoy.

A ella la respuesta le hizo sentirse incómoda. Así que optó por el ataque.

—He perdido mi trabajo, Nathan. —Soltó el aire con fuerza, pero mantuvo la calma.

Nathan tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no acercarse a ella y que su voz sonara tranquila.

—Si tú quieres, lo recuperarás. Yo me encargaré de ello.

Tessa soltó una especie de carcajada que sonó más a protesta que a otra cosa. Sintió cómo la rabia y el dolor emergían de nuevo a la superficie.

—¡No todo es negro o blanco, Nathan! —espetó—. No puedes venir y poner mi mundo patas arriba.

—¡Tu mundo ya estaba patas arriba antes de que tú me conocieras! —En el mismo instante en que pronunció esas palabras, se arrepintió. Dejó caer la cabeza y acto seguido se pellizcó el puente de la nariz—. Escucha, Tessa...

—No, escúchame tú a mí —replicó ella con voz tensa—. Es mi vida. Solo mía; y te permití entrar en ella, ¡sabe Dios por qué! Pero ahora no estamos en un lugar idílico donde podamos escondernos del mundo. Estamos aquí y esto sí que es real.

—Soy muy consciente de dónde estamos, Tessa —dijo él, impertérrito, con la mirada clavada en ella.

Nathan tenía razón, pero el razonamiento en ese momento no tenía cabida en la mezcolanza de emociones que ella sentía en ese momento.

—Hablaré con Bruno y recuperarás tu trabajo, si es eso lo que quieres —dijo tajante.

—No es tan fácil, Nathan.

—Siempre es más fácil de lo que crees —señaló él—. Eres una gran profesional y Bruno no te dejará escapar así como así. En el fragor de la batalla se dicen muchas estupideces de las que luego te arrepientes.

Tessa se sentía desconcertada y al mismo tiempo culpable.

—No hables con tu hermano.

—¿Por qué? —quiso saber él.

Se había intentado convencer de que trabajar para Bruno Makinson era lo mejor para todos, que era el candidato adecuado. Pero, en el fondo, había actuado con ingenuidad y una dosis extra de venganza.

—Tienes razón con respecto a él, no es tan buena persona como quiere hacer creer al resto del mundo —respondió Tessa—. El tema está zanjado.

Nathan la miró durante un momento, pensando si debía disculparse o no.

—Escucha, Tessa...

—Si vas a hablarme de Bruno o de tu padre, no quiero oírlo.

Nathan dejó la expresión sin acabar.

—¿Te apetece un café?

Él puso los brazos en jarras e inclinó la cabeza.

—La verdad es que me gustaría, sí.

—De acuerdo. Te invitaría a una copa de vino, pero es demasiado temprano.

Ella se dirigió a la cocina y él la siguió, con las últimas palabras de ella aún rondándole la mente.

Tessa sacó un par de tazas de uno de los armarios. Se apoyó en el borde de la encimera y él observó cómo ella realizaba un ritual de lo más ancestral que se perdía en los anales del tiempo.

—¿Azúcar?

—Sí, por favor. ¿Qué has querido decir con respecto a mi hermano?

—Ya te he dicho...

—Sé lo que has intentado decirme, pero quiero la verdad —insistió.

Tessa abrió otro armario y sacó un pequeño tarro de cristal. Puso la cafetera al fuego.

—Es secreto profesional, no puedo hablar de ello.

Él se rindió ante la respuesta. Tessa era demasiado testaruda y una profesional increíble. Sabía que de ella no iba a sacar nada más.

—Lo comprendo.

Le miró inquisitivamente.

—Son mi familia y conozco las reglas de su juego.

—¿Por eso has decidido publicar la novela?

—Por eso y por más razones.

—¿Cuáles?

Nathan se pasó la mano por el pelo. A Tessa le pareció más guerrero que nunca y eso le hizo desearle aún más. Era imponente, con una mirada color musgo, ruda y perturbadora, que parecía traspasarla, como si leyera cada uno de sus pensamientos. Eso le hizo sentirse incómoda, quizás fuera la razón que rompiera el contacto y se pusiera a buscar las cucharillas del café en el cajón que tenía a su derecha.

—Por Rachel —confesó él al fin.

—Creo que ya lo hemos hablado; él no tuvo que ver nada con su muerte. Fue su marido quien acabó con su vida.

Él cambió el peso de un pie al otro y sintió una gran carga sobre los hombros que no parecía diluirse con nada.

Tessa se fijó en que la mirada de Nathan tenía una expresión doliente y se arrepintió de haber sido tan ruda. Iba a disculparse, pero él comenzó a hablar:

—Bruno es político. Tiene contactos. —Se maldijo por dentro por su propia estupidez.

—Tú lo has dicho, es político. No es juez, ni Dios. Existe algo llamado justicia, Nathan.

—Lo sé, pero pensar que ese cabrón está vivo y mi hermana muerta, me corroe las entrañas —manifestó—. Cuando ocurrió todo, yo estaba en París.

Tessa no pudo más que sentir lástima por él. El vacío y la culpabilidad pesaban más que cualquier cosa.

—Debes tener fe en la justicia.

Él asintió con la cabeza con un gesto rotundo, como si los dos estuvieran de acuerdo en algo.

—Supongo que tienes razón.

Pero era más que eso, él deseaba ver a su cuñado muerto, no viviendo una vida que le pertenecía a su hermana. Sin embargo, no podía volcar sus problemas personales en otros, y menos en Tessa.

El aroma a café invadió la cocina en pocos minutos.

—¿Con leche?

—Sí.

Tessa abrió la nevera y sacó el cartón de leche. Lo depositó sobre la encimera para que él se sirviera.

—¿Es una ofrenda de paz? —preguntó él cuando aceptó la taza que ella le ofrecía.

—Algo así.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Aún no lo sé —fue la respuesta de ella—. Supongo que buscar trabajo. Tengo que pagar el alquiler de este apartamento y subsistir.

Nathan no pudo más que sentirse culpable. Echó una pequeña cantidad de azúcar en su café. Deseaba abrazarla, consolarla y besarla hasta que ambos perdiesen la noción del tiempo; no obstante, algo le dijo que debía mantener las distancias con ella.

—¿Puedo ayudar?

—¿No crees que ya has hecho suficiente? —Se volvió hacia la cafetera y sirvió el café.

La hostil respuesta hizo que aparecieran arrugas en la frente de Nathan.

—Lo siento.

Ella sabía que estaba siendo sincero. Tomó un sorbo de café y estudió su rostro por encima del borde curvo de la taza. Lo quería en su vida, pero no parecía el momento más propicio para comentarlo.

—Sé que lo sientes.

Nathan le lanzó una mirada suplicante.

—¿Podrás perdonarme algún día? Nunca ha sido mi intención hacerte daño.

Tessa suspiró y dejó la taza sobre la encimera.

—Soy consciente de ello, Nathan. Y quiero que sepas que ya te he perdonado. —La sorpresiva respuesta perturbó esos rasgos masculinos que parecían esculpidos por un artista.

Nathan esperaba algún comentario negativo o inteligente por parte de ella, sin embargo, no fue así.

—¿En serio?

Se afanó en buscar las palabras más adecuadas.

—En el fondo tenías razón. Tu padre y tu hermano no son gente de la que te puedas fiar.

A él la respuesta no le sorprendió en absoluto.

Tessa observó cómo una leve sonrisa tensó su boca.

—Les gusta demasiado el poder.

—Como a todos, supongo.

Un breve silencio se hizo otra vez entre ellos.

—Tessa...

El móvil interrumpió lo que estaba a punto de decir Nathan.

—Disculpa.

Tessa salió de la cocina y él se quedó allí mirando a través de la ventana con la taza en la mano. Como buen escritor debería saber lo que tenía que decir, pero nada más lejos de la realidad. Tessa le importaba demasiado como para volver a pifiarla de nuevo. Gruñó y tensó los hombros. Estaba demasiado preocupado para sentirse enojado consigo mismo.

Ella volvió a la cocina y apoyó el hombro en la jamba de la puerta. Cruzó los brazos debajo del pecho, gesto que no pasó desapercibido en Nathan. Había besado, lamido esos turgentes y preciosos senos tantas veces a lo largo de la semana que habían estado juntos, que



sintió que se le secaba la boca. Hacer el amor con Tessa era una de las acciones más maravillosas que había realizado a lo largo de su vida y se moría por repetirlo una vez más.

—Era Tom. No sé cómo se ha enterado, pero está al corriente de lo sucedido con tu hermano y quiere verme.

Se produjo un silencio sepulcral.

—¿Vas a hablar con él?

Ella adoptó una pose arrogante con las manos aún bajo su pecho.

—No le debo ninguna explicación, pero sí, me reuniré con él.

—¿Ahora?

—En un par de horas. Él tiene varias reuniones aún pendientes.

Nathan tuvo que tomar aire dos veces, pero no le sirvió para contener su genio.

—¡No te entiendo, Tessa! ¿Vuelves a la casilla de salida?

Ella le observó con expresión de rebeldía.

A Nathan le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

Era un duelo en toda regla, pero allí no había armas, sino sentimientos en juego.

Dejó su taza sobre la encimera y se acercó a ella con paso adusto. Ella tuvo que elevar la mirada para encontrarse con sus ojos.

Todo el cuerpo de Nathan estaba en tensión. No era tonto, sabía que se jugaba todo en esa baza. Se acercó más, casi tocando con sus labios su frente.

—Me evitas porque temes amar.

—Nathan... —susurró ella.

Cerró la mano en un puño y la apoyó en la jamba, más arriba de su cabeza.

—Podríamos vernos más a menudo.

—Me gustaría, sí.

—No sé a quién quiero engañar. —Nathan sintió un arrebato de furia interno.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Tessa, intentando averiguar la expresión de su mirada.

—Te quiero —confesó Nathan al fin, con un dolor que a duras penas le dejaba respirar—. Durante estas semanas no he podido dejar de pensar en ti y, ahora ya se cuál es la razón.

Ella se rindió ante aquella declaración. Sintió que se le encogía la garganta.

La miró a los ojos y creyó ver cierta esperanza en ellos. Tocó su labio inferior con la yema de su dedo pulgar.

—Cuando te fuiste, me convencí a mí mismo de que fue porque necesitabas ese trabajo más que nada en el mundo. Aunque me dolió, lo asumí y lo acepté a regañadientes —aseveró mientras la devoraba con la mirada—. Pero si te vas ahora, será por Tom, por el hombre, y no creo que pueda soportarlo.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó enseguida y respiró hondo dos veces.

—Ese hombre fue mi marido y necesito zanjar algunos asuntos con él. Me hizo daño, pero ahora sé lo que se siente estando enamorada y no le puedo reprochar nada. — Esperó a que se dilatara el silencio unos segundos y luego se humedeció los labios—. Que nuestro matrimonio no funcionara no fue solo cosa de él. Yo también debo asumir mi parte de responsabilidad. He tenido tiempo para pensarlo y sé que es así.

Él esbozó una sonrisa desdeñosa.

—¿A quién quieres engañar, a ti o a mí? —Le apartó de la cara un mechón que se había

escapado de su recogido—. Quizás estés equivocada y lo que sientes por él es amor.

Ella no respondió en el acto, hundió un poco los hombros y exhaló un suspiro.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? —Él la miró con dureza.

Ella pudo sentir el dolor que emanaba de él y se sintió más culpable que nunca por haber creado esa situación tan injusta para ambos. Tomó aire y la mirada de él se intensificó ante el gesto.

—Tom quiere ser gobernador.

—Y te necesita a ti para ello. ¿Es eso?

—Como pareja somos un desastre, pero como equipo somos muy buenos. Los mejores, diría yo.

—Así que ahora te pasarás al bando contrario, ¿no es así?

—Aún no lo sé. Pero trabajar para tu hermano supuso una especie venganza que, debo admitir, ha resultado un fracaso estrepitoso. Todos, de una manera u otra, hemos salido perdiendo. —Estaba tan cerca de él que solo tenía que ponerse de puntillas y besarlo; sin embargo, se reprimió—. ¿Lo comprendes?

—¿Debería hacerlo?

Sus ojos verdes estaban encendidos por la rabia y la incompreensión. Su voz le afectaba y quizás por ello, se le atragantó la respuesta.

—No puedo arrastrarte en esto.

Él movió el dedo pulgar y le acarició la mandíbula con suavidad.

—Creo que aún no lo entiendes, Tessa.

A ella se le subió el corazón a la garganta al escuchar esas palabras.

—Fui yo la que se marchó.

—Hiciste lo que creíste oportuno. Si aquí hay un culpable, ese soy yo. No debería haberte dejado ir.

—Todo esto es ridículo —dijo pesarosa—. No hace tanto que te conozco.

—Tiempo suficiente para saber si me quieres o no en tu vida.

—¡Nathan, por favor! No hagas esto más difícil —le suplicó Tessa.

—Creo que aún no lo comprendes. Si alguien me dijese en este instante que tendría que blandir una espada para que volvieras a mí, juro por Dios que lo haría. —El ceño fruncido se le marcó aún más—. No he venido hasta aquí para perderte de nuevo. Estoy aquí para recuperarte.

Ella le sostuvo la mirada y no supo qué decir.

—Si has de ayudar a Tom, ayúdale. Pero prométeme, por lo que más quieras, que no me dejarás al margen.

¡Cómo había podido creer que había superado esa sensación que la invadió en Tintagel!

Ladeó la cabeza y le sonrió.

—Necesito que lo comprendas. A veces me pregunto si la política me ha alejado de los verdaderos sentimientos —dijo ella, resignada.

—Ya sabes cuál es la respuesta a esa pregunta, quizás deberías hacer las cosas de otro modo, pero nunca, nunca perder tu esencia.

—Estoy tan cansada de nadar contracorriente, Nathan... —añadió con gesto de desánimo.

Estaba claro que Tessa sufría y él se sintió más vil que nunca por ello. Tenía que aceptar su parte de responsabilidad. Llevaba semanas sin verla, sin abrazarla y temiendo por ella. Hoy

por fin la había visto y había vuelto a sentir ese apego infinito e indescifrable que en más ocasiones de las que él creía le hacía sentir tan vulnerable.

Ahora era cuando lanzaba la moneda al aire y se lo jugaba todo a cara o cruz.

—Escucha, te haré una promesa.

—¿Aquí y ahora? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. Aquí y ahora. —Deslizó la mano hasta su cadera y la atrajo hacia sí. Cuando comprobó que ella no salía huyendo, que lo aceptaba, le invadió una leve sensación de triunfo.

Tessa pensó un momento. Enterró el rostro en su cuello y respiró profundamente. Nathan olía a hogar, a complicidad y a anhelo. Apoyó la mano en su pecho y notó cómo retumbaba el corazón de él. Fue el sonido más maravilloso de la faz de la tierra, pudo sentir cómo latía su amor por ella.

Le miró a los ojos y se esforzó porque su voz no se quebrase:

—De acuerdo.

Nathan arrimó su nariz hasta la de Tessa, parecía que iba a besarla, pero en el último minuto rozó su nariz por su barbilla y la dejó con hambre de un beso.

—Yo, Nathan Huffman, te elijo a ti, Tessa, para serte fiel hasta el fin de mis días y más allá, hasta la eternidad. Para compartir camino, para caminar juntos unidos de la mano y soportar cualquier tempestad que me encuentre a tu lado. Me comprometo a disfrutar de tus alegrías y apoyarte en tus momentos de tristeza. Te elijo como compañera de vida y confidente. —Se tomó unos segundos y continuó—. Te amaré en todo momento y te prometo que haré todo lo posible para construir un hogar lleno de honestidad y sinceridad. —Tessa se quedó sin aliento ante tal declaración—. ¿Qué me dices? —Él puso un dedo bajo su barbilla y la miró con tal intensidad que sus ojos se encendieron de pasión.

—Creo que es lo más bonito que me han dicho en toda mi vida. —Ella lo observó fascinada y conmovida.

—Me gustaría decir que es algo de mi propia cosecha, pero no es así. Son votos matrimoniales que proclamaban los celtas cuando unían sus vidas ante su tribu. Cuando se convertían en marido y mujer —dijo rozándole la boca con los labios. La atrajo hacia sí lentamente—. Dime algo, Tessa.

—Eres la persona más fascinante que he conocido en mi vida —confesó ella, hechizada por el momento.

—¿Eso es un sí?

Ella le dedicó una bonita sonrisa y luego le estampó un beso en la boca.

—He sido una ingenua pensando que podría vivir sin ti. Pero está claro que me equivoqué —dijo lentamente, muy cerca de sus labios, mirándole directamente a los ojos. Le acarició la barba con la yema de los dedos—. Desde el mismo instante en que te vi, supe que mi destino estaba unido al tuyo. Quise engañarme pensando que alejarme de ti sería suficiente, pero estaba totalmente equivocada. No fue mi intención hacerte daño; si lo hice, perdóname, por favor. Te quiero y te acepto, Nathan Huffman, por y para siempre.

Él la miró fijamente, sorprendido, con los ojos abiertos de par en par.

—Tengo la impresión de que eso es un sí en toda regla.

Ella sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Estamos de acuerdo, entonces. —Se acercó hasta amoldar su boca a la de ella.

Tessa lo aceptó de buen grado. Le permitió resarcirse, explorar su boca mientras notaba las manos de Nathan sobre sus nalgas. El beso fue prometedor y profundo.

—¿Dónde está tu habitación?

—He quedado con...

—Tendrá que esperar —la interrumpió él—. ¿Dónde está la cama, Tessa?

Ella explotó en risas.

—Esto no es un simulacro. —Volvió a besarla de tal forma que consiguió borrar su sonrisa de los labios—. Voy a explotar de un momento a otro y cuando lo haga, quiero hacerlo dentro de ti.

Ella señaló con la mano una de las habitaciones cuando él se separó, excitado.

—Perfecto. ¿Quieres que te haga el amor, Tessa?

—Quiero que hagas más que eso.

Él la miró perplejo.

—Soy todo oídos —le dijo mientras la tomaba en brazos. Ella soltó una exclamación al verse separada del suelo.

Se apoderó de su boca mientras la llevaba a la cama en largas y presurosas zancadas. La lanzó sobre el colchón y reptó sobre ella.

—Lo que tengas que decirme, tendrá que esperar.

\*\*\*

Una hora más tarde, Tessa tenía la sensación de estar embriagada de amor. Había tenido varios orgasmos. No le quedó más remedio que apretar la cara contra la almohada para ahogar los gritos de placer que desgarraban su garganta. Nathan era un amante extraordinario y lo había demostrado con creces. Había puesto todo su empeño en darle placer con cada caricia y embestida profunda, de un modo que no podría olvidar jamás.

Era un día para señalar en el calendario.

Él tiró de ella mientras le mordisqueaba la oreja.

—Creo que hay algo que querías pedirme —dijo arrastrando las palabras.

Ella se estiró y ronroneó como una gata cuando él apartó el edredón y su cuerpo desnudo quedó expuesto. Abrió los ojos y sonrió antes de que Nathan rodase sobre ella. Sintió su pene erecto entre sus muslos y se preguntó cómo era posible ser una mujer tan afortunada.

Él la besó hasta que escuchó de su boca un jadeo de placer.

—Estoy esperando, Tessa.

Ella tuvo que hacer un sobreesfuerzo para conectar de nuevo con la realidad.

Lo que estaba a punto de decir iba a resultar extraño incluso para ella. Sintió las manos de Nathan por todas las partes de su cuerpo y eso hizo que se excitara de inmediato.

—Quiero que me acompañes.

Nathan la miró con curiosidad y pareció contener la respiración mientras enredaba sus dedos entre su pelo.

—¿A dónde?

—Quiero que vengas conmigo a ver a Tom.

Nathan se giró y dejó caer la cabeza sobre la almohada. El frío la envolvió de nuevo y su piel se erizó.

—¿Estás segura?

—Quiero que te conozca, me encantaría hablarle de lo nuestro. —Ella tomó su mano y se fijó en sus manos masculinas. Era increíble que esos dedos largos pudieran crear, junto a su

imaginación, historias tan increíbles que cautivaban a medio mundo—. Quiero hablarle de la novela y de lo que va a suponer.

—Y, según tú, ¿qué va a suponer la publicación?

Ella no tuvo que pensar demasiado la respuesta.

—Dependerá de cómo Bruno enfoque la situación. Puede parecer un cabrón o un mártir ante sus votantes.

Él la miró y acarició su boca con los dedos.

—Si acepta tu dimisión es que es más estúpido de lo que creía. —Despegó la cabeza de la almohada y estampó un beso en su preciosa boca.

—No creo que tenga demasiadas opciones al respecto, ya he decidido que no voy a volver a trabajar para él.

Nathan se incorporó y la cubrió con el edredón mientras la atraía hacia él.

—¿Es una decisión firme?

—Es un día de decisiones, y creo que todas para bien.

—¿Crees? —preguntó él con ceño fruncido.

—Tienes toda una vida para demostrarme que estoy haciendo lo correcto.

Nathan meneó la cabeza y luego rio de buena gana. Se tomó unos segundos para poner en orden sus pensamientos.

—Está bien. Iré contigo a conocer a Tom —claudicó.

—De acuerdo. Quiero que sepas que podría volver a trabajar para él.

—Lo sé.

En esta ocasión fue ella la que abrió los ojos como platos.

—¿Lo sabes?

Él la besó despacio.

—Es tu segunda mejor oportunidad, aprovéchala. —La expresión de él fue de ternura absoluta. Sin más preámbulos, posó sus labios sobre los de ella y la besó de nuevo—. Te quiero, Tessa.

El amor, en vez de debilitarles, les había hecho más fuertes.

En algún lugar recóndito de otra dimensión, sabía que Merlín estaría muy orgulloso de su gesta. Con ese pensamiento, se perdió en los brazos de Tessa, la mujer de la que estaba locamente enamorado.

## EPÍLOGO

Una marea humana ondeaba cientos de banderas de franjas alternadas de rojo, azul y blanco con sus respectivas cincuenta estrellas. Representaban el valor, la perseverancia y la pureza del pueblo americano. Nathan sabía que ese estandarte era el verdadero símbolo de un país que siempre luchaba por sus principios y sueños.

Jamás se imaginó yendo a un mitin. Sin embargo, ahí estaba, muy cerca del escenario, tras el servicio de seguridad, un conjunto de hombres de negro armados y con pinganillo, al servicio del nuevo gobernador de Washington.

A través de los altavoces se podía escuchar el himno de los Estados Unidos de América, como banda sonora que amenizaba la victoria del candidato.

—¡Papá!

Nathan se volvió y se encontró con su hijo Kevin, que le sonreía de oreja a oreja. Ver a su hijo feliz era un regalo de lo más inesperado, un logro más de Tessa.

—¡Esto es una pasada! —gritó el joven por encima de la música—. Toma. —Nathan cogió el vaso que su hijo le ofrecía—. Es soda, pero para brindar vale, ¿no crees?

Fue el turno de Nathan en sonreír. Pasó un brazo por encima de los hombros de su hijo y lo atrajo hacia sí.

—Creo que es mejor que el champán.

Kevin esbozó una enorme sonrisa y luego se llevó el vaso a los labios.

—¿Dónde está Tessa?

—Con el nuevo gobernador de Washington.

Kevin asintió, sin dejar de observar los cientos de personas que saltaban y brincaban, como si esperasen que comenzara un concierto de la mejor banda de rock del momento.

—Esto es una pasada.

—Sí que lo es —comentó Nathan con la mirada muy pendiente en el escenario.

—No me puedo creer que Tessa tenga algo que ver con toda esta locura.

—Pues te aseguro que así es. Ha trabajado muy duro hasta conseguir su objetivo. —le dijo Nathan a su hijo.

—¡Es increíble, papá!

Nathan, al ver la emoción de su hijo reflejada en su rostro, no pudo más que abrazarlo de nuevo.

—¿Ya has hablado con el sacerdote? —preguntó Kevin.

—Así es —fue la respuesta de su padre—. Nos estará esperando en las ruinas de Tintagel, mañana al atardecer. He telefoneado a la señora Beacham, ya tiene la casa preparada y está trabajando en el menú de la cena.

—¿Y la pedida de mano?

—¿Qué te parece diez minutos antes de la ceremonia? —preguntó Nathan lanzándole

una breve sonrisa.

—Va a ser toda una sorpresa para Tessa, de eso no cabe la menor duda —alegó Kevin—. ¿Estás seguro de que no se va a arrepentir en el último momento?

A Nathan no le pasó desapercibida la ironía en la voz de su vástago.

—Pues claro que no. ¿Por quién me tomas? —Le apretó uno de los hombros con los dedos—. Soy un hombre de palabra. Ya deberías saberlo.

—Lo sé, papá. Y ella es maravillosa.

—Sí que lo es, hijo.

—Me alegro por ti.

Nathan volvió a apretarle el hombro de forma cariñosa.

—Gracias, Kevin. Tu opinión es importante para mí, y para Tessa —añadió.

—Nunca creí que conocería a la mujer que te metería en vereda. Reconozco que me cae bien. Más que bien, diría yo.

Nathan advirtió la aprobación en el tono de voz del joven. Tessa y Kevin se habían conocido la semana pasada y su encuentro fue mejor de lo esperado, con los jóvenes nunca se sabía. Ambos congeniaron desde el primer momento; algo que Nathan agradeció desde lo más hondo de su corazón.

—Pues ya ves, siempre hay una primera vez para todo. Pero espero que no lo digas por el billete de Eurorail que te hemos regalado para que viajes por el viejo continente este verano. — La respuesta quedó ahogada entre los vítores de los presentes.

—Sabes que no —repitió el joven, forzando una sonrisa.

Nathan volvió a alzar la mirada y en su campo de visión entró el escenario, el nuevo gobernador estaba a punto de salir a saludar al público.

—¡Mira, es la abuela de Tessa!

Nathan miró a la dirección que indicaba su hijo. Vio acercarse a la anciana con paso decidido y una leve sonrisa en los labios. Iba a acompañada por Alice, la amiga de Tessa, y Henry, el marido de ésta.

Nathan le hizo un gesto con la mano y la sonriente y diligente mujer se acercó. Al llegar a su altura lo abrazó.

—¡Nathan, qué alegría! Esto es una locura.

—Lady Hereford. —Le saludó—. Sí que lo es.

—¡Oh, Nathan! Nada de formalidades. Llámame Nancy, después de todo vamos a ser familia en breve. —La pícara sonrisa de la mujer se amplió.

—Eso parece.

Nathan saludó al matrimonio y después centró toda su atención en la abuela de Tessa.

—Hacía tiempo que no me divertía tanto.

—Me alegro de que así sea —dijo Nathan—. Nancy, me gustaría presentarte a mi hijo, Kevin.

La anciana levantó la cabeza y se fijó en el joven que tenía ante sí. Era casi tan alto como su padre, su corte de pelo era descuidado y tenía unos preciosos ojos que estaba segura de que ya encandilaban a alguna jovencita.

—Debo reconocer, Nathan, que es tu vivo retrato. Es un joven muy atractivo y tengo el presentimiento de que va a conquistar muchos corazones.

—Muchas gracias, señora. —Kevin rio con discreción.

—Y educado, todo un logro para estos tiempos que corren.

Alice llamó la atención de Kevin. El muchacho se disculpó y se acercó al matrimonio.

—¿Has visto a Tessa? —preguntó la anciana.

—Está tras el escenario.

—¿Por qué no estás con ella? —se interesó la mujer.

—Es su momento. Debe disfrutar las mieles del triunfo.

La anciana, con la mirada puesta en el hombre, pensó que ambos hacían muy buena pareja. Era obvio que Tessa estaba enamorada y Nathan bebía los vientos por ella. Algo que ella celebró y brindó abriendo una botella de champán. Las buenas noticias siempre debían ser regadas con una cantidad ingente de alcohol.

—Reconozco que mi actitud ha sido poco considerada —dijo en un tono solemne la mujer—. Espero que Tessa me logre perdonar algún día.

Nathan supo de inmediato a lo que se refería la anciana, Tessa le había puesto al corriente de la situación. En un gesto de venganza, la anciana había pedido un favor a su padre, Lawrence Makinson. Le había sugerido que contratase a Tessa. A cambio, ella donaría una cuantiosa y nada despreciable cantidad de dinero a favor de la candidatura de Bruno.

—Es agua pasada, no debe preocuparse por eso.

La anciana hizo como si se sintiera ofendida.

—Claro que me preocupo, pero he de reconocer que aún me sigo sorprendiendo de las vueltas que la vida.

Nathan no pudo más que estar de acuerdo.

Su novela había visto la luz un par de semanas antes y, como era de prever, fue un gran revés para Bruno. Sus votantes no le perdonaron ciertos aspectos de su vida y su caída en las urnas no se hizo esperar.

De pronto, los aplausos invadieron el recinto.

Tessa se dirigió al atril con una sonrisa en los labios. El corazón de Nathan latió más aprisa. Estaba preciosa y la sonrisa le sentaba de maravilla. Ella se acercó al micrófono y dijo:

—¡Señoras y señores, les presento a Tom Harkavy, el nuevo gobernador del estado de Washington!

Los vítores y aplausos hicieron que el recinto retumbara.

Tessa, desde el atril, buscó con la mirada a Nathan. Cuando lo encontró junto a su abuela su sonrisa se amplió.

Sobran las palabras, esa mirada podía haber derretido los polos.

Ella se apartó para dejar paso al hombre del momento. Este la saludó con dos besos, uno en cada mejilla, y pareció susurrar algo en el oído de Tessa.

Lady Hereford dejó de aplaudir para observar al escritor y reprimió una sonrisa al ver su postura tensa, estaba claro que el amor no entendía de actos sociales.

\*\*\*

Veinte minutos más tarde, Tessa se reunió con los suyos. Alice y Henry la saludaron entusiastas. Su amiga había dejado la candidatura de Bruno Makinson para unirse a la de Tom; su ayuda y apoyo había sido incuestionable las últimas y largas semanas antes de las elecciones. Los electores habían visto con buenos ojos que la pareja se reuniera de nuevo con un fin y así se lo habían hecho hacer saber en las urnas.



Nathan la recibió con los brazos abiertos y un suave beso en los labios.

—Te he echado de menos —le confesó.

Ella se puso de puntillas y acercó sus labios a los de Nathan, profundizó en el beso y Nathan respondió gustoso.

—Y yo a ti.

—Mañana a estas horas estaremos en Tintagel.

—Necesito un descanso más que nada en el mundo y celebrar la Navidad allí me parece una idea de lo más acertada.

La emoción que sintió cuando la miró a los ojos, fue suficiente para que Tessa hiciese un mohín con los labios.

—¿Qué?! —exclamó.

La sonrisa de Nathan era una prueba fehaciente de que estaba tramando algo. Iba a insistir cuando Tom les interrumpió.

—Tessa, ¿me permites un momento? Necesito hablar con Nathan.

—Claro. Todo tuyo —dijo ella con una bonita sonrisa en los labios.

Nathan miró a Tom y sintió cómo si fuera a caer directamente al foso de los cocodrilos.

Cuando estuvieron solos, Tom carraspeó.

—Verás, Nathan, quiero agradecerte toda tu consideración estas últimas semanas. Sin Tessa no habría podido lograrlo.

Nathan se preguntó qué había podido ver Tessa en ese hombre. Para su gusto, era demasiado refinado; todo lo contrario a él: robusto y tosco.

—Soy consciente de que no he jugado demasiado limpio, pero a lo largo de mi legislatura daré a conocer mi homosexualidad.

—Tom...

El ya gobernador levantó la mano para detener las palabras de Nathan.

—Solo quería ponerte al corriente de lo que sucederá en los próximos meses. Tengo claro que para tu hermano no ha sido fácil. Sé también muy bien lo que es caer al precipicio.

Nathan no supo qué decir al respecto. Pero si algo tenía claro era que Bruno y su padre tenían su merecido. En la política se podían admitir demasiadas barbaridades, pero sobornar al electorado siempre pasaba factura. Y era evidente que los Makinson no iban a aportar nada bueno ni nuevo al pueblo americano. Él lo sabía mejor que nadie.

—Otra cosa...

—Tú dirás —dijo Nathan antes de llevarse a los labios el vaso de soda.

—He revisado el caso de tu hermana. Me ocuparé personalmente de que su marido cumpla la totalidad de su condena y no vea nunca más la luz del sol.

Nathan, que estaba a punto de beber, dejó el vaso a mitad de camino.

—No sé qué decir, Tom —dijo, sin salir de su asombro—. Te lo agradezco. Es muy importante para mí que ese hombre pague por lo que hizo.

—Y así será, te lo prometo. Ya he hablado con el fiscal y habrá un nuevo juicio.

Nathan sabía que las palabras del nuevo gobernador no caerían en saco roto.

—Y, por último... —Metió la mano en el bolsillo interior de su esmoquin—. Aquí tienes.

Nathan recogió el sobre que Tom le ofrecía.

—Me han comentado que las auroras boreales en esta época del año son maravillosas, Tessa siempre quiso ver una. Conmigo no pudo ser; sin embargo, contigo sé que todo será

diferente —dijo Tom con firmeza cuando vio a Nathan arquear una ceja, sorprendido—. Islandia es un bonito país. Espero que lo disfrutéis mucho en vuestro viaje de luna de miel.

—¿Cómo sabes...?

Tom rio abiertamente.

—Tengo un equipo de escoltas que no pasa nada por alto. —Le palmeó la espalda amistosamente—. Proporcióname todo lo que yo no le conseguí dar, ¿de acuerdo?

—Estoy en ello —fue la respuesta de Nathan. Levantó el sobre—. En nombre de Tessa y el mío, gracias.

—Gracias a vosotros. —Sin más, se despidió.

—¿Qué quería Tom? —preguntó Tessa, curiosa, cuando se acercó a él.

Nathan la abrazó y la besó en el pelo.

—Darme las gracias.

—¿Por qué?

Nathan no respondió en el acto. Observó a su futura esposa y se quedó sin aire en los pulmones. ¡Dios, era el ser más maravilloso de la faz de la tierra! Y él estaba perdidamente enamorado de ella.

La vio enarcar una ceja perfilada.

—No importa; solo quiero llevarte a casa, quitarte ese vestido y hacerte el amor hasta el amanecer.

Tessa se quedó sin aliento.

—Y, ¿a qué esperas, señor Huffman?

Nathan rio y luego besó apasionadamente a Tessa.

—Escapémonos, entonces.

—Por cierto. Espero que no te importe —comenzó a decir Tessa—. Me he puesto en contacto con Tammy. Le he pedido que lleve a Tristan a Tintagel.

—Es una idea magnífica. Tammy cumplirá, te lo aseguro. Siempre lo hace.

—Perfecto, entonces.

—Sí. Mañana será un día perfecto. —La rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí—. Un día que quedará para siempre en el recuerdo. —La besó suavemente.

Tessa lo miró unos segundos sin decir nada.

—¿Qué estás tramando, Nathan?

—¿Por qué piensas que estoy tramando algo?

Él estudió su expresión incrédula durante unos segundos y a continuación, se echó a reír.

—Confía en mí, ¿de acuerdo?

—¿Tengo otra opción?

—A estas alturas de la historia, no —respondió él, ganándose una mirada cautivadora por parte de ella.

—Está bien. —Se rindió—. Confío en ti.

—Así me gusta —dijo él, volviéndola a besar.

—Quiero comentarte algo... —dijo ella, acercándose a su oído.

—Tú dirás —dijo Nathan, impaciente.

—Sé que no lo hemos hablado, pero...

—¿Pero?

—Quiero tener hijos. Al menos intentarlo —confesó Tessa con ojos centelleantes—. Sé que está Kevin, sin embargo...

Nathan la miró embelesado y, luego sofocó una carcajada.

—Creo que aún no lo has comprendido, Tessa —dijo él con determinación—. Tus deseos son órdenes para mí.

—¿Hablas en serio? —inquirió maravillada.

Nathan le acarició el pelo y luego le agarró por la barbilla.

—¿Por qué no lo compruebas por ti misma? Te aseguro que soy un hombre de palabra. —Estampó su boca contra la de ella y se sintió el hombre más dichoso de la tierra—. ¿Qué te parece si nos vamos de aquí y nos ponemos manos a la obra?

Tessa, feliz y sin demora, le agarró de la mano y tiró de él en busca de la salida más próxima.

Su amor perduraría a través de los siglos. Y, como escritor, sabía ya de antemano que se convertiría en leyenda, al menos para sus hijos.

**FIN**

## Nota de la autora

La leyenda del rey Arturo siempre ha estado muy presente en mi mente y en mi vida. Son muchos los libros y películas que hablan de esta bonita historia de desvelos, magia, amores y desamores en la conocida Corte.

A través de esta novela, *El silencio antes del invierno*, he querido acercaros un poco más a la leyenda y a sus inicios. Me he tomado la libertad de llamar al perro de Nathan con el nombre de *Tristan*. No es más que un pequeño guiño que da pie a otro bello mito incorporado al ciclo artúrico.

Tristan era uno de los leales caballeros de la Mesa Redonda y tiene su propia historia de amor con Isolda, la cual os recomiendo leer porque es realmente preciosa, tanto como la de Lancelot y Ginebra.

Espero haberos dejado con un buen sabor de boca y con ganas de leer más.

Gracias por tanto.

Un abrazo inmenso.

Dedicado a ti, lectora, que me lees con cariño y no dejas de creer en mí.

**Yolanda Revuelta**



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

## Otros títulos de la autora

Preludios del pasado.  
Donde me lleven tus sueños.  
Y de repente, un extraño.  
El país de los vientos fríos.  
Un instante eterno.

### **Trilogía Clan MacKinlay:**

- Caricias del destino.
- Caricias del poder.
- Caricias del ayer.

### **Bilogía Skye:**

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

### **Colección Delicatessen:**

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.
- Mentiras legales.

### **Colección Delicatessen:**

- El espíritu del Alce.
- Regreso a Wolcott.
- Un refugio en Lake House.
- Nuevos tiempos.
- Promesas rotas.

**Me puedes encontrar en;**  
Instagram, Twitter, google, Facebook  
Y en mi página Web;  
**[www.yolandarevuelta.es](http://www.yolandarevuelta.es)**